

Ricardo Sopeña

**Aventuras en mi
caballo de fierro**

Sopeña, Ricardo

Aventuras en mi caballo de hierro / Ricardo Sopeña.

- 1a ed compendiada. - Mendoza : Ricardo Cesar Sopeña, 2025.

192 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-631-00-6951-7

1. Crónica de Viajes. I. Título.

CDD 910.4

Primera Edición: Mendoza 2025.

Esta obra está bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0 por Ricardo Sopeña.

Ilustración y diseño: Nicolás Viñolo

Edición y corrección: Javier Cusimano

Tipografías: Juan Pablo del Peral.

Contacto

Mail: richisopena@gmail.com

WhatsApp: 542615252700

Se utilizó papel ilustración de 300 g. para las cubiertas y papel bookcell de 80 g. para el interior. Se terminó de imprimir y encuadernar en febrero de 2024 en Talleres Gráficos Elías Porter, Plaza 1202, Ciudad de Buenos Aires.

Dedicado a mí hermana Silvia
que la bauticé sin reservas Catherine
y a su familia que me incorporó como un hijo.
A su madre alemana Liza, que con una centena de años,
leyó el libro de don puntano sin anteojos y al cielo partió.
A Malicho que me inyecta ganas de vivir.
A esta vida que me dio
un par de fichas para apostar al presente,
y escribir estas líneas,
A mi alma le digo: es hoy Richi.

*“Por la libertad,
así como por la honra,
se puede y se debe
aventurar la vida.”*

Miguel de Cervantes Saavedra

Soltar al niño interior

Todos llevamos un niño dentro. Hay quienes nunca lo dejan salir, por temor al qué dirán, por no querer quitarse la máscara de seriedad. Y así, ese niño queda olvidado, arrumbado en algún rincón del alma durante toda la vida. Error.

Ese niño que, en *Aquellos días felices*, disfrutaba de travesuras en el bello San Francisco del Monte de Oro, fue encerrado en el cuerpo de un muchacho que más tarde se convirtió en hombre y luego en abogado. Ese es mi amigo Ricardo, el Richi.

Un día, sin embargo, el niño decidió pugar y salir. Escapó de la prisión de carne y hueso. Desde entonces, el abogado serio, con su lenguaje judicial, quedó guardado, y lo que vemos ahora es al niño que vive dentro de un abogado.

Ese niño descubrió la palabra *viajar*. Quien viaja es, al menos, inquieto, curioso, aventurero, audaz. Lo intriga lo desconocido. Quiere saber qué hay más allá de esa recta que une Belén con Santa Marta, rodeada de montañas lejanas. O qué se oculta detrás de los cerros que se ven desde el muelle en el Lago Puelo.

¿A dónde lleva esa ruta que parece sumergirse en el mar azul, cuando se llega a Las Grutas por la Ruta 23? ¿Y la Ruta 5 en

el norte chileno, custodiada por la arena y la Cordillera de los Andes de un lado y el océano Pacífico del otro? ¿Es infinita? ¿O termina en un pequeño y olvidado pueblo?

Así, surgen los recuerdos. Ese niño se asomó tímidamente. Richi tenía casi un ciclomotor, y aquel niño le sugirió pasar a una moto de primera liga: robusta, poderosa, noble, sufrida. Así, montó a su compañera, cargó sus bultos y se lanzó a viajar.

Para nosotros, viajar es buscar lo desconocido: paisajes, emociones, situaciones. Es abandonar la comodidad del auto, el comfortable sillón del living, y decir *chau* al confort. Quizás sea un intento de perderse, de recorrer kilómetros y luego regresar a lo conocido. Es andar de más, pero disfrutando de la incertidumbre, la incomodidad y la inseguridad. Es vivir.

Si no has pasado por estas experiencias, parece que te falta algo para sentir que tu vida está completa. Eso queda claro al leer estos relatos, que te sorprenderán. Frío, calor, golpes, falta de combustible, donde dormir, qué comer...

Circunstancias que, en la vida diaria, son problemas; pero cuando se viaja, se convierten en anécdotas. Viajando vivimos situaciones inimaginables. Vemos la naturaleza en todo su esplendor: amaneceres majestuosos y atardeceres llenos de colores que nos deslumbran.

La fauna, además, es inolvidable. Vacas, caballos, guanacos, llamas, alpacas, vicuñas, ovejas, chivos, zorros, tortugas, mulitas. Y en el cielo, desde el pajarito más humilde hasta el majestuoso cóndor que planea alto, muy alto. Incluso hay langostas de gran tamaño que es mejor evitar que impacten en el casco. Cotorras bulliciosas, víboras y la lista sigue.

La flora también es diversa: desde el señor de la Puna, el cardón, hasta los infinitos pinos del sur. Flores en cantidades, nacidas para alegrar al viajero. Formas, tamaños y colores que quisiéramos en nuestro jardín, pero no, son exclusivas para los viajeros.

Cada viaje tiene momentos que quedan profundamente guardados en nuestra memoria, alejándonos de los problemas de la ciudad. Este prólogo es apenas un apretado resumen de lo que está por venir. Espero que, además de disfrutar la lectura, les despierte las ganas de *viajar*.

Jorge Loza

Hacia destinos insospechados

Están a punto de emprender viajes sorprendentes e inolvidables a bordo de una máquina de dos ruedas, comandada por un inquieto motero que no se detendrá ante ningún obstáculo, por más extremo que sea.

Richi no es un personaje de ficción; es un ser increíble, un resiliente, un hombre de leyes que supera las restricciones humanas impuestas por los caminos: decidir hacia dónde ir y hacia dónde no. Él va, nunca se detiene, y hasta traspasa los límites de la vida, explorando el misterioso territorio de la muerte. Sin embargo, fiel a su espíritu, esquivó la última curva del más allá para regresar al camino de la vida y contarlo.

Sobre la "estructura metálica del burro con dos ruedas", como Richi define a su máquina, vivirán cada instante de viajes increíbles hacia destinos insospechados. Disfrutarán, paso a paso, de los relatos alucinantes del autor, quien les hará percibir aromas y pintará en su imaginación verdaderas obras de arte llenas de color, armonía y movimiento.

¡Buen viaje! Y disfruten junto al más pintoresco “loquillo” de las rutas, dicho con amor y admiración.

Leticia Rivero

A ponerle primera a esta vida

Esta tierra está poblada por caminantes de dos bandos: de un lado están los fuertes y, del otro, los débiles. Pero, después de haber caminado algo en esta vida, Richi se da cuenta de que eso no es así. Hay dos formas de vivir, filosófica y profundamente, cada mañana al despertar.

El espectador

Cada atardecer vemos gente que disfruta conocer lugares, ya sea a través de noticieros o documentales. Miran un programa en un canal y lo fijan en su mente como si ya lo hubieran vivido. Su mundo se convierte en un espejismo, un Quijote en potencia, engañado. Por su cabeza pasan imágenes de lugares exóticos y novedosos.

Mientras supuestamente descansan, vuelan por la web. El lunes, reservan un par de pasajes con escalas y largas esperas en aeropuertos. Para ellos, la sala de espera se convierte en el gran salón de un evento. En su imaginación desfilan personas de costumbres extrañas y vestimentas curiosas: un hombre saca de una bolsa unos bocados típicos de Asia Menor, viste una túnica

con birrete y un pedazo de cuero con piel de elefante que le cuelga del hombro.

Decidido, compra un pasaje, pero las transacciones en línea lo sabotean. Los códigos QR lo enajenan y las noches frente al monitor lo dejan exhausto. Así, va a dormir sintiendo que ha caminado el mundo entero desde su asiento. *"Un sábado a las cuatro de la mañana es el mejor momento"*, le dice un supuesto "descubridor de oro en polvo". Hasta que un martes por la tarde, entre siestas, descubre que el mejor momento para África es en otro horario.

La ingenuidad de la gente, dominada por la tecnología, queda al descubierto. Cada día pierden más protagonismo en su propia vida. No son pasajeros, sino esclavos de los engaños. Se sienten poderosos con sus valijas, llenas de calcomanías que impresionan a los ingenuos. Acumulan millas y vuelos, creyéndose pilotos de una nave que nunca controlan.

El viajero de hoy, dueño del mundo y los aires, no es más que un peón de las aerolíneas. Estas añaden asientos, reducen espacios y hacen del viaje un negocio rentable. El avión lo lleva donde la compañía decide, no donde el pasajero quiere.

"Este agosto quisiera ir a Curutún", dice la esposa de Lolo, pero la compañía ofrece un paquete para Francia porque el hotel tiene una promoción. Así, las empresas programan las

escapadas, vendiendo la ilusión de libertad. Richi, cansado de ser un pasajero pasivo, mira cómo la gente cree que vive, pero en realidad solo es espectadora de su propia vida.

El protagonista

Richi cumplió cinco décadas siendo un espectador. Su presente transcurre en un estudio de leyes, atendiendo demandas, recursos y audiencias. Su figura de jurista está escrita: espera en un escritorio mientras los expedientes se amarillean. Su cabellera, otrora morocha, ahora luce cada vez más nevada.

"A dar vuelta la historia", se dijo. Nada de quietud ni paciencia. Decidió dejar de ser espectador para convertirse en parte activa de la comparsa de la vida. Se quitó el disfraz de corbata y expediente; dejó atrás ese capítulo.

Con prisa, buscó una moto usada y, junto con un casco viejo que compró a un motero retirado, emprendió el viaje. Compró guantes en el supermercado y, con una pata de conejo que su madre Toya le regaló como amuleto, se lanzó al camino.

Mientras recorría los primeros kilómetros, se dijo: *"Ya no seré espectador; hoy seré el actor principal. Seré un artífice, un abridor de puertas, un escritor de mi propia historia"*. Bajó la

visera de su casco negro, metió primera en la palanca de cambios y enganchó las otras.

Comenzó su viaje. Un auto que venía de frente le levantó el pulgar, y Richi respondió con el suyo. Al llegar a un cruce, dudó: seguir derecho o tomar el desvío. Decidió por lo segundo. Media hora después, paró en la casa de Lenin, lo abrazó, avivó las brasas del fuego y puso a calentar agua con guarapos.

Con el cuerpo recargado, se puso el casco y continuó hacia el norte. Al cabo de unas leguas, paró para unos mates. Prendió un fuego con ramas secas y sacó una torta raspada de su bolso. Miró su moto, "Rocinante", y le habló: *"Vas joya"*.

Richi es ahora el protagonista. Decide dónde ir, dónde dormir, dónde parar. Se acabaron los vuelos en los que un piloto lo llevaba sobre nubes blancas, todas iguales. Ahora vive cada kilómetro, con árboles, animales, frío, lluvia.

"Esto es vivir", se dice después de décadas sobreviviendo entre nubes. Hoy es el piloto de su vida. Y a los lectores les dice: *"¡Comiencen a vivir hoy, carajo!"*.

I. ¡Allá vamos, don Inca! (2008)

Mendoza-Cusco –Mendoza. Total 6.738.-km



El Machu Picchu es una ciudadela inca ubicada en las alturas de las montañas de los Andes en Perú, sobre el valle del río Urubamba.

1. A buscar mula se dijo

Loquillo se compró una moto 750 cc modelo 1995. Fue a Plaza Huincul, en Neuquén, a buscarla en un tráiler. La máquina tenía unos años y varias batallas encima, así que había que ponerla en forma. Le cambió los rulemanes, retenes de motor, cables de freno y embrague, regulador de voltaje y arregló el aro de la llanta, que estaba partido y mal soldado. Cuando estuvo lista, le colocó anclajes para maletas laterales y dos baúles de plástico. La pintó color gris metalizado, la ploteo con un par de gruesas rayas negras y rojas en el gastado carenado de ambos lados, le estampó el nombre de su madre “Toya” con letras negras manuscritas y con la misma tipografía de “Adventure sport”

Loquillo tenía licencia para conducir autos, pero necesitaba una para motos. Fue a la policía a preguntar.

—¿Para cuántas cilindradas?—le preguntó el oficial.

Con voz baja, para que no lo escucharan, Loquillo respondió:

—Para setecientas cilindradas.

El oficial anotó los requisitos en un papel con una lapicera negra y le aclaró:

—Es una licencia para grandes cilindradas.

Al oír esto, los curiosos que habían ido a tramitar licencias para ciclomotores voltearon a mirar. El oficial consultó un cuaderno y le dio turno para el segundo miércoles de junio.

Loquillo practicó un poco en los caminos cercanos y llegó el día indicado. Fue en su “caballo con ruedas”, dejó la moto estacionada en una playa a una cuadra y entró. El oficial le hizo muchas preguntas y le puso 96 puntos en el examen oral.

—Traiga la moto—le dijo el uniformado, vestido con azul oscuro y una estrella en el pecho que parecía una condecoración.

Loquillo caminó hacia la moto y soltó una mentira piadosa: que un amigo se la había llevado a la playa. El oficial le indicó que condujera por un camino con semáforos y señales, como un juego de niños. Loquillo se puso el casco negro, entró en las calles decoradas con dibujos de señales infantiles, puso el guiñe y dobló. Al regresar, el uniformado le ordenó:

—Suba por ese altillo de tierra y pare a la mitad. Luego siga.

Loquillo se quedó inmóvil, pensando cómo haría.

—¿Entiende o le repito? —le preguntó altaneramente el oficial.

Loquillo asintió con la cabeza, sacó la llave del encendido de la moto, se la dio al oficial y le dijo:

—Suba usted y muéstreme cómo parar a mitad de esa lomada de ripio con 153 kilos de una moto de 750 cc.

El oficial recapacitó y rectificó:

—No pare en la subida, siga nomás.

Loquillo hizo la prueba como pudo. Al final, el boletín indicó: “Conducción: 98 puntos”. Se sintió como un corredor de grandes premios mientras pasaba al banquillo para la foto del carnet.

Días después, Loquillo pensó en un viaje a Perú. Su idea era conocer las ruinas incas de Machu Picchu. Pero sabía que su experiencia conduciendo motos era muy pobre, así que decidió prepararse. Practicó tanto física como mentalmente para la travesía. Aprendió a conducir la moto solo, recorriendo caminos similares a los que suponía que encontraría en el viaje.

Empezó con salidas de fin de semana: fue a San Juan por Uspallata para probar el ripio de la cordillera, pasando por la Pampa del Leoncito y Barriales. Otro día subió al Cristo Redentor, desafiando las mil y una curvas de tierra desde Las Cuevas. También viajó a Tunuyán y, aprovechando la nieve, llegó al Manzano Histórico. Diariamente, recorrió el circuito de El Challao, cuyo formato de asfalto irregular, curvas y ripio suelto simulaba los caminos que enfrentaría.

Ya con licencia, los sábados manejaba por la calle San Martín, atestada de gente y autos al mediodía. Iba y volvía por diferentes calles toda la mañana, acumulando paciencia y superando todo tipo de trances. Su hijo mellizo, Álvaro, le recordaba los preparativos físicos y médicos necesarios: vacunarse contra la fiebre amarilla, evitar comer en la calle, tener cuidado con el agua y protegerse del mosquito transmisor del dengue. Una vez listo tanto física como mentalmente, llegó el momento de la aventura.

2. Ni se te ocurra partir, Sope

Una mañana de miércoles, mientras revisaba un expediente en la Cámara del Trabajo, Loquillo comenzó a sentirse mal. Su vista le transmitía una sensación de mareo, como si estuviera en un bote en un mar embravecido. Su socio, Manguply, fue a buscarlo y lo llevó a casa. El jueves por la mañana sonó el teléfono:

—Ni se te ocurra partir en moto para el Perú, Sope—le dijo Manguply con voz pausada y firme.

—Primero que un médico te revise.

Loquillo llamó a su amigo Héctor y consiguió un turno para esa tarde. En el consultorio, Héctor le tomó la presión, el pulso,

le revisó los ojos y le indicó algunos análisis. Todo estaba en orden: el corazón de Loquillo funcionaba como un reloj.

3. Va tomando forma la nave

Loquillo anda buscando un casco. Descubre que el viejo casco negro de Tucho, que llevaba meses colgado en el perchero de pino cubierto de una capa de pelusa, le queda chico. Loquillo se lo prueba y, para su sorpresa, le queda como anillo al dedo. Decide limpiarlo con un trapo húmedo para quitarle la suciedad acumulada. Le pega una cinta refractaria roja en la parte trasera y otra luminosa blanca adelante, para indicar el sentido de la ruta y que quienes lo cruzan sepan si viene o va.

Un martes, mientras camina hacia el estudio con un expediente bajo el brazo, pasa por la casa de montaña *Vyvac outdoors*. En la vidriera ve unos guantes negros con detalles azules. Jhoni, su compañero del Sanlucho, promoción del setenta, lo recibe con su habitual amabilidad.

—Estos te receto, Richi, para ir al Cusco —dice Jhoni, mientras saca los guantes del estuche y le deja picando la idea.

A Loquillo le gustan, pero no tiene un peso en el bolsillo.

—Llévalos, ¿cuál es el problema?—insiste Jhoni, guardando unos anteojos oscuros del último pedido, destinados a Robi, que viajará al Aconcagua en dos semanas.

El sábado por la tarde, Loquillo va al supermercado por caldos, café y leche descremada. En el perchero de ofertas encuentra un pantalón gris con rayas azules y rojas para esquiar. Se lo prueba: le queda perfecto de cintura, pero le faltan diez centímetros para alcanzar el taco de las botas de la moto. Lo mete en el carrito junto con un té y tres botellas de agua mineral sin gas. Mientras espera en la fila de la caja, se pregunta si será un gasto innecesario, con su mente fija en la economía de guerra.

En Villa Nueva, compra un pedazo de carpa impermeable en una casa de toldos. Lo lleva a Nidia, la costurera de las Torres, para que le agregue un pedazo y una frisa de polar por dentro. Durante varios días, Loquillo pasa por el taller para revisar el avance. Finalmente, Nidia termina el pantalón, que queda impecable, digno de un modelo de revista europea.

Años atrás, su hermana Clementina le trajo de Francia una campera azul de alpinista que nunca usó por ser demasiado caliente. Decide adaptarla: lleva la campera a Nidia, quien le ajusta las mangas y el cuello con la máquina de coser,

transformándola en un sacón ideal para enfrentar los fríos de la Siberia del altiplano boliviano.

El equipo de Loquillo es una mezcla colorida y pesada, con piezas desparejas que parecen sacadas de una feria persa. Antes de salir, carga agua endulzada en su termo azul, agua caliente en el termo rojo para el mate, y empaca café y yerba.

4. Parece que se van nomás

Loquillo ya tiene compañera de ruta: Pelu, llena de energía y ganas de vivir aventuras. Ella ya tiene experiencia tras el manubrio, pero en ciudad. Sin embargo, posee un entusiasmo que le sobra para emprender el viaje. Un día, mientras pagaba una factura en el banco, Pelusa se encontró con Marcos, quien tenía varias travesías en su haber.

Luego, Loquillo tuvo una charla de café con él:

—Llevá un pedazo de alambre, cinta aisladora y unos fusibles —le recomendó Mar.

En el baúl de plástico negro, Loquillo también colocó una cámara, unos parches, una bujía y un inflador. Sin embargo, al compartir sus planes con amistades, las respuestas eran llenas de advertencias sobre peligros y riesgos, como si planease un

viaje a la Luna. Decidió no hablar más para evitar malas vibraciones.

Empacó pastillas para la migraña, gotas nasales y agua destilada para su nariz, que le reclama en las noches. El viernes de julio bajó desde la décima planta de la torre, sacó la moto de la cochera subterránea y la estacionó en el playón para cargar el equipaje. Ahí tuvo su primer contratiempo: el candado seguía amarrado al disco de freno delantero, y al soltar el embrague, la moto quedó estampada contra la farola del playón. Tras resolver el problema, subió Pelusa y partieron hacia Godoy Cruz para que el mecánico Amadeo hiciera una revisión final.

—Van muy cargados, deben llevar pocas cosas, —les dijo Amadeo, con la sabiduría de un motoquero curtido.

A pesar del consejo, Loquillo no hizo caso. Se despidieron y partieron rumbo a San Juan. Al llegar a Media Agua, hicieron un desvío hacia Vallecito para visitar la Difunta Correa. En el camino, se detuvieron en un carrito para comer un churrasco con ensalada de tomates.

—¿Para dónde van con tanta carga en una moto tan grande? —preguntó el cocinero.

—Para Catamarca... si llegamos —respondió Loquillo, evitando sabotear la fantasía de la aventura.

Después de la comida, volvieron a la ruta. La policía caminera los detuvo para advertirles que llevaban las luces apagadas. El uniformado les pidió una “colaboración”, y Loquillo le entregó un billete reservado para estos contratiempos.

Avanzaron varias leguas, disfrutando del sol invernal, hasta llegar a La Rioja. Allí, cargaron combustible, tomaron café y lubricaron la cadena de la moto antes de continuar.

5- En moto por la angosta calle

La moto avanza por la angosta calle, con su luz tenue iluminando apenas el camino en las tinieblas de la noche. Llegan a San Fernando del Valle, al centro, en plena Fiesta del Poncho. No era esto parte de sus planes. Sin embargo, encuentran hoteles colmados. Siguen recorriendo las angostas calles entre autos, con los valijones a los costados de la moto ocupando todo el espacio disponible en las callejuelas.

Pelusa se baja a mitad de cuadra y camina con su equipo desprolijo a cuestas. Loquillo, a unos metros, la sigue. En un momento, se aleja un poco y la ve, a media cuadra, haciéndole señas con la mano. Él apura la marcha porque entiende que ha encontrado un hospedaje. Se instalan en la planta alta y se dan

una ducha rápida. Salen a caminar por el centro de Catamarca y, en una esquina, encuentran a un señor mayor que les relata largas historias de la ciudad, con detalles de su autoría. Pero ellos tienen otras intenciones: ver la ciudad de noche.

Caminan mientras escuchan, por los altavoces, el eco de las guitarras del festival, cuyos sonos se cuelan por las hendidias de la ciudad. Compran unas salchichas en un carrito al paso, mastican de pie y luego regresan a descansar, con la tele encendida.

A la mañana siguiente, duermen profundamente y, aunque pensaban madrugar, Loquillo no es amante de esos trámites. Se levantan a las nueve y desayunan.

Al colocar uno de los baúles laterales en la moto, se rompe la cerradura y la ropa se desparrama por el piso. Con un cinturón logran amarrarlo. Suben a la moto y retoman el camino. Pronto se encuentran con las interminables curvas y las subidas y bajadas de la cuesta del Totoral. Tras leguas de ininterrumpida marcha, entran en la provincia de Tucumán, donde se topan con una fila de carros cañeros. Finalmente, llegan a San Miguel. Allí, en las afueras de la ciudad, comen empanadas y asado en una carpa al costado de la ruta.

Los paisajes son de un verde intenso, a pesar del pleno invierno. Pasean por las afueras sin bajarse de la moto y luego

continúan hacia el Norte, con destino a Güemes. Al llegar, la ruta se divide en dos: una va hacia Salta y ellos toman el camino a Jujuy. La noche los sorprende en ruta. En el trayecto, ven cómo una camioneta se estrella contra el parabrisas de un bus y algunos vehículos quedan destrozados.

Unos kilómetros después, entran a San Salvador. La peatonal, a las nueve de la noche en plenas vacaciones de julio, está atestada de gente. Para Loquillo, con tan solo dos días de experiencia como conductor de moto, avanzar entre grupos de caminantes charlando resulta complicado.

Todo el primer día de rutas maneja con el casco amarrado pensando en su madre Toya y en pasajes de su niñez.

6- La única reserva para la aventura

Finalmente encuentran el hotel, el único que habían reservado para todo el recorrido. Entran a la cochera, descuelgan los dos valijones de plástico y se hospedan. Llevan equipaje de sobra, por lo que deciden dejar una caja en custodia en la pensión.

Caminan un par de cuadras desde el hotel hasta la librería Lavalle, que aún está abierta esa noche. El librero les muestra mapas doblados, con letras de colores, que seducen a Loquillo. Se lleva dos ruteritos: uno verde, del Altiplano con el lago

Titicaca, y otro rojo con letras blancas del Cusco y Machu Picchu. Es la primera vez que tienen un mapa en toda la aventura. Luego, cenan algo rápido en un carrito dentro de una galería.

Durante el segundo día mientras manejaba, pensaba en su hermano Aldito, en los miles de pasajes y anécdotas de aquel hombre-niño que está en el cielo.

Al día siguiente, en San Salvador, caminan al mercadito de la otra cuadra. Allí, el carnicero les corta un metro de salame picado grueso con su cuchillo. Pasan luego por la farmacia, donde compran tres frascos de repelente para mosquitos (el alimento balanceado del insecto volador del dengue) y dos kilos de naranjas de Calilegua, para mantener en orden el azúcar.

Cargan el equipaje en la moto, se ponen los equipos y parten hacia Purmamarca. Recorren un largo trecho entre lomadas y el río, que lleva apenas un pequeño hilo de agua. Al llegar al Cerro de los Siete Colores, le echan una mirada a sus novedosas combinaciones, que parecen dibujadas solo para ellos. Siguen hacia el Norte, como si el mundo se acabara esa noche.

Al pasar por Humahuaca, almuerzan en un comedor a la entrada del pueblo. Allí, observan el mapa de la quebrada y continúan camino hacia La Quiaca. En esta etapa, advierten que la puna será su compañera en gran parte de la aventura.

Poco después, llegan al complejo limítrofe. Varias collas, con sus pintorescas vestimentas de colores, hacen trámites mientras cargan grandes bultos en sus espaldas. Loquillo y Pelusa completan los formularios de migraciones y cruzan a Villazón, el primer asentamiento en Bolivia.

Allí, Loquillo le pregunta a una colla, vestida con atuendos del Altiplano, cómo llegar a Tupiza, su próximo destino. La mujer señala con la mano un cartel manuscrito, hecho con un tizón de carbón. Está colgado de un alambre, en el palo de un rancho, con techo de paja desprolijo.

—Peaje —dicen las letras rojas, pintadas con esmalte sobrante de la puerta del baño del rancho.

Un hombre de perfil altiplánico está sentado frente a un cajón al que le falta una tabla. Por ese hueco mete la mano y saca un talonario con números, comprado en la ciudad. Le pasa unos cobres bolivianos a Loquillo y, frente a ellos, la tranquera deteriorada se abre. Un palo remendado con alambre oxidado sostiene el cartel:

—Bienvenidos, vías bolivianas —reza, con letras de difícil lectura.

7- ¡Guarda con la curva!

Pelusa levanta la vara de álamo que hace de tranquera, agacha la cabeza y Loquillo pasa con la moto. Luego, Pelusa baja el brazo, suelta la piola que sostiene el palo y así quedan oficialmente en las vías bolivianas. Los espera una huella de ripio, con altitud pronunciada y trazado elemental. De vez en cuando, pequeños buses pasan a su lado, levantando nubes de polvo que los cubren por completo.

Loquillo mira por el espejo de su *caballo con ruedas* y ve que otro vehículo se acerca con claras intenciones de pasarlos. Sin ningún tipo de limitación, acelera la moto. La huella se va achicando poco a poco, el terreno empeora, pero logran superar a los colectivos que, entre el polvo, parecen casi invisibles.

De repente, una curva cerrada aparece frente a ellos. Loquillo intenta doblar sin reducir la marcha. La moto, sin embargo, da un giro inverso al que él pretende. Los dos salen volando y aterrizan en un montículo de tierra suelta. Sus cuerpos penetran en el bordo y desaparecen por completo del paisaje, como si la tierra los hubiera devorado.

La maniobra provoca una gran nube de polvo. Los pasajeros del colectivo que venía detrás se arrojan del bus para auxiliarlos. Entre ellos se escuchan comentarios en aymara,

pero los motociclistas no entienden nada. Con la ayuda de los pasajeros, logran levantar la moto, que apenas asoma entre el polvo.

Pelusa, indignada, reprocha la maniobra. Ambos se sacuden el polvo y el susto, y continúan por la huella.

Pasan por un arroyo seco y, al subir un borde ripioso, encuentran un rancho de adobe junto a un corral de ovejas. Un tendedero, sostenido por un alambre bajo, va desde el esquinero del corral hasta un puntal de la galería del rancho, que armoniza con el techo de paja. Loquillo y Pelusa deben agacharse sobre la moto para pasar por debajo del tendedero, asustando a las gallinas, que salen aleteando, seguidas por unos pavos flacos que hurgan la tierra en busca de insectos para su ración.

La marcha continúa. Unas leguas más adelante, un colectivo se detiene en medio del descampado. Los pasajeros bajan corriendo: los hombres, de espaldas, ocultan sus partes pudorosas, mientras las collas, con sus amplios vestidos de colores, improvisan un escusado de campaña.

La noche cae sobre la huella, entre guadales. Están a una altitud considerable y los pozos, combinados con el terreno serrucho, pintan un paisaje desolador. Siguen avanzando

durante muchas leguas sin encontrar un solo cartel indicador. Finalmente, a las diez de la noche, llegan a Tupiza.

Cruzan un angosto puente que salva el lecho seco de un arroyo y divide el pueblo en dos bandas. Entran con la moto cargada por las callejuelas, buscando un lugar donde dormir. A mitad de cuadra encuentran un hospedaje. Suben a la segunda planta por una escalera angosta y notan cómo la puna les dificulta la respiración.

En el techo y las paredes de la habitación hay mosquitos a montones. Loquillo recuerda las advertencias de su hijo Álvaro sobre el dengue y se preocupa. La altitud no da tregua, y el conserje, al ver que caminan con dificultad, les ofrece unas hojas verdes secas de coca. También les señala una manguera conectada a un tubo de oxígeno, pero ellos lo rechazan.

8- Los duros del oeste

Cansados de recorrer huellas, los motociclistas se dieron una ducha esa noche de invierno de julio, en Tupiza. Salieron a caminar bajo la tenue luz de faroles cálidos, avanzaron un par de cuadras y pronto dieron con una pizzería. Al entrar, notaron que pocos comensales hablaban español. Un conjunto musical

de parroquianos, con gorros de guardas y vivos colores y ponchos vistosos del altiplano, ejecutaba agradables melodías.

En la pizzería, fotografías antiguas y viejos carteles colgaban de las paredes. De su lectura surgía que allí habían capturado a los bandidos Butch Cassidy y Sundance Kid, quienes también habían hecho de las suyas por la Patagonia argentina. Esa noche, mientras se alimentaban con jugos y pizzas, los charangos y las quenas los dejaron sin aliento. Las melodías altiplánicas, brillantes y deslumbrantes, flotaban en el aire. De fondo, tejidos autóctonos decoraban las paredes junto a una fotografía desteñida de Tupiza, en la que personajes con figuras deterioradas por el tiempo aparecían casi irreconocibles.

En la taberna no había un solo comensal que hablara español. Solo se oían algunas conversaciones en aymara y otras voces de origen europeo. El bullicio de charlas de varias lenguas se mezclaba con la música, mientras un cartel, con letras negras, estilo película antigua, declaraba: *"Aquí capturaron a Butch Cassidy y Sundance Kid. Huyendo de los federales, se ocultaron por estas lomadas."*

Los bandidos del Norte del continente eran como personajes sacados del Viejo Oeste: cabalgaban en corceles que parecían tanques de guerra con patas de equino. De sus

monturas de cuero gastado colgaban armas, y sus escopetas de dos cañones siempre estaban listas para la acción. Dos pistolones de pólvora negra, con humo bien visible, les daban autoridad frente a los locales desarmados. La munición de sus revólveres aseguraba que cualquier disputa duraría dos tiros y nada más.

Después de largos cabalgares por tierras latinas, Butch Cassidy y Sundance Kid encontraron en Tupiza una guarida. Aquí, en este escondite del altiplano boliviano, se comunicaban en un inglés rústico, mal hablado y con señas con las lugareñas. La dupla de forasteros deambulaba con las últimas chirolas que les quedaban de los bancos saqueados en el Norte.

Tuvieron amoríos en esta tierra árida y un prontuario de tiros que respaldaba su fama de rústicos bandidos. La leyenda local les adjudicaba hijos entre las collas de la montaña, a quienes bautizaban con nombres mestizos: Butch López o King Patagua, el muchacho de ojos claros bautizado por el padre Floro. Con cicatrices ocultas bajo sus barbas ralas y pieles rubias curtidas por el sol, no parecían oriundos de Tupiza, pero dejaron su huella por el altiplano y la Argentina.

Aquella noche, Loquillo y Pelusa aspiraron largas bocanadas de aire frío, oxigenando sus organismos y regresaron a dormir. Subieron las escaleras a la segunda planta, peleando

contra la puna, y finalmente se acostaron. En las paredes, los mosquitos, como pequeños helicópteros, esperaban que contaran ovejitas y quedaran dormidos para atacarlos.

A la mañana siguiente, los motociclistas se dirigieron a la única estación de servicio del pueblo, pero encontraron las mangueras cruzadas sobre los surtidores: no quedaba una sola gota de combustible. Continuaron su viaje con lo que habían cargado en La Quiaca.

En la ruta, soportaron varios cortes debido a protestas contra el gobierno. Como no había muchos carteles indicadores, Loquillo detuvo la moto para preguntar a un colla, elegantemente vestido con su atuendo de montaña y sombrero de paño negro, cuánta distancia faltaba.

—Una hora —respondió el hombre.

Más adelante, Loquillo volvió a preguntar a otro colla:

—Dos horas.

Con cada informante, la distancia parecía alargarse. Loquillo comprendió que aquí las mediciones no se hacían en kilómetros, sino en tiempo de recorrido: caminando, a caballo o en bicicleta, según el medio de locomoción del informante.

Tomaron la ruta hacia Potosí. El ripio serpenteado complicaba la marcha, mientras viejas máquinas trabajaban en el ensanchamiento del camino. Una topadora mantenía el paso

cerrado y los autos aguardaban. Loquillo, impaciente, logró adelantar a tres vehículos y quedó primero en la fila.

Cuando se abrió el paso, la moto, que estaba en velocidad, no arrancó. Los autos los pasaron rozando, uno tras otro. Finalmente, lograron arrancar, pero quedaron últimos en la senda. Después de un largo rato de esfuerzo y lucha, superando los móviles más deteriorados, volvieron a quedar primeros en la polvorienta ruta de altura.

Durante ese día de caminos por guadales y con el equipo tapado en tierra, Loquillo continuó pensando en su madre Toya y el niño Aldito, que lo cuidaban desde el cielo.

9- Mangueras cruzadas

Transitan Loquillo y Pelusa en la motocicleta un buen trecho hasta dar con Cotagaita. Sin suerte, la estación de combustible los recibe con las mangueras cruzadas y, otra vez, no hay nafta. El carburante de la moto va con unos pocos octanos de la última carga hecha en La Quiaca. Finalmente, encuentran unos kilómetros de pavimento recién inaugurado, una pista tan lisa que parece una mesa de billar.

Loquillo aprovecha y le da pata a buena velocidad.

Pasado el mediodía, sus estómagos gruñen, pidiendo algo sólido. Al costado del camino, bajo el sol intenso del invierno altiplánico, se acomodan sobre una gran piedra bola. Con los cortaplumas, atacan unas rodajas de torta y los salamines jujeños que duermen en la maleta. Estos chorizos son un manjar.

Una coya, que viene de frente, les llama la atención. —¿Dónde se consigue combustible? —pregunta Loquillo. La mujer levanta la mano y, sin pronunciar palabra, señala hacia la derecha. Loquillo espera un poco más, hasta que ella le suelta la información completa: el combustible se vende en el negocio de los Tejerina.

Siguen unas cuadras por una calle de tierra que baja hacia la plaza hasta dar con el bolichón. Está abierto, y su interior ofrece una mercadería surtida y singular. Desde el marco de la puerta cuelgan baldes, mangueras, ropas y otros productos. Dentro, se exhiben medias de mujer junto a trotyl, mechas de encendido retardado y fulminantes para explosivos.

Loquillo recuerda un episodio en Pozo del Molle, cuando bajó a un pozo cavado a pico y pala y se cortó la soga de yute que estaba apolillada. La caída le llevó la cabeza al fondo.

La doña Tejerina, con su ancha y colorida falda, los atiende. —¿Tiene combustible? —pregunta Loquillo.

Con un gesto de cabeza, la mujer indica un tambor oxidado de unos cien litros. Encima del tambor reposa el medidor improvisado: un tarro de aceite vacío.

Aprovechan la parada en el negocio de los Tejerina y, con una lata de atún y una cebolla que pican en un plato de chapa, almuerzan parados. A lo lejos, se escuchan las explosiones en las minas de plata de los cerros cercanos. El paisaje se completa con la iglesia de dos torres, un tanto apuntaladas con palos. Sus campanas de bronce relucen bajo el sol, mientras al fondo reposan las altas sierras decoradas por la broza.

Con el tanque completo, los motociclistas continúan la ruta. El ripio interminable vuelve a ser protagonista. El carburador se chupa el tanque de octanos truchos de las normas bolivianas. Por indicación de un parroquiano, entran por una callejuela de tierra hasta dar con un rancho de adobe con techo de chapa. El lugar está cerrado y no hay señales de movimiento.

Otro motociclista del altiplano espera desde hace un par de horas. Pelusa se baja de la moto y Loquillo, inquieto, sale a buscar al propietario. Tras caminar unas cuadras, lo encuentra y lo trae como acompañante en la moto. El hombre, llamado Evo, tiene unos pocos litros de combustible. El otro motociclista, compasivo, los deja cargar cuatro litros, lo único que queda en el tambor. Loquillo paga el combustible y lleva a Evo a su casa.

Pelusa lo espera en la puerta del boliche y finalmente retoman la marcha entre guadales.

Poco después, suben a un camino recién pavimentado en excelentes condiciones. La moto ruge, recuperando velocidad. Finalmente, al atardecer, entran triunfadores a Potosí.

Por sus calles angostas circulan lentamente. Una coya con sombrero de paño, les indica de mal genio, la dirección hacia un hotel. Tras dar algunas vueltas, por suerte, lo encuentran.

10- El cirujano de las dos ruedas

Luego de dar numerosas vueltas por las callejuelas de este pueblo de altura, Loquillo y Pelusa finalmente dan con el Coloso de Potosí. Frente a ellos, un cartel con estrellas indica la categoría del lugar, aunque parece que solo falta la estrella de David. En el sótano del edificio, los recibe una oscura cochera. La única luz proviene del tenue resplandor que se cuela desde la caldera, apenas iluminando las profundidades.

Bajan el equipaje, se quitan los atuendos de motociclistas y suben a ducharse. Luego, salen a estirar las piernas por calles adoquinadas, adornadas con farolas de luz amarillenta que le dan un particular aire colonial. Se cruzan con algunos europeos y entablan una breve charla con un hombre del altiplano, quien

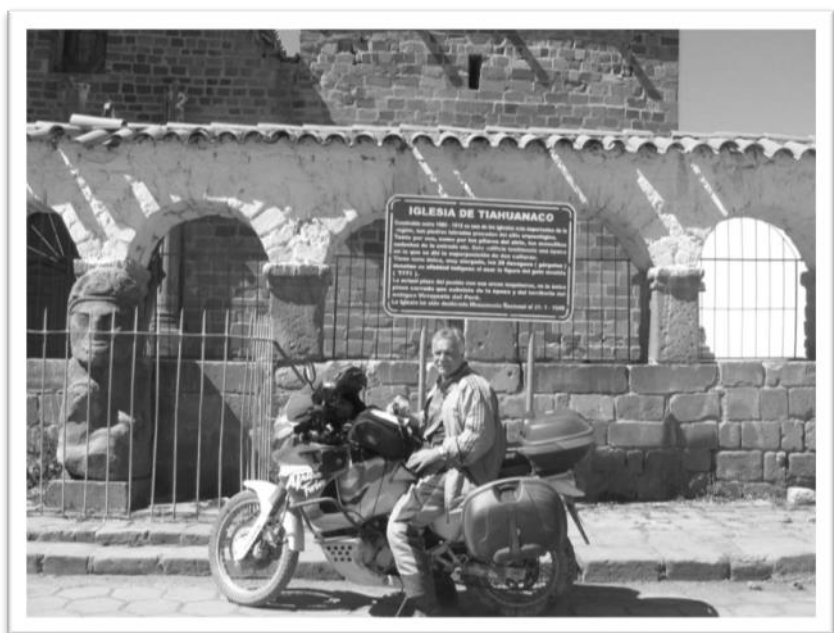
les cuenta que el dueño del hotel tiene una explotación minera en la montaña.

Después de unos bocadillos y de recorrer un poco más, regresan al hotel. En el subsuelo, los espera una pileta climatizada. Unas brazadas en las tibias aguas del altiplano son justo lo que necesitan para relajarse antes de dormir.

Por la mañana, desayunan un café boliviano de sabor agradable, fuerte y con buen cuerpo. Los demás huéspedes ya partieron temprano en sus giras. Loquillo y Pelusa van en busca de una ferretería, pues la moto perdió algunos pernos tras los golpes de los baches en el camino. Dieciocho tornillos perdió la motocicleta. Necesitan ajustar el carenado de fibra, que está rajado y amarrar los guardabarros sueltos.

Con los bulones en mano, cruzan un puente en curva y llegan a un pequeño galpón de paredes de ladrillos gastados y techo de chapa. Un cartel, apenas legible, dice “Mecánico”. En la puerta, los recibe un hombre de baja estatura, Don Cevallos. Su boca desdentada luce solo dos colmillos desgastados, y su bigote espeso parece un quinchó.

En el taller, hay decenas de motos abandonadas y oxidadas amontonadas contra la pared del fondo. Don Cevallos observa la moto de Loquillo, coloca un tronco bajo el bloque del motor para trabajar y, tras liberarla del piso, gira suavemente la rueda



Tiahuanaco es un pequeño poblado de Bolivia, ubicado en el Altiplano andino en la margen oriental del río Tiwanaku.

delantera. Al hacerlo, se nota que la llanta gira con dificultad y, en cierto punto, se frena completamente.

—Está la grasa endurecida por la tierra del camino — murmura Cevallos.

Desmonta la rueda, la desarma, la limpia y la vuelve a montar. La hace girar nuevamente, pero se frena en el mismo punto. Con un ojo cerrado, confirma su diagnóstico: —Un disco está torcido —dice, entre los dos colmillos.

Loquillo recuerda el golpe en la farola que sufrió en Mendoza antes de partir. Don Cevallos toma una tiza, marca el disco y le da un golpe seco con una masa, colocando una planchuela de hierro maciza del otro lado para amortiguar el impacto. La hace girar de nuevo, pero la rueda queda aún más torcida. Resoplando, desmonta la rueda una vez más y, con dos mazazos firmes de reversa, finalmente declara:

—Parece que quedó.

Coloca el eje y la rueda en la horquilla, la empuja con la mano y gira sin dificultad. Problema solucionado tras varias horas de trabajo. Loquillo le paga unos bolivianos de poco valor y deja un dólar americano de propina. Suben a la moto y parten bajo el sol de invierno, con los rostros resecaos y colorados después de dos mil kilómetros recorridos.

Al regresar al hotel, una sorpresa los espera: está completo porque llegó una delegación de franceses de Lyon. Deben partir de inmediato. Salen a buscar otro lugar donde dormir y, por suerte, encuentran otro hotel con dos camas libres.

Dejan la moto y aprovechan para dar un último paseo por Potosí. Las antiguas farolas iluminan el recorrido y un gran reloj en la esquina atestigua su paso. Al fondo, las siempre imponentes sierras observan en silencio.

11- Unos cartuchos por no detenerse

Durante la época colonial, en Potosí se acuñaron monedas tanto para los virreinos del Perú como para el del Río de la Plata. Hoy, el edificio de la Casa de la Moneda, con su llamativa arquitectura de arcadas, balcones y techos de tejas, es un emblema de aquellos tiempos.

Tras una última caminata por las calles adoquinadas, Loquillo y Pelusa pican algo ligero para calmar el hambre y van a descansar. Por la televisión, escuchan que el tránsito hacia La Paz está complicado por los piquetes. Las manifestaciones son en contra de la reforma constitucional que busca permitir la reelección de Evo Morales.

Por la mañana, toman un desayuno mientras ven las noticias. Aunque Loquillo siente simpatía por Evo y su perfil, no pueden ignorar los carteles populistas que decoran las calles.

A las nueve, suben al “caballo de fierro” y toman rumbo hacia Oruro. A poco de andar, se topan con el primer piquete: largas filas de autos esperan que los manifestantes levanten el bloqueo. A los costados de la ruta, las coyas formaron montículos de piedras para impedir el paso.

Loquillo decide no detenerse. Con su moto, supera los montículos desviándose del camino. De repente, uno de los manifestantes les arroja un paquete envuelto en papel humeante. La explosión es ensordecedora y el hombre les grita algo en aymara que no logran entender.

12- Pesado está el altiplano

Le deben dar más leguas al altiplano hasta que llegan a Oruro. Las callejuelas están repletas de *collas* con sus grandes bultos al hombro. Penetran en la ciudad con la gran moto entre la gente y en un comedor al paso se detienen para un almuerzo. A través de la vidriera que da a la calle, ven su motocicleta repleta de pertrechos. Después de comer, aprovechan para bajar la barriga y caminan por las callejuelas tupidas de *collas*. Suben a su

“caballo de fierro” y continúan hacia La Paz. Al poco andar, se encuentran con nuevos piquetes en la ruta y logran superarlos sin contratiempos.

Siguen con la motocicleta por el camino de altura, recorriendo horas entre las montañas. Finalmente, abajo y a lo lejos, aparece la ciudad de La Paz, rodeada por picos nevados. Hacia adelante, el caserío desciende en una pendiente que se extiende por los cerros. Buscan el centro en la motocicleta, intentando encontrar dónde dormir, mientras atraviesan un mar multicolor de autos y colectivos pequeños. Al dar con el hotel, las tupidas filas de vehículos hacen imposible detenerse. Tras un par de intentos fallidos, continúan girando como “bola sin manija” por callejuelas que suben y bajan, atestadas de pequeños *buses* y miles de *collas*. Desde los estribos de los colectivos, a los gritos, los cobradores cantan los destinos, formando una perfecta desorganización dentro de un tránsito que arrastra a los motociclistas al infinito.

Pelusa se baja de la moto y se sube a un taxi, pasándole la dirección del hospedaje al conductor. Loquillo, con la moto, lo sigue pegado, aprovechando el camino que el taxi abre entre los cientos de *combis*. Al fin, llegan. En la puerta del hotel hay un gran piquete y un puñado de *collas* manifestándose. Al lado, el tribunal de justicia debe resolver la extradición de un preso

político a Perú, de allí el reclamo popular. A viva voz, entonan cánticos en aymara, portando grandes y desprolijos carteles mientras lanzan papeles al aire.

Con dificultad, Loquillo logra ingresar a la cochera. A través de un pasillo, sube hasta la terraza del hotel. Una vez instalados, toman una ducha y salen a caminar por la peatonal de La Paz. Sin embargo, debido a la extrema altitud, la falta de oxígeno en los pulmones dificulta el recorrido. Regresan al hotel. El comedor se encuentra en el séptimo piso del edificio. Allí, se sientan frente al ventanal y observan maravillados las luces de las casas y las callejuelas que se extienden desde lo alto de los cerros. Luego bajan al dormitorio para un descanso reparador. El aire escasea en todo momento. Se levantan no muy temprano y desayunan. El resto de los ocupantes del hotel madrugó y ya salió en giras por los poblados del altiplano.

Los motociclistas comienzan una caminata para conocer La Paz. Recorren la plaza principal, donde se encuentran con gente vestida con los vistosos colores del altiplano. Visitan la catedral con sus cúpulas y campanario; enfrente, el Congreso les llama la atención para una fotografía. A pocos metros están las columnas del Palacio Quemado, la casa de gobierno donde trabaja el presidente. Loquillo, que tiene formación jurídica, compra una constitución en una librería frente al palacio de

justicia. Le da una rápida lectura y observa que la sede administrativa del gobierno está en La Paz, mientras que Sucre es la capital de la república. De allí surge la confusión: el asiento del presidente no está en la capital, sino en la sede administrativa.

Caminan por una corta y humilde peatonal, visitan la iglesia de los franciscanos y encuentran varios talleres de orfebrería especializados en plata y alpaca. Las joyas están en exhibición en vitrinas. Siguen caminando por un puente peatonal que cruza los aires hacia otra avenida. Por el puente, transitan parroquianos con vestimentas típicas y grandes bolsas amarradas a sus espaldas, deslizándose con esfuerzo entre el gentío.

Tras la larga caminata, donde todo les llama la atención, cargan las alforjas y parten. La salida de La Paz resulta un tanto complicada; tardan un par de horas, avanzando a paso tranquilo, hasta que logran dejar la ciudad. Ya en la ruta, con destino al norte, llegan al asentamiento arqueológico de Tiahuanaco. Se encuentran con las ruinas preincaicas: una capilla, un par de casas humildes, la precaria estación de tren con una pobre galería despoblada y un par de banquetas. Allí se alza el cartel que indica que están en Tiahuanaco.

Recorren la feria artesanal, donde tres locales ofrecen tejidos en telares colgados. Compran dos pulóveres de alpaca y un cubrecama confeccionado en un telar de puntales de palo, amarrado bajo un árbol. Luego visitan las construcciones arquitectónicas, que están en condiciones un tanto abandonadas. Observan la famosa Puerta del Sol, con su dintel de roca de cuatro metros que parece haber sido aserrado. En la otra punta del predio, encuentran la Puerta de la Luna. Ven a algunas *collas* trabajando en las ruinas arqueológicas, utilizando palas y grandes rejas de metal a modo de colador, como parte de investigaciones financiadas por las Naciones Unidas.

Porque este lugar, hace algunos siglos, fue un puerto sobre el lago Titicaca. Hoy, debido a la reducción del espejo de agua, se encuentra a cuatro leguas de distancia. En las paredes del playón, más abajo, están los rostros esculpidos en piedra de antiguos personajes de la tribu, erosionados por el viento y el tiempo. La cultura de Tiahuanaco fue floreciente entre los años 400 a.C. y colapsó entre el 900 y el 1200 d.C., siendo así una civilización preincaica.

13- La fila de Desaguadero

Loquillo avanza conduciendo la moto, acompañado por Pelusa, hacia el lago Titicaca. Pasan por un pequeño asentamiento con viviendas de paredes de adobe, donde los techos de chapa reflejan el brillo del sol. Unas nubes proyectan sus sombras sobre el lago, dándole el perfil de un hermoso mural de montañas. Los motociclistas continúan su camino y llegan a Desaguadero, la frontera entre Bolivia y Perú. Las callejuelas están colmadas de *collas* y pequeñas motos. Tras un rato, logran llegar a la casilla y por fin realizan los trámites. Mientras tanto, se ha hecho de noche, y ya están sobre tierras peruanas.

Avanzan por un camino desgastado y remendado de un viejo pavimento, donde se combinan distintos colores. Con dificultad, avanzan en la noche con los paupérrimos faros oxidados de su motocicleta. Esa luz amarilla, casi amarronada, apenas alumbra los costados de la nave mientras conducen.

Recorren cerca de cien kilómetros por la ruta complicada. Son las diez de la noche cuando finalmente arriban a Puno, ciudad que se encuentra frente al lago Titicaca. Tras andar unas cuadras, encuentran un sitio de medio pelo para pasar la noche. La habitación está en un cuarto piso, accesible solo por escalera. Nuevamente, la sensación de falta de oxígeno los domina. Tras

darse una ducha, no tienen energía para otra opción: o salen a caminar o se guardan en la cama. Optan por lo segundo. Sin embargo, como las noches anteriores, se despiertan al rato debido a la falta de oxígeno.

Al levantarse, desayunan un café boliviano bien fuerte y salen a recorrer a pie las calles de Puno. A su alrededor, pasan triciclos con motores de motos, donde los pasajeros viajan en una canasta colocada al frente. En uno de ellos, va sentada una señora con anchos y pintorescos vestidos y un sombrero de paño, tendida como una paloma.

Otros triciclos, de tracción a sangre, también circulan por la ciudad. En uno de ellos, un joven conductor lleva un broche prendido en la canilla del pantalón derecho para evitar que la cadena lo engrase. Va montado en un cuerpo anexo al vehículo, pedaleando, cuando saluda a un transeúnte conocido. Con un gesto, ambos acuerdan un programa para la noche.

Sin mucho que pensar, Loquillo y Pelusa toman uno de estos simpáticos medios de transporte público y le piden al conductor que los lleve al embarcadero del lago. Una vez allí, toman una excursión lacustre junto a una docena de pasajeros. El guía, con marcada fisonomía del altiplano, los acompaña. La embarcación avanza entre las aguas, siguiendo una senda acuática abierta entre la vegetación. De pronto, otras

embarcaciones vienen de frente, trayendo en su popa gallinas maniatadas, pertenecientes a los isleños. Al pasar, dejan a su paso una estela de olas.

El Titicaca es el lago navegable más alto del mundo: está a 3.812 metros sobre el nivel del mar. Tiene un largo de 170 kilómetros, un ancho máximo de 28 kilómetros y alcanza una profundidad de hasta 280 metros. Este espejo de agua está asentado en el límite entre dos países, por lo que la mitad corresponde a Bolivia y la otra a Perú. Según la voz indígena, *titi* significa “puma” y *caca* “piedra”. El guía peruano cuenta la historia de una forma particular: explica que la parte de *titi* es del Perú, pero cuando llega a la segunda palabra, omite su pronunciación, dejando escapar una sonrisa cómplice y continúa con su relato, insinuando que la otra parte es de Bolivia.

14-Las islas vegetales de la fábula

En las alturas del altiplano andino, los indígenas Uros habitan un mundo que combina ingenio y resistencia. Durante la época de la conquista, cuando los españoles, erróneamente llamados colonizadores, llegaron con ansias de riqueza y poder, estos pueblos originarios sufrieron explotación y esclavitud. Los

conquistadores, armados con una cruz en una mano y una Biblia en la otra, impusieron un régimen de violencia y saqueo, llevándose el oro y los recursos del Nuevo Mundo mientras sometían a los indígenas a trabajos forzados y brutales castigos.

En respuesta a este trato inhumano, los Uros tomaron una decisión radical: lanzarse al agua con grandes troncos flotantes, un acto de desesperación y supervivencia que marcaría el inicio de sus famosas islas flotantes. Con el tiempo, construyeron estos refugios con totora, un vegetal característico de la región, creando un hogar en medio del lago Titicaca. Hoy en día, aunque algunos Uros aún habitan estas islas, su realidad ha cambiado.

Los viajeros evidencian la contradicción entre el espectáculo turístico y la cruda verdad. Al llegar a las islas, se encuentran con un escenario diseñado para el visitante: carteles en aymara, artesanías a la venta y una sorprendente mezcla de tradición y modernidad, donde la música electrónica y los cantos en inglés se mezclan con vestimentas deportivas. A la distancia, sin embargo, se vislumbran los verdaderos habitantes, viviendo en condiciones de pobreza extrema, ignorados por los derechos humanos y la justicia.

Tras navegar por esta representación idealizada, la lancha regresa al puerto, dejando a Loquillo y Pelusa con una sensación

de incredulidad y desasosiego. En la costa de Puno, dos navíos de la Armada peruana ondean banderas nacionales, provocando en Loquillo una inquietante reflexión: ¿estas armas están aquí para proteger a los isleños o para silenciar cualquier intento de rebelión? Los Uros, que siglos atrás buscaron refugio en las aguas del lago, hoy parecen vivir atrapados en una nueva forma de opresión. Su vida transcurre entre la miseria, caminando descalzos sobre juncos, mientras el peso de siglos de injusticia sigue oprimiéndolos.

Esa noche, Loquillo, perturbado por lo que ha presenciado, decide abandonar Puno y dirigirse a Cuzco. Al partir, el paisaje del Titicaca le regala un instante de belleza: las aguas celestes reflejan las nubes blancas, creando una imagen casi irreal. Sin embargo, la injusticia que presenció sigue acompañándolo, dejando una marca imborrable en su memoria.

15-Al fin el Cusco

Los viajeros avanzan en la motocicleta con el saldo de la aventura a cuestas. Finalmente, arriban en la noche a Cuzco, donde una marea de pequeños taxis asiáticos invade todos los rincones. Después de mucho buscar, encuentran una guarida donde hospedarse, pero no tienen dónde guardar la moto. Al

final, en un angosto pasillo al fondo de un negocio de prendas tejidas, logran dejar su vehículo.

Ya instalados y desempacados, salen a caminar por las calles adoquinadas, iluminadas por farolas coloniales. Frente a ellos está la pintoresca Plaza de Armas, con sus bellas fachadas que son una sucesión de postales. Deslumbran las casonas con arcos y balcones de madera que asoman a las calles de esta ciudad de marcado corte colonial.

La catedral merece un párrafo aparte: es imponente la basílica de la Virgen de la Asunción y sede del arzobispado, donde va el dinero que sacan a los pobres peruanos. Las calles de la ciudad lucen escaleras tupidas y, al medio, las angostas arterias llevan nombres de caciques incas o miembros de su familia real.

Loquillo y Pelusa se dirigen a la estación de tren para reservar pasaje hacia Machu Picchu. Les cobran doscientos cincuenta dólares a cada uno. La línea ferroviaria fue construida por técnicos y capitales peruanos, pero es explotada por los ingleses. Los boletos son para un tren que parte en un día. De paso, aprovechan para lavar la ropa, impregnada de aceite de la cadena de la motocicleta y mezclada con la tierra del camino.

Es de hacer notar que Cuzco era considerado por los incas como el "ombligo del mundo", el centro de su universo. La

ciudad tiene numerosas iglesias y templos. En el centro, la Plaza de Armas luce jardines llenos de hermosas flores multicolores. Por la noche, las farolas resaltan los brillosos adoquines de las calles, como un mural que tienta al visitante a llevárselo en la memoria.

Por la tarde, reciben la ropa del lavadero, que no está muy limpia y tiene un fuerte olor a perfume barato. A las cinco de la mañana siguiente, se levantan y parten hacia la estación de tren. Pasan caminando por la Plaza de Armas hasta llegar a las vías. A las seis de la mañana suben al tercer vagón, donde los asientos son rústicos tableros arqueados y bastante incómodos.

El tren parte rumbo a Machu Picchu, subiendo lentamente por una vía que zigzaguea al salir de la estación. Recorre un tramo corto y empinado hacia adelante, luego retrocede y cambia de vía en forma de "z". Una vez en la cima, comienza a descender por el margen del río, pegado a la montaña. Por la ventanilla se ven terrenos arados, cultivos y pequeños arbustos. Tras una hora de viaje, llegan a un pequeño poblado donde descienden unos holandeses que harán el resto del recorrido caminando durante cuatro días, por la senda conocida como el "Camino del Inca".

El resto de los pasajeros continúan lentamente. Después de cuatro horas, llegan a Aguas Calientes. Desde allí, caminan por

un valle angosto rodeado de altas montañas. Luego toman un colectivo que sube por las cornisas de la montaña hasta el portal de ingreso inferior del asentamiento inca.

Abonan la entrada, que no está incluida en el pasaje, y finalmente están en Machu Picchu. Caminan por sus planicies, una maravillosa obra arquitectónica de tiempos pasados. El complejo está construido con rocas perfectamente perfiladas y muros restaurados. Aquí vivían familias de una solvencia superior, diferenciadas del resto del asentamiento. Contaban con bodegas donde almacenaban alimentos, prueba de una sociedad muy organizada. Las terrazas fértiles, contenidas por murallas pétreas, permiten que el agua descienda por desniveles naturales hacia las terrazas inferiores, donde riegan los cultivos. La ciudadela inca, construida en terrazas de altura y pronunciados cortes, se conserva desde el siglo XII.

16 - La ciudad del Inca

Para entender a este grupo de indígenas, debemos tener presente que era una comunidad muy avanzada, con grandes conocimientos de la naturaleza y de los astros. El Inca era un poder unipersonal: un jefe único del clan. El resto de su familia conformaba la casta noble y no es correcto referirse a ellos

como "los incas" en plural. El Inca era un líder absoluto y su pueblo trabajaba para él hasta el fin de sus días.

Esta cultura tenía conocimientos avanzados de astronomía. En la parte alta del asentamiento se encuentra el observatorio, un muro ovoide con aberturas entre las rocas, diseñado para divisar los astros durante la noche. En el centro del complejo hay un gran playón con vista a los cerros circundantes. El ingreso principal durante su esplendor estaba en la parte más alta, entre dos grandes cerros y era fuertemente custodiado. Machu Picchu, voz quechua que significa "Montaña Vieja", está ubicada entre las montañas Machu Picchu y Huayna Picchu de la cordillera Central del Perú, a 2.500 metros de altitud. Sin duda, esta obra del hombre es una de las maravillas del mundo moderno.

Muchos curiosos y estudiosos caminan por la zona y pocos hablan español. Luego de explorar varias veces este predio rocoso, suben nuevamente a los colectivos y descienden hasta Aguas Calientes. Allí, los viajeros almuerzan y comparten mesa con un guía local que hace un alto en su jornada y aprovechan para seguir ilustrándose. En las callejuelas de Aguas Calientes abundan los negocios de tejidos y artesanías coloridas.

Al caer la tarde, los Loquillos toman el tren de regreso a Cusco, enfrentando nuevamente las cuatro horas en incómodos

asientos de madera. Ya de noche, al llegar al zigzag del descenso final, optan por tomar un colectivo que, por un par de soles, los lleva directamente a la ciudad, ahorrándose una hora y media.

De vuelta en Cusco, Loquillo compra una campera tejida en telar de vicuña con estampas de las montañas vieja y nueva. Las calles están repletas de nombres que remiten a los antiguos caciques incas y cada conversación con los locales viene acompañada de una pequeña lección de historia. Sin embargo, el desgaste del viaje ya comienza a pasar factura: el dolor en sus asentaderas se vuelve intolerable. Por las noches, necesitan analgésicos para poder dormir y recuperar energías.

17 - Siguen para el Pacífico

Después de cinco días en Cusco, los Loquillos se acuestan temprano. Al día siguiente, tras un buen descanso y un desayuno tranquilo, suben el equipaje a la motocicleta. Pasan por la Plaza de Armas, donde un señor de un puesto de bebidas les toma una fotografía para el álbum que, lamentablemente, nunca tendrán porque apretó el botón equivocado de la cámara.



Arequipa es la capital de la época colonial de la región de Arequipa en Perú. La rodean 3 volcanes y cuenta con edificios barrocos.

Ya en camino, toman rumbo hacia Juliaca. Tras un centenar de kilómetros, Loquillo, distraído con las indicaciones, entra al centro del poblado por error. Avanzan entre el tumulto de motos y pequeños autos, hasta que, al darse cuenta, dan la vuelta y regresan a la ruta principal con destino al Pacífico.

Tras avanzar varios kilómetros, hacen una parada en un pequeño asentamiento para almorzar. Se sientan a la orilla del camino y sacan unos salamines jujeños con pan, reservados del desayuno del hotel. Luego de reanudar el viaje, el nivel de combustible baja peligrosamente. En una vivienda al costado de la ruta, un cartel rudimentario indica la venta de combustible. Tres niñas descalzas y de corta edad tienen un tacho de chapa con nafta y con un tarro más pequeño para medir cargan manualmente el tanque sediento de la motocicleta.

Continúan su ruta hasta que, al anochecer, llegan a Arequipa. Se hospedan en un hotel colonial en excelente estado. Pasean por la Plaza de Armas, donde edificios de dos pisos con arcadas en ambas plantas rodean el espacio central. En el medio, una fuente de mármol de varios niveles derrama agua serenamente. Las altas palmeras, iluminadas por reflectores, crean una atmósfera mágica.

Cenan en una terraza con espléndidas vistas a la ciudad iluminada. Luego visitan una iglesia cercana, una joya de la arquitectura colonial, con un antiguo órgano de tubos de bronce y esculturas de mármol de Carrara representando ángeles majestuosos. Finalmente, regresan al hotel para descansar.

Por la mañana, continúan rumbo al sur. Tras un largo recorrido, llegan a Moquegua, donde almuerzan un caldo de choclo y verduras en un pequeño comedor al paso. Desde la ventana observan una procesión que pasa por la calle. Cuatro peregrinos llevan sobre sus hombros una imagen del santo, seguidos por una muchedumbre que reza y canta con devoción.

Ya en la ruta nuevamente, el paisaje cambia. Sin embargo, la motocicleta, cansada por el viaje, se detiene inesperadamente al atardecer. Es un problema eléctrico: el tablero está apagado. Loquillo desmonta los baúles y comienza a revisar cada fusible. Finalmente, descubre un cable grueso forrado con cinta blanca bajo el tanque de combustible. Al desenchufar y volver a conectar un fusible escondido, el tablero cobra vida milagrosamente y la moto arranca.

Suben nuevamente el equipaje y reanudan el viaje, llegando a Tacna esa noche. Se hospedan en un hotel con una gran araña de cristal en la entrada. Tras una sesión de breve

higiene y descanso, salen a caminar por las calles del centro, cenan en un comedor y dan un último paseo nocturno por la bulliciosa ciudad. Finalmente, regresan al hotel para descansar, preparándose para lo que les espera en la costa del Pacífico.

18 - Soldaditos de plomo y níquel

Le duele la cabeza; la migraña lo tiene molesto a Loquillo. En la mañana se levantan y toman un café. Mientras saborea un cruasán, le da una mirada detenida al mapa rutero arrugado que llevan en el bolso: está ajado, pegado y lleno de dobleces. Cargan los equipajes en la motocicleta y salen. Andan unos pocos kilómetros hasta llegar a la frontera de Chile. Como siempre, los trámites están repletos de exigencias irrisorias y desmedidas. Los carabineros chilenos, con actitud de preceptor de colegio secundario, demoran el proceso hasta que, al fin, los liberan para continuar el derrotero hacia el sur.

Tras recorrer tres centenas de kilómetros por largas rectas, llegan a Iquique. En una estación de combustible, mastican los últimos salamines jujeños que guardaban en el bolso. Toman un jugo y, en la mesa, Loquillo deja olvidada su cortapluma suiza, una pequeña joya de bolsillo. Continúan por la ruta cuatro horas más hasta dar con Tocopilla.

Van transitando por la ruta pegada al mar, en pleno desierto de Atacama, cuando el ruido de motores rompe la calma. Aparece un puñado de tanques, tanquetas, blindados y motos tipo cross que levantan estelas de arena en el desierto. Es el ejército chileno realizando maniobras, y Loquillo, junto a su compañera de viaje, parecen parte de una película de guerra ambientada en el Sáhara.

Un rato después, Loquillo, entusiasmado, se desvía hacia la costa. Con la moto a buen ritmo, empieza a dar giros sobre la arena húmeda, inclinando el cuerpo como si estuviera en una pista. En un momento, pasa demasiado cerca del mar y, como era previsible, cae. Queda con una pierna atrapada bajo el motor caliente. La marea sube, y Loquillo lucha por liberarse. Hace fuerza, pero nada. Finalmente, tras un esfuerzo agotador, logra sacar la pierna y enderezar la moto. Pero aún no está libre: la arena mojada lo hace patinar y, cansado, queda atrapado en el mismo lugar. Tras varios intentos frustrados, logra salir. La moto queda al costado de un asentamiento costero precario.

En las esquinas de las pocas callejuelas, hay tambores oxidados, cruzados en el medio. Las viviendas rústicas parecen abandonadas, pero por las ventanas entreabiertas asoman niños con atuendos rotos y sucios. Los infantes se asoman y, al instante, se ocultan tras unos trapos viejos.

Luego de varios intentos por retomar la ruta, Loquillo logra salir de ese lugar. Continúan camino y, a eso de las diez de la noche, llegan al pueblo pesquero de Tocopilla. Encuentran un sitio donde dormir, con paredes rajadas del techo al piso. La humedad florece en los muros manchados, las cortinas están desteñidas y no hay calefacción alguna en esa helada noche de invierno. Salen en busca de comida y, en un pequeño comedor junto al mar, cenan corvina frita en aceite caliente con ensalada de lechuga, tomate y palta.

Luego vuelven a la cama, vestidos por el frío. Se tapan con un cubrecama sucio, pero cerca de la medianoche, un fuerte temblor los despierta. Las paredes crujen y los muebles hacen ruido. Tras el susto, les cuesta conciliar el sueño y quedan de guardia, listos para salir corriendo si el temblor regresa.

Al día siguiente, desayunan café con hallullas, mantequilla y dulce. Caminan unos trancos para conocer el pueblo. Tocopilla parece sacado de una película antigua. Pescadores humildes transitan las callejuelas con redes remendadas al hombro. Donde miran, ven barcos abandonados que forman parte del paisaje marino y decadente.

Suben a su moto y parten. Cansados de caminos marítimos, se adentran en el continente, alejándose del océano. Tras un par de horas de ruta, llegan a las afueras de Calama aquella

tarde de julio. Frente a Chuquicamata, intentan visitar la mina El Teniente, la mina de cobre más grande del mundo, pero un escuadrón de carabineros custodia la entrada.

—No están autorizadas las visitas —les dice un carabinero con voz firme. Resignados, siguen su camino.

Cuando pasan por el Paso de Jama, un cartel les indica que están a 4.200 metros sobre el nivel del mar. Es la ruta que conecta San Pedro de Atacama, en Chile, con la provincia de Jujuy, en Argentina. El Corredor Bioceánico los lleva a través de la cordillera con cientos de curvas pronunciadas. Tras el largo tramo, llegan a la aduana argentina con el frío calando los huesos y el viento soplando con fuerza.

Mientras realiza los trámites para ingresar a la Argentina, Loquillo recuerda 1978, cuando fue destinado como soldado cerca de Olacapato, entre Salta y Jujuy, durante el conflicto con Chile por el canal de Beagle. Pasó meses en una carpa de campaña con otro soldado, soportando frías temperaturas en plena puna de Atacama, vestido con ropa de verano y sobreviviendo en condiciones inhumanas.

Respirar en este paraje resulta difícil, y el frío es insoportable. No por nada, *The Discovery Channel* lo ha calificado como el cuarto lugar más inhóspito del mundo. Allí, donde ahora respiran aliviados por haber cruzado la cordillera,

Loquillo recuerda que, en ese desierto congelado y hostil, pasó sus días como un soldado de plomo, hambriento y con la ropa de un ejército subdesarrollado.

19 - El diafragma se pegó

Completan los trámites para reingresar al país y comienzan el descenso desde la cordillera. El viento y el frío los golpean sin piedad; a pesar de llevar sus cascos y equipos gastados de tercera mano, el aire helado convierte cada respiración en un martirio. La moto apenas alcanza los sesenta kilómetros por hora, y el viento los inclina peligrosamente hacia un lado. Desde el mirador, divisan a lo lejos el Salar de Uyuni, que, en invierno, con su blancura inmaculada, parece un extenso manto de nieve.

Atrás queda la montaña, y al bajar hacia el llano comienzan a aparecer vestigios de vegetación. Arriban a Susques, donde cargan combustible y retoman el camino. Al pasar por Purmamarca, el Cerro de los Siete Colores se alza majestuoso, testigo del andar de los motociclistas. La tarde los recibe en San Salvador de Jujuy. Allí, Loquillo recuerda la reserva que había dejado al azar semanas atrás. Al llegar, el reloj señala las siete de la tarde del 23 de julio, justo la fecha que anotaron en un

cuaderno desvencijado del hotel. Manguply siempre decía que "la suerte del sope" no falla.

Tras acomodarse, se dan una ducha y salen a caminar por el centro, donde disfrutan de unos emparedados. Pero al marcharse, Loquillo deja olvidada su campera azul con rayas grises, que había sido su compañera durante todo el viaje. Al otro día, a las nueve de la mañana, retiran la caja que habían dejado de exceso a la ida y la envían a Mendoza desde la terminal. Desayunan y emprenden nuevamente el viaje. En Güemes y Rosario de la Frontera recargan combustible, pero cuando pasan por San Miguel de Tucumán bajo una tupida lluvia invernal, la moto decide protestar.

El motor falla varias veces hasta detenerse. La oscuridad de la ruta es interrumpida apenas por los faros de los camiones cañeros que pasan rozándolos. A lo lejos, un cartel luminoso anuncia una estación Refinor. Loquillo empuja la moto bajo la lluvia y el barro hasta llegar a la luz de la bomba. A sus vagos conocimientos mecánicos les debe un agradecimiento: desconecta la manguera del carburador y, al ver que la bomba de nafta no funciona, conecta el tanque directo al carburador. Un par de intentos más, y el motor falla, pero arranca.

20 - La mula protesta

Aún con la ropa chorreando agua y petróleo, salen de la estación en las afueras de Tucumán. La noche avanza cuando arriban al poblado de Aguilares, donde encuentran un hotel de campo que, en otros tiempos, perteneció a una familia adinerada. La mansión convertida en hospedaje deslumbra con sus pisos de mármol blanco y decoraciones de ensueño. Sin embargo, el barro y los líquidos aceitosos que empapan a Loquillo contrastan grotescamente con el lugar. Cada paso deja huellas de una ruta larga y lluviosa sobre el pulcro mármol.

Les asignan una habitación enorme, con una cama inmensa cubierta por un cubrecama blanco como la nieve. Loquillo se da una ducha y el agua arrastra consigo los restos de kilómetros de barro y aceite incrustados en su equipo de moto. La cena en el salón principal parece un lujo: arañas de cristal, camareros a su servicio y postre de manzanas asadas. Esa noche, duermen hasta el mediodía, agotados.

Por la mañana, disfrutan un desayuno con vista a los jardines verdes y perfectos del hotel. Con el cuerpo algo recuperado, Loquillo baja al garaje y despierta a la moto. Tras algunos ajustes rudimentarios a la bomba de combustible, el motor vuelve a rugir con la precisión de un reloj suizo. Las fallas

desaparecen, y con los bártulos bien amarrados, parten hacia Catamarca.

La ruta los lleva por una conocida cuesta, con curvas que ofrecen un paisaje impresionante y entretenido. Finalmente, llegan a San Fernando del Valle de Catamarca, donde el cartel de bienvenida confirma su destino. Almuerzan en un pequeño comedor al costado de la ruta, un lugar de "medio pelo" con un contra piso de albañil apurado.

Loquillo, al lubricar la cadena de la moto, mancha accidentalmente el suelo. El dueño del lugar monta en cólera y, tras cobrarle los churrascos a precio de caviar, los despide con muy mala gana. Con el mal humor del almuerzo todavía en el aire, retoman la ruta hacia La Rioja, donde los paisajes áridos y las sombras del atardecer marcan el fin de otra jornada intensa sobre la motocicleta.

21 - A bocinazos por el puente

Loquillo y Pelusa siguen camino hacia el sur devorando kilómetros de ruta como si el asfalto fuera un hilo interminable. A eso de las cinco de la tarde, llegan a La Rioja. En la estación de servicio, llenan el tanque y lubrican la transmisión. Al lado, en el bar de la estación, se sientan a disfrutar de una abundante y

deliciosa media tarde, el tipo de comida que alivia cualquier cansancio. El sol ya se oculta entre las montañas, tiñendo el cielo de colores cálidos.

Deciden continuar con las últimas luces del día. En plena noche, arriban a Chepes. Allí cargan combustible nuevamente y aprovechan para tomar un café caliente que reconforta los huesos helados por el frío invernal. Sin embargo, en un descuido, cuando Loquillo está por subir a la moto, se le cae estrepitosamente. La imagen de la máquina tirada, con las ruedas desparramadas y la carga mal acomodada, provoca un instante de frustración. Con esfuerzo, logran levantarla entre los dos, sacuden el polvo, ajustan el equipaje y, sin perder tiempo, se ponen los cascos, bajan los visores y retoman la marcha.

Para evitar entrar a la ciudad de San Juan, deciden tomar un atajo a la altura de la Difunta Correa, en tierras sanjuaninas. El entusiasmo por estar cerca de casa hace que Loquillo pierda la concentración y pase de largo un cruce clave. Atrás queda el cartel que no vio. Tras andar unos kilómetros, se dan cuenta del error, regresan y retoman el desvío correcto que los lleva hacia Media Agua.

Pasada la medianoche, después de dos semanas en la ruta, cruzan por los alrededores del aeropuerto El Plumerillo.

Loquillo intenta bajar una marcha al acercarse a una rotonda, pero se da cuenta de que no siente los pies. El frío de la noche de invierno le ha adormecido los miembros inferiores, y al presionar el manillar con la mano izquierda para accionar el embrague, siente los dedos rígidos, casi insensibles. Lo mismo ocurre con la mano derecha al intentar frenar: los dedos parecen duros como el metal del manillar.

Pese a la incomodidad, siguen avanzando. Finalmente, entran a la ciudad cruzando el puente que pasa sobre el canal del Cacique de las Plumas. Loquillo le da una rápida mirada a su reloj al cruzar, y la aguja indica exactamente la medianoche. Con ese paso final, marcan el cierre de una travesía épica. A sus espaldas quedan miles de kilómetros y un nuevo recuerdo grabado para siempre en sus almas. Una vez más pensaba Loquillo en Toya y Aldito, que desde el cielo lo cuidaban.

22 - Bien porque se está de vuelta

Una semana después de regresar, Loquillo recibe una llamada de Jorge, uno de los amigos del grupo motero. Lo invita a una cena que organiza un grupo de amantes de las motos de aventura. La cita es en la casa del Cabezón, allá por la precordillera. Jorge le insiste por teléfono:

—No podés fallar, Loquillo. Esta vez tenés que venir sí o sí.

Esa noche, Loquillo llega a la casona. Todas las luces están apagadas. Mira alrededor, algo confundido, y revisa su calendario para confirmar la fecha: es la correcta. Toca el timbre varias veces sin obtener respuesta. Cuando ya está por darse por vencido, el portal se abre con dificultad tras unos intentos fallidos y Loquillo cruza el umbral.

De repente, las luces se encienden y la casa se llena de vida. Comienzan los cánticos de bienvenida, las rimas improvisadas sobre la aventura vivida y una lluvia de aplausos y abrazos cae sobre Loquillo que se emociona. La veintena de fanáticos reunidos por Jorge lo rodean, y el Cabezón, anfitrión de la noche, les da la bienvenida con una sonrisa y el fuego del asado chisporroteando en el fondo.

La energía en la casa es contagiosa. Con una copa de jugo de manzana en la mano, dulce y fresco, Loquillo responde a la pregunta que todos los presentes le lanzan, casi al unísono: —¿Cómo te fue en la aventura, Loqui?

Sin perder tiempo, con la voz firme pero relajada, Loquillo contesta mientras el aroma del asado ya embriaga la noche: —Bien me fue, porque estoy de vuelta.

Esa frase, simple pero profunda, genera un silencio corto pero significativo. Todos entienden lo que significa volver

después de un viaje así. Es el testimonio de alguien que dejó todo en la ruta, que vivió el camino en carne propia y que regresó listo para una nueva partida. Porque si algo tienen los viajeros de moto, es que no importa cuánto hayan recorrido: siempre están pensando en el próximo destino, en la próxima aventura que los espera más allá del horizonte.

II. Vamos al Sur (2009)

Mendoza-Ushuaia-Mendoza. Total 7.669 km



Ushuaia es una ciudad turística ubicada en el archipiélago de Tierra del Fuego, el extremo más austral de Sudamérica.

1- Richi es el protagonista de esta historia

La vieja moto, amortizada por los años, vuelve a las manos de su dueño. Sus reflectores oxidados han iluminado décadas de caminos, pero ahora apenas emiten una luz cansina y cálida, con un centro oscuro que parece una sombra. Por las noches, apenas logran revelar el sendero frente a él.

Decidido a cambiar esta situación, Richi se dirige a la casa de los faros para hablar con Cacho, un experto en luces y reflectores. Tras exponer el problema, la conversación fluye con naturalidad. Cacho, siempre dispuesto a ayudar, sugiere reemplazar las viejas lámparas por unidades selladas de tecnología LED. Richi no pierde tiempo. Con un destornillador, desmonta los reflectores de la moto, que descansa en el sótano de una oscura cochera. Con los faros en mano, camina silbando por la vereda hasta llegar a la tienda de lámparas.

Cacho, tras sus inseparables anteojos, analiza los reflectores con detenimiento. Sin decir mucho, toma una regla para medir el diámetro y una fibra para marcar la profundidad, ejecutando cada movimiento con la calma y precisión de un verdadero maestro. Después de unos minutos, selecciona unas cajas del aparador, extrae las lámparas LED y las coloca sobre el mostrador.

—Pasá el sábado al mediodía —dice Cacho con seguridad, guardando los reflectores.

La espera se hace eterna para Richi, quien cuenta los días en el calendario. Finalmente, el jueves por la tarde, recibe la noticia: los reflectores están listos. Ahora, insertos en la carcasa metálica de la moto, lucen unos cristales relucientes que resaltan el cromado. En la tienda, Cacho los prueba conectándolos a un transformador en el mostrador. Cuando encienden, el lugar se inunda de luz, como si el día hubiera entrado por sorpresa.

Un cliente que buscaba una lámpara de velador queda momentáneamente cegado, secándose las lágrimas mientras murmura algo sobre la intensidad de las luces. Richi sale encantado con los "ojos nuevos" para su fiel compañera de dos ruedas. De vuelta en la cochera, desciende con linterna y herramientas. Instala cuidadosamente los reflectores, ajusta cada tornillo y conecta los cables.

Al encenderlos, la oscura cochera se transforma en un mediodía brillante. Satisfecho, da una vuelta por el lugar antes de estacionar la moto y asegurarla con una traba.

Al llegar a su apartamento, Richi comparte unos mates con Pelusa, quien escucha con entusiasmo cada detalle. Cuando cae la noche, ambos se colocan los cascos y parten hacia un parque

de árboles frondosos, disfrutando del calor de noviembre. En las callejuelas oscuras, los nuevos faros convierten la penumbra en día, iluminando incluso los rincones más escondidos del paisaje.

Las modernas lámparas LED no solo consumen menos energía, sino que transforman la experiencia de viajar en moto. A lomos de su máquina iluminada, Richi se siente como un explorador en busca de nuevas aventuras.

Esta moto no es solo un medio de transporte para él; es un sueño de juventud hecho realidad. Equipado con un asiento de cuero curtido, frenos renovados y cubiertas nuevas, todo adquirido en comercios locales, Richi está listo para su próxima gran travesía: un viaje al sur, al mítico fin del mundo en Tierra del Fuego. Aunque el clima lo obliga a esperar el verano, no pierde el tiempo. Cada día se prueba su traje de doble polar, confeccionado por Rogelia en las tardes de Mendoza. Mientras tanto, sueña con el viento en el rostro, los paisajes interminables y la libertad que solo una moto puede ofrecer.

2-Cálida siesta de verano

El verano ha arrancado en Mendoza. Han pasado los primeros días de enero y llegó el momento. Richi y su compañera se

enfundan los trajes de motociclistas, preparan el equipaje y cargan la moto. Con los guantes puestos y los cascos ajustados, bajan los protectores y parten rumbo al este, hacia La Dormida. Al llegar al cruce de Las Catitas, hacen una parada para recargar combustible, tomar agua fresca de la cantimplora que llevan en el bolso y, entre sudores, retoman la ruta, esta vez hacia el sur.

Bajo un sol abrasador, avanzan por las rutas desiertas. El calor sofocante los acompaña, mientras disfrutan, transpirando, de una especie de sauna natural, encontrando alivio solo bajo los escasos árboles a lo largo del camino. El reloj avanza lentamente, y pronto llegan al seco paisaje de Pichi Ciego, donde el único habitante visible es un cartel de vialidad. Él, acelera, girando la muñeca derecha con decisión, rumbo a Ñancuñán.

Por parajes desolados y un calor implacable, los dos avanzan, cubiertos con atuendos protectores que parecen amplificar el calor del desierto. No encuentran a nadie en todo el trayecto, recorriendo leguas y leguas sin cruzarse con un alma viva. Tras varias horas de viaje, llegan a Monte Comán. Se detienen para estirar las piernas y beber algo del equipaje: jugos que ya están tibios, unos salamines comprados en la despensa de Marta y unas naranjas algo blandas.

La moto también recibe su recompensa: varios litros de combustible de alta calidad, y de paso, Richi lubrica la cadena con un chorro de aceite. Con la máquina lista, retoman la ruta hacia General Alvear y luego hacia Santa Isabel, en La Pampa. A medida que avanzan, el calor del desierto los acompaña como una larga y persistente calefacción.

Tras una pausa en Algarrobo del Águila, Richi vuelve a acelerar y cruzan finalmente a la provincia de Neuquén. En Catriel, el primer pueblo petrolero, hacen una parada para reponer fuerzas. El combustible aquí es más económico, y bromea con el Colo, que desde San Pancho le pide por teléfono:

—¡A ese precio, tráeme unos sachets de especial!

El Colo, cerveza en mano bajo un árbol, pregunta por el calor que están soportando. Tras un breve descanso y lubricar nuevamente la cadena de la moto, vuelven a ponerse los cascos y retoman el viaje. Luego de recorrer más de mil kilómetros en el primer día, llegan a la Ciudad de Neuquén a las diez de la noche.

Cruzan el puente hacia Cipolletti, en Río Negro, y buscan un hotel. En el ACA descargan el equipaje, se duchan y cenan unas deliciosas milanesas al horno con puré de camote en la hostería. La piscina en el jardín los tienta, pero optan por descansar. Durante la noche, Richi siente el impacto del aire

acondicionado y se despierta con la garganta irritada y la nariz congestionada.

3 -Documentos y juguetes

La mañana siguiente empieza con un desayuno de café y medialunas. Luego de una ligera revisión de su pobre cartografía, llenan el tanque con gasolina común y parten rumbo al este. Tras recorrer varias leguas, llegan a General Roca y, más tarde, a Choele Choel. Aquí los estómagos empiezan a quejarse, y deciden detenerse bajo la sombra de un árbol para comer un queso que Richi corta con precisión en rodajas gruesas, mientras beben agua tibia del segundo día de viaje.

Cansados, se tumban sobre el césped con todo el equipo puesto, salvo los cascos, que dejan a un lado. Mientras intentan recuperar fuerzas, un grupo de caballos los observa desde la distancia, curiosos. Finalmente, se entregan al sueño, contando ovejitas hasta caer profundamente dormidos.

Los despierta el rugido de un camión que pasa cerca, como una corneta de artillería. Pese a lo breve del descanso, sienten que han dormido horas. Se incorporan lentamente, beben unos mates con la misma agua tibia del equipaje y, tras colocarse nuevamente los cascos, retoman la ruta.

Siguen por la Ruta 3, rumbo a San Antonio Oeste. A las seis de la tarde llegan a Las Grutas, donde buscan un lugar para pasar la noche. Un cartel de grandes letras negras los guía a una casona donde aparkan la moto y, sin perder tiempo, corren a la playa para un chapuzón en el mar. Juegan con las olas hasta que el sol comienza a ocultarse en el horizonte.

De regreso al hospedaje, tras una ducha, salen más livianos de ropa a caminar por la peatonal. Allí se encuentran con Cristóbal, un amigo productor de seguros que les cuenta que viene de Tierra del Fuego, donde vive su hija Margarita. Entre charla y charla, descubren un detalle que desconocían: para llegar al destino, es necesario cruzar a Chile, ya que no hay un camino directo. Además, Cristóbal les advierte que deberán hacer trámites migratorios y contar con la cédula federal.

Mientras caminan, Richi se da cuenta de que su única cédula está vencida y muy deteriorada. La nueva, recuerda, quedó olvidada en su escritorio en Mendoza. Llama entonces a Manguply, su compañero de trabajo, y le pide que envíe el documento vigente por correo urgente a Río Gallegos.

Esa noche, tras cenar, se retiran a descansar. A la mañana siguiente, con los cuerpos renovados, sacan la moto del hospedaje, llenan el tanque y vuelven a la Ruta 3. Mientras

recorren, Richi revive en su mente la canción de León Gieco, pero esta vez, sin cerveza y a lomos de su moto.

4 -Los trajes de la península

En la mañana, después de una corta caminata por Las Grutas, Richi y Pelusa se colocan sus modestos trajes para el frío y se lanzan rumbo al sur. Tras un largo recorrido encapuchados con esos equipos caseros que delatan su escasa calidad, entran finalmente a la provincia de Chubut. Pasan por Sierra Grande y, alrededor de las tres de la tarde, ingresan en la Península de Valdés. La moto ruge por los caminos de ripio con destino a Puerto Pirámides.

Las ruedas enfrentan interminables serruchos que sacuden a los viajeros de pies a cabeza, tanto que parece que hasta la dentadura se les afloja. Durante el trayecto, descubren unas pingüíneras y deciden parar al costado de la ruta. Observan con fascinación el traje de gala de los pingüinos, esos fracs naturales que evocan elegancia. A Richi le viene a la mente una comparación: los improvisados trajes que llevan doblados en el bolso no están tan lejos de esos atuendos.

Mientras recorren la península recuerda su niñez. En primer grado, miraba con curiosidad un mapa Peuser colgado en la pizarra de su escuela normal:

—¿Cómo será la Península de Valdés? —se preguntaba entonces, con las mangas de su guardapolvo manchadas de tinta azul. Décadas después, aquel niño soñador finalmente conoce ese peculiar accidente geográfico.

Avanzan por rústicos caminos y, al salir de la península, retoman la Ruta 3, rumbo al sur. Pasan por Puerto Madryn, donde el combustible, subsidiado, sigue siendo más barato que en el resto del país. Richi no pierde la oportunidad de bromear con el Colo:

—¡Mándame doce sachet de nafta, de un litro cada uno!

El mensaje desata carcajadas. Continúan la travesía acompañados por un nuevo e inseparable compañero: el viento, al que Richi bautiza como “Don Viento”, un chiflón helado que llega desde el océano y no da tregua.

Llegan a Trelew al caer la noche. Encuentran un hotel donde dejan la moto en el subsuelo, se duchan con agua caliente y salen a caminar para estirar las piernas. Esa noche, el primo de Eli, Cachito, los recibe con un asado en su casa. Entre largas charlas y risas, comparten anécdotas del viaje. Cerca de la medianoche, regresan caminando al hotel para descansar.

Por la mañana, se levantan sin apuro. En el desayuno, Richi se cruza con el cantante Alcides, quien luce una camiseta estilo Freddie Mercury, un bigote perfilado como el de un personaje del altiplano y un peinado electrizado que parece obra de un enchufe. Tras un breve saludo, Richi y Eli se visten con sus trajes de ruta, montan la moto y, siempre acompañados por “Don Viento”, reanudan su viaje hacia el sur.

Avanzan por largas rectas donde el mar aparece de vez en cuando, junto a las frías ráfagas del Atlántico. En Comodoro Rivadavia, hacen una parada junto a la costa para disfrutar de un lomo en pan francés con mayonesa y tomates. Comen al borde del mar, acompañados por el sonido de las olas. Exhaustos, se tumban en la arena, quedando completamente cubiertos por el polvo fino del viento marítimo.

5- El torrente los saca de la ruta

Con la moto cargada de combustible y la cadena recién lubricada, retoman el camino hacia Rada Tilly, un exclusivo pueblo costero cerca de Comodoro Rivadavia, conocido por ser hogar de petroleros adinerados. Tras un breve recorrido junto al mar, vuelven a la Ruta 3 y, kilómetros después, cruzan a la provincia de Santa Cruz.

Protegidos con sus improvisados cubre-equipos, enfrentan interminables rectas bajo un constante y fuerte viento lateral. Al caer la noche, llegan a Puerto San Julián. Cerca de la pista desde donde despegaron los aviones hacia Malvinas en 1982, se detienen un momento para reflexionar. Richi evoca la llamada del primer teniente, quien le pidió que, si algo le sucedía, no dejara de hablar con su hijo Nicolás. Ese fatídico día, un misil inglés destruyó el avión del teniente. Durante cuatro décadas, Richi mantuvo su promesa, llamando a Nico periódicamente.

Después de ese emotivo recuerdo, ingresan al pueblo y encuentran un cálido hospedaje a buen precio, ideal para descansar del frío cortante.

A la mañana siguiente, cuando están listos para partir, Richi no encuentra la llave de la moto. Tras buscar desesperadamente en los bolsillos de su equipo, la halla al fin. El viento incesante y las bajas temperaturas agravan la sensación térmica, dejando sus labios agrietados. Mientras intenta arrancar la moto, una fuerte ráfaga lo desestabiliza y lo hace caer al suelo. Por fortuna, lleva casco, y el incidente no pasa de un susto, aunque el ruido del golpe resuena con fuerza.

Ya de vuelta en la ruta, avanzan hacia Comandante Luis Piedra Buena, donde encuentran la única estación de servicio en kilómetros. Aprovechan para reabastecerse, disfrutar de una

pausa bajo el tibio sol de la tarde y estudiar un mapa colgado en la vitrina. Allí descubren que están relativamente cerca del desvío hacia El Calafate.

Retoman el camino, pero la moto sufre un percance: el reenvío, el cable que conecta el eje de la rueda con el velocímetro, se rompe. Quedan sin indicador de velocidad ni de distancia. Richi, con experiencia y paciencia, calcula manualmente las revoluciones del motor. Según sus cálculos, a 100 km/h en quinta marcha, la moto opera a unas 6.000 revoluciones por minuto.

La ruta se estrecha al bordear el mar. Gigantescos camiones térmicos cruzan a gran velocidad, dejando a su paso corrientes de aire que desestabilizan a los motociclistas. En una larga recta, una ráfaga repentina, combinada con el viento del océano, los empuja fuera del asfalto. Con esfuerzo, logran recuperar el control, regresan a la carretera y, cubiertos de arena, continúan su travesía hacia el próximo destino.

6 -Lindo pavimento

Siguen transitando junto al Atlántico, pero finalmente se apartan de la helada corriente marina del verano patagónico de Santa Cruz. Al llegar a Monte León, doblan hacia el oeste,

internándose en el continente por las pampas en busca de la zona cordillerana.

Mientras avanzan por el ripio de interminables rectas, aparece una tropilla de avestruces de todos los tamaños posibles. Los más grandes, con pasos firmes y rápidos, se acercan a gran velocidad. Parecen bien alimentados, y sus gigantescas patas golpean la tierra con precisión, estabilizando su galope. Cuando están a punto de cruzarse con la moto, despliegan sus enormes alas y desvían su rumbo, alejándose en un torbellino de plumas y polvo. Richi, observándolos, piensa con alivio: “menos mal que nos vieron; si no, estos bichos nos barren del camino”.

Kilómetros más adelante, un grupo de vicuñas cruza corriendo desde la pradera. Al llegar al alambrado, se detienen un instante, pero luego lo saltan con agilidad olímpica, atravesando las hebras de alambre sin tocarlas. Este espectáculo natural contrasta con el pésimo estado de las rutas santacruceñas, casi todas de ripio, salvo dos asfaltadas hace más de cuarenta años.

Santa Cruz, rica en petróleo y regalías, recibe enormes fondos de la nación. Sin embargo, la infraestructura es precaria: no hay estaciones de servicio, lugares para asistencia, ni casas en cientos de kilómetros. A pesar de manejar uno de los

presupuestos provinciales más altos, las promesas de pavimento no se materializan.

7 -Los pasa rodando

El gobierno provincial, desde Río Gallegos, dibuja rutas asfaltadas que jamás se construyen. Se presupuestan y asignan partidas con costos inflados, se anuncian con discursos, bandas policiales y ceremonias televisadas, pero lo único tangible son los carteles oxidados al costado del camino, donde se leen consignas grandilocuentes: “Una gran obra nacional y popular”. La realidad: mapas que muestran rutas asfaltadas donde solo hay ripio y serruchos.

Mientras avanzan por este paisaje inhóspito, la moto, sacudida por las vibraciones, sufre un percance: la cajuela del baúl se desprende y rueda por el ripio como una pelota de fútbol, desparramando su contenido. Aceite, inflador, cámaras de repuesto y otras herramientas quedan esparcidas por el camino. Richi y Eli detienen la moto, recogen lo que pueden y reorganizan las cosas en la cajuela, que ahora está agrietada. Usan una sogá para amarrarla al cuadro de la motocicleta, improvisando una solución temporal.



Los aventureros Eli y Richi continúan su viaje y pasan por las frías aguas del Canal Beagle en el extremo austral de América del Sur.

El frío arrecia, y una ligera llovizna empieza a caer. Mientras el nivel de combustible baja, Richi gira la llave del tanque a la reserva y afloja el puño del acelerador, disminuyendo la velocidad para ahorrar al máximo. Sin embargo, ir despacio sobre el ripio agrava el castigo de los serruchos, que hacen temblar la moto y a sus ocupantes. Richi no puede evitar pensar que el dinero destinado al asfalto está descansando en bancos suizos, bajo nombres de funcionarios y sus allegados.

Con la moto avanzando como una tortuga, el cansancio hace mella, en él, amarrado al manubrio, cabecea de sueño. De repente, la rueda delantera muerde el borde del camino, y un salto brusco lo despierta. Eli, atenta, le grita y le da un chicotazo en el casco para que recupere el rumbo. Entre risas nerviosas, continúan adelante.

Tras horas de sacudidas, finalmente encuentran un tramo de cinta asfáltica. Se trata de un pequeño sector construido únicamente para las fotos de inauguración. La “gran obra” no pasa de algunos kilómetros, pero al menos les permite un respiro antes de llegar a El Calafate.

Al entrar al pueblo, los detiene una barrera policial. Un oficial retiene la licencia de conducir de Richi y se retira a verificar antecedentes en el sistema informático. La espera es larga, pero logran continuar su camino.

El mapa marca claramente “300 kilómetros de pavimento” con trazos de vivos colores, como si hubiera sido dibujado por un entusiasta con fibras nuevas. La realidad: interminables tramos de ripio, con serruchos que convierten el camino en un calvario. Camionetas volcadas y destruidas se vuelven parte del paisaje, testigos de un “primer mundo” que existe solo en la propaganda.

Mientras avanzan, las ruedas de la moto lanzan piedras al aire como si fueran disparos de ametralladora, golpeando todo a su paso. La estela de polvo y grava se disuelve en el horizonte, mientras Richi y Eli continúan, tercos y perseverantes, hacia el fin del mundo.

8 -Traeme unos cubitos

Comienza a anochecer esa tarde de enero y los motociclistas buscan un lugar donde pasar la noche. Encuentran una habitación en un primer piso, oscura, sin ventanas y de escaso confort, aunque con un precio excesivo. La moto queda en la vereda, cubierta con un plástico negro que Richi improvisa. Después de la consabida ducha, más livianos de ropa, salen a caminar por las calles de El Calafate, un poblado con mercado

aire alemán. Se cruzan con algunos extranjeros, dan una vuelta y regresan al cuarto en busca de descanso.

Con los primeros rayos del amanecer, se levantan. Para facilitar el viaje, él le quita las maletas laterales a la moto, dejándola “pelada”, y parten rumbo al glaciar Perito Moreno, a unos 100 kilómetros de distancia. El paisaje cambia gradualmente hasta que aparecen los bosques de pinos, y, finalmente, ante sus ojos, surge el imponente glaciar, con sus hielos eternos. Se detienen a documentar el momento y envían una foto al Colorado, quien, desde la calurosa Mendoza, responde:

—Traeme en la conservadora unos cubitos, si no es problema.

Mientras Richi y Eli caminan por las pasarelas de madera del parque, escuchan los estruendos de los témpanos al desprenderse y caer al agua. La escena es un espectáculo natural, y se quedan sentados en silencio un par de horas, embelesados por los gigantescos bloques de hielo. Luego emprenden el regreso al poblado, pasando nuevamente junto a los serpenteantes bosques de pinos que flanquean la ruta.

De vuelta en El Calafate, almuerzan en una mesa al aire libre de un restaurante. A su alrededor, turistas extranjeros pagan con moneda fuerte, mientras los argentinos lidian con billetes desgastados de héroes montados en caballos cansados.

Tras el almuerzo, recogen las maletas del hospedaje, las colocan en la moto y parten a Río Gallegos por la Ruta 40.

No tardan en surgir complicaciones. A pocos kilómetros de haber salido, la moto se detiene. Richi, sin rendirse, comienza a hurgar entre cables como si fuera un experto, hasta que encuentra el problema: el soporte de los fusibles no hace contacto. Con un pedazo de papel de aluminio de un cigarrillo, logra restablecer el circuito y resolver la avería, permitiéndoles continuar el trayecto.

Llegan a Río Gallegos al atardecer y se dirigen al correo para recoger la cédula. Aunque la puerta está cerrada él hace señas al empleado, quien se asoma y lo atiende. Al buscar entre los armarios, el hombre confirma que el documento está allí. Richi le dice que pasará al día siguiente, pero el trabajador, amigable, decide entregárselo en el momento.

En enero, los días son largos en la Patagonia. Anochece tarde, pero el frío no da tregua. Encuentran un lugar para dormir en un pasillo donde pueden guardar la moto y tras cenar lomos con lechuga regresan al hotel tiritando bajo los cinco grados de esa noche de verano austral. Se acuestan tapados hasta la nariz y, con el televisor encendido, caen en un sueño profundo.

Al día siguiente despiertan cerca del mediodía deslumbrados por las rayas estáticas del televisor. Luego de desayunar, pasan por un mercado en busca de aceite en aerosol para la cadena de la moto, negra y seca. Curiosamente, en esta provincia rica en petróleo, no venden aceites en las estaciones de servicio. Una vez lubricada la transmisión, se colocan los cascos y retoman el camino.

Andan algunos kilómetros más y sacan del baúl los trajes térmicos que Rogelita les confeccionó en Mendoza, recordando con gracia cómo los probaron en pleno verano, muertos de calor. Ahora, en la helada zona austral, esos trajes de “pingüinos” son una bendición. A las 13 horas, el viento patagónico parece darles un respiro, pero poco después empieza a llover.

Finalmente, llegan al Puesto de Integración Austral, el paso fronterizo entre Argentina y Chile. La fila avanza lentamente, y los motociclistas, parados bajo una llovizna helada, soportan una temperatura de apenas tres grados con una sensación térmica aún más baja. El frío les cala hasta los huesos mientras esperan, mojados y con la piel de gallina.

Tras completar los trámites de migración con los documentos que recogieron en el correo, retoman el viaje hacia Bahía Azul. La Patagonia, con su clima implacable y sus paisajes

deslumbrantes, los sigue poniendo a prueba, pero también los recompensa con su naturaleza indomable.

9-La provincia de la isla

Tras recorrer un buen tramo de asfalto, los motociclistas llegan al fin del continente. Pasan de Argentina a Chile, la ruta termina en un puerto donde una balsa los espera para cruzar las frías aguas del Estrecho de Magallanes. La moto, cargada y cansada de tantos kilómetros, es asegurada al piso del barco con una soga atada al pedalín. Mientras la embarcación avanza lentamente por el canal, el capitán, con su uniforme blanco y un birrete sobre su cabeza, parece salido de un cuento, como un Popeye sureño.

Richi, curioso, le pregunta:

—¿Al salir se abona el barco? El capitán que es de Valparaíso lo mira y, sin perder la compostura, responde:

—Señor, eso debió abonarlo al ingresar.

A pesar de la omisión, cruzan al otro lado sin gastar un centavo. Al desembarcar en la Isla Grande de Tierra del Fuego, desatan la moto, la montan y continúan por el ripio chileno. El camino está en mal estado, como si la niveladora hubiera decidido improvisar una pista de acrobacias. Los neumáticos de

la moto dejan zigzagueantes huellas que parecen las de un borracho, pero Richi mantiene el equilibrio con pericia.

Recuerdan cómo, al cruzar en la balsa, un par de orcas acompañaron su viaje con saltos juguetones, como si celebraran la llegada de los viajeros a esta región inhóspita. Ahora, en tierra fueguina, siguen adelante enfrentando el ripio que conecta los poblados más pequeños. Llegan a San Sebastián chileno, un asentamiento modesto con una única calle y casas que parecen olvidadas en el tiempo.

Realizan los trámites de rigor para salir de Chile y volver a Argentina. Los funcionarios chilenos, con su burocracia meticulosa, sellan pacientemente los papeles. Media hora después, ya están en San Sebastián argentino, un pueblo algo más grande y con mejor infraestructura.

Desde allí, retoman la Ruta 3. Unos kilómetros más adelante, un camionero que viene de frente les hace señales insistentes con luces y bocina. Richi, atento, reduce la marcha justo a tiempo. Al doblar una curva, se encuentran con un enorme arreo de vacas que bloquea el camino. Con paciencia, avanzan al ritmo del ganado hasta que los animales se apartan hacia una tranquera. “Gracias al camionero”, piensa Richi, “no terminamos abrazados a los cuernos de una vaca”.

Al continuar, comienzan a divisar los galpones industriales al costado de la ruta, indicadores de su proximidad a Río Grande. La ciudad, segunda en importancia en la isla, es conocida por sus beneficios impositivos y fábricas ensambladoras. Uno de los galpones pertenece a la empresa que Richi representa como asesor legal. Al pasar frente a él, no puede evitar pensar que, si algo llegara a suceder, al menos sabe dónde podría golpear una puerta amiga.

Andan un kilómetro y uno de los soportes del guardabarros se suelta, imposible de sujetar. Retroceden unos metros hasta el taller, donde el gerente de Palmero da instrucciones al mecánico. Este se tira al suelo, reemplaza el soporte con uno más robusto y lo ajusta con firmeza. Cuando Richi le pregunta cuánto le debe, el gerente lo abraza y le dice: "Cuenta saldada, hermano". Cuatro años atrás, en la fábrica de San Luis, Richi lo defendió para que no lo despidieran; como castigo, lo mandaron a Tierra del Fuego.

10-Diez de la tarde

Saliendo de Río Grande, toman rumbo sur por la Ruta 3. Al atardecer llegan a Tolhuin, un pequeño pueblo en el corazón de la isla. Aunque el reloj marca las diez de la noche, el sol apenas

comienza a esconderse en el horizonte. Aprovechando la luz, siguen avanzando.

El paisaje patagónico los envuelve mientras las agujas del reloj se acercan a la medianoche. Finalmente, entre la penumbra y el frío, llegan a Ushuaia, el punto más austral del planeta. Andan por sus calles buscando alojamiento hasta que encuentran una posada modesta con dos camas disponibles. La moto queda en la vereda protegida bajo un plástico negro.

A la mañana siguiente, el día ya está bien iluminado cuando los motociclistas salen a recorrer la ciudad. Tras un breve desayuno, se dirigen a la oficina de turismo en busca de un lugar más cómodo para quedarse. Les recomiendan una cabaña disponible para alquilar. Al verla, no dudan en reservarla por tres días. Richi improvisa un techo para la moto con unas chapas oxidadas y palos, protegiéndola del clima cambiante.

Con las maletas descargadas y los cascos descansando, comienzan a explorar la ciudad a pie. Ushuaia, aunque lejana, tiene el atractivo de estar libre de impuestos al valor agregado, un pequeño alivio para el bolsillo en estas latitudes.

11 -El Petizo Orejudo en su ley

Después de un recorrido matutino por alimentos y bebidas, Richi y Eli, regresan a su cabaña para guardar las provisiones. Por la tarde, realizan una visita obligada a la Cárcel del Fin del Mundo, situada a unas pocas cuadras. Aunque Richi conocía de su existencia por sus estudios jurídicos, ahora puede recorrerla en persona. Al entrar, el lugar despierta en él un recuerdo vívido de sus días en el archivo del diario Los Andes.

En una ocasión, un abogado había solicitado el tomo 126, un volumen antiguo y desgastado por el tiempo, que contenía crónicas sobre Cayetano Santos Godino, el infame “Petiso Orejudo”. Richi recuerda cómo el doctor Roberto Lavado, su profesor de Derecho Penal, había estudiado minuciosamente la vida de este personaje.

En el archivo, el doctor Lavado, con sus gruesos lentes de lectura, hojeaba las páginas amarillentas de aquellos diarios centenarios con sus muñones de dedos amputados por habersele congelado en sus tiempos de andinista. Entre crónicas policiales, le relataba a Richi con pasión la vida del Petiso Orejudo. Lavado mencionaba a Lombroso, el criminólogo que postuló teorías sobre las características físicas de los

delincuentes: cráneos achatados, dedos largos, baja estatura. Y Cayetano, en su figura y acciones, parecía encarnar estas ideas.

El profesor contaba cómo Cayetano, afectado por una niñez carente de amor, reaccionaba con celos violentos cuando veía a madres mostrando afecto a sus hijos. Este dolor se transformaba en actos terribles, como aquel día en que apuñaló a un niño tras irrumpir por la ventana de una casa. Las crónicas del archivo narraban cómo el crimen fue presenciado por el tío del niño, quien lo denunció.

El Petiso fue condenado a cadena perpetua por una serie de crímenes horrendos. Como muchos otros reclusos peligrosos de la época y fue enviado a la cárcel de Tierra del Fuego.

En las gélidas celdas de la penitenciaría, los presos encontraban consuelo en una pequeña mascota: un gato naranja llamado Palito. Este animal, con su dulce ronroneo, se convirtió en el centro de atención y afecto de los internos. Pero Cayetano, atormentado por sus propios demonios, rompió ese frágil lazo de humanidad al descuartizar al gato con un cuchillo.

El acto desató la furia de los prisioneros. Dentro del penal, existía un código inviolable: lo que era de todos debía ser respetado. La muerte de Palito llevó a la formación de un tribunal improvisado. Los presos más dolidos, liderados por el Tuerto Pérez y el Gaviota González, actuaron como jurado. En

un juicio breve pero emocional, escucharon los alegatos del fiscal Cholo, quien terminó con lágrimas en los ojos, y del defensor Pelecho, conocido por su historial criminal.

La sentencia fue unánime: justicia por mano propia. Cayetano Santos Godino, el Petiso Orejudo, fue linchado por sus compañeros de celda, cumpliendo así su destino en el infierno de la cárcel más austral del mundo.

Mientras Natacha, la guía del penal, relata la historia a los visitantes, menciona que los niños fueguinos de su época eran asustados con el mito del Petiso Orejudo. “Si no se portaban bien, Cayetano vendría por ellos”, solían decir los adultos.

Los estrechos pasillos y celdas vacías del penal, que alguna vez albergaron a los criminales más peligrosos de la Argentina, conservan un aura de terror. Richi reflexiona sobre cómo este lugar, despoblado hace décadas por sus condiciones inhumanas, fue un verdadero infierno en su apogeo.

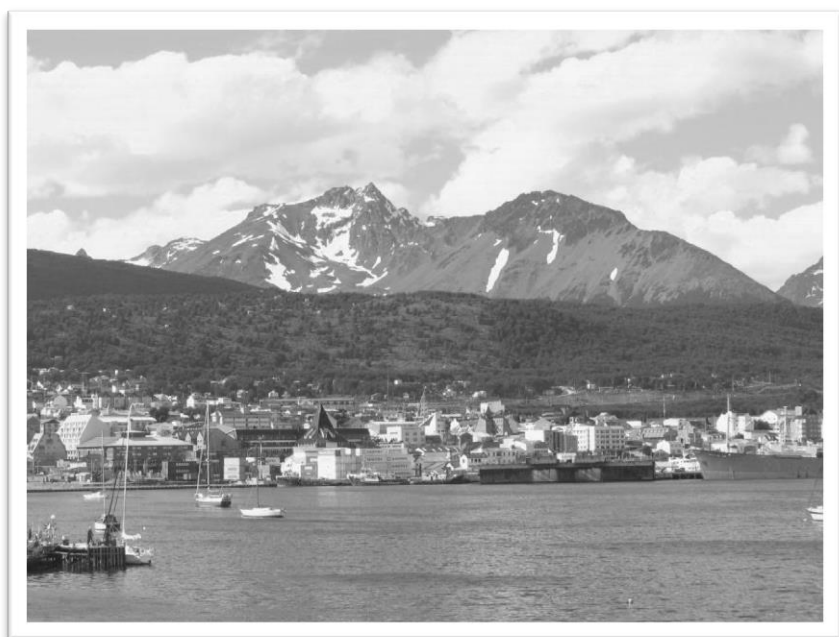
La historia de Cayetano Santos Godino queda como una lección sombría en la jurisprudencia argentina, un recordatorio de los extremos de la maldad y la violencia en un rincón olvidado del mundo.

12-El faro del fin del mundo

Las calles de Ushuaia, ciudad conocida en el planeta como la ciudad más austral del mundo, tienen la peculiaridad de estar transitadas por viejos colectivos que Richi vio en Londres en 1995. Son buses de dos pisos, con el volante del conductor a la derecha, decorados con dibujos de estilo autóctono. Llevan pegados carteles alusivos al presidio y listas de "huéspedes de honor" que resultan intimidantes.

Parecen cuadros pintados de otras épocas. En las costas oceánicas, se ven cruceros trasatlánticos amarrados en el puerto, que, con los bosques y los pinos verdes de fondo, conforman una escena digna de una pintura. Por las noches, los grandes buques, repletos de pasajeros, se despiden saludando desde los balcones mientras parten.

Al día siguiente, temprano en la mañana, toman una excursión en la que los cristales del vehículo van bien cerrados debido al frío. Navegan por el Canal de Beagle y, luego de un largo trayecto, pasan por el llamado "faro del fin del mundo", una referencia a Julio Verne. El guía marítimo explica que el autor nunca estuvo en estas tierras.



Ushuaia es una ciudad ubicada en una escarpada colina, está rodeada de los montes Martial y el canal Beagle.

Mientras avanzan por el canal, Richi recuerda el conflicto con Chile por las islas Picton, Lennox y Nueva en 1978. En aquel entonces, lo disfrazaron de soldado y lo enviaron a Salta y Jujuy, luego a la Puna de Atacama. Por esos años, Richi estuvo en la cordillera con un centenar de soldados vestidos con miserables uniformes de verano, soportando el frío de las altas montañas y el hambre en San Antonio de los Cobres, para finalmente ser trasladado a Olacapato.

Fueron tres años de servicio militar, llenos de saltos de rana, cascos y disparos con fusiles Máuser de 1909. Al recorrer las islas en el presente, Richi constata una vez más que no vive ni un solo argentino en esas tierras por las que, en su momento, se luchó tanto, mientras el país aún enfrenta necesidades insatisfechas.

Décadas después, Richi navega por el canal durante un día entero. Visita las islas de los pájaros, de los pingüinos, de los lobos y de las focas. Al caer la noche, regresan al puerto de Ushuaia tras un largo y frío día de verano en el fin del mundo.

De vuelta en la cabaña, ya descansando y abrigados, contemplan los barcos a través de las ventanas. A la mañana siguiente, montan la moto y se dirigen hacia el parque Bahía Lapataia. Después de un corto trayecto, llegan al final de la ruta, donde un gran cartel de madera con tablones gruesos señala: “Buenos Aires 3.079 km - Alaska 17.848 km”.

13-El trencito de los internos

En la bahía de Lapataia, recorren una serie de pasarelas de madera rodeadas de abundante vegetación. Los cerros con picos nevados completan un paisaje de ensueño. Más tarde, toman una excursión en un catamarán con techo vidriado para protegerse del frío y visitan el pequeño tren de trocha angosta que antaño utilizaban los presos del fin del mundo para trasladarse al bosque y trabajar. Suben al tren, que parece de juguete, para dar una vuelta por el bosque, acompañados por algunos turistas europeos que recrean aquellos momentos. Richi se siente como un presidiario internacional.

De regreso en el poblado, esa noche de verano cae aguanieve en pleno enero. La moto amanece cubierta por una fina capa blanca. Dan un último paseo por la costa, observando los navíos amarrados en el puerto y las gaviotas que planean cerca del agua, despidiéndose con sus picos. En la costa, junto al monumento conmemorativo a las Malvinas, parece resonar el eterno reclamo de que "las islas tienen que volver".

Tras cuatro días en Ushuaia, se preparan para regresar. Con la almohada como confidente de sus pensamientos, reflexionan sobre lo recorrido y emprenden el viaje de vuelta. Listos para recorrer de nuevo, los kilómetros que los separan de casa.

14-Pegan la vuelta

Desayunan y se preparan. Acompañan el café con leche con unas tortitas en la cabaña, pensando cómo acomodar y guardar el equipaje en el baúl, que quedó partido por un golpe en los asfaltos imaginarios de Santa Cruz. Se ponen los equipos de viaje, ropa sencilla comprada en ferias persas. Una llovizna fina los empapa. Con los trajes ya puestos, parten hacia el norte.

A medida que se alejan del Lago Escondido, inician el regreso. Tras unos kilómetros, hacen una parada para cargar combustible en Río Grande. Notan que la rueda delantera de la moto tiene una pequeña pancita en el caucho por falta de aire. Le echan unas libras a través de la válvula y retoman el viaje, avanzando por el islote. Tras un buen tramo, llegan a San Sebastián, del lado argentino, y cruzan sin detenerse hacia el homónimo chileno, un pueblo más pequeño y humilde.

Un carabinero se acerca, les pide los documentos y les informa que la balsa que conecta el puerto de El Porvenir con Punta Arenas, en el continente chileno, zarpa a las seis de la tarde. Richi mira el reloj: son las cuatro. Aceleran hacia el puerto, a 140 kilómetros de distancia según indica un cartel en la ruta. Les espera un camino de ripio en condiciones irregulares, con zanjas y cortes.

Baja la visera de su gastado casco negro, desgastado por miles de kilómetros, y arrancan. Salen del pueblo, donde solo quedan un par de casas deterioradas, y se enfrentan a una ruta llena de serruchos. A un ritmo intenso, avanzan por las huellas, sin cruzarse con ningún vehículo. Tras una hora y media de andar, llegan a Porvenir. Sin embargo, al buscar el puerto, descubren que el ferry ya se ha alejado lentamente de la costa. Esa tarde no había más movimiento: parece que el capitán tenía un programa especial con alguna "sirena" al día siguiente y partió antes de tiempo.

Frustrados, salen del puerto y encuentran a un hombre fumando un cigarrillo. Con tono pausado, les informa que la próxima balsa zarpa en tres días. Ante la situación, Richi decide buscar combustible en la única estación del pueblo. No tienen pesos chilenos, la estación no acepta tarjetas y el único recurso son dólares que encuentra en el fondo de su campera. Paga 200 dólares por el combustible, la nafta más cara del mundo según sus cálculos.

Sin más opciones, toman la ruta hacia Bahía Azul, la única alternativa para cruzar al continente. El camino es de medio asfalto y está en pésimas condiciones, lleno de baches. Recorren unos 100 kilómetros saltando como canguros australianos hasta llegar al final de la isla de Tierra del Fuego. Allí, toman

una balsa que cruza cada hora. En el estrecho, orcas parecen posar para la foto. Suben la motocicleta a la embarcación y finalmente llegan al continente argentino. Tras hacer los trámites migratorios, avanzan unos kilómetros hasta Río Gallegos, por pavimento.

En Río Gallegos encuentran alojamiento en una calle angosta. Descargan los baúles, se dan una ducha caliente y salen a cenar en un restaurante oriental. Luego de quedar satisfechos, dan un breve paseo abrigados antes de irse a dormir. "A la cucha, perro", parece decirles la noche río galleguense.

Por la mañana le añade un cuarto de litro de aceite al motor de la moto, que había bajado de nivel tras los esfuerzos del día anterior. Salen de Río Gallegos por la Ruta 3, rumbo a Comandante Luis Piedrabuena. Durante el trayecto, miran el mar de vez en cuando. Las ráfagas de viento inclinan la moto, mientras las olas alborotadas del mar los desestabilizan y, ocasionalmente, los sacan de la cinta asfáltica.

Al llegar a una estación de servicio, cargan combustible y se encuentran con un grupo de motociclistas que estudian mapas para planear su ruta. Richi se suma a la conversación, intercambiando anécdotas y consejos. Poco a poco, se reúnen otros motociclistas, que escuchan atentos sus historias y le

hacen un montón de preguntas, a las que él responde con entusiasmo, como un viejo conocedor del camino.

15-Quemando goma por la ruta

Mientras cargan combustible en la estación, llega una pareja en una moto tipo chopera. Llevan botas negras con tacones de varios centímetros, perfectamente lustradas, y unos vaqueros azules ajustados que parecen bermudas por el peculiar corte. Los recién llegados vienen desde Buenos Aires con la idea de continuar hasta El Calafate, según su plan inicial. Mientras intercambian ideas sobre la ruta con otros motociclistas, un argentino les asegura, con ingenuidad, que según el mapa todo está pavimentado.

Richi interrumpe la charla para aclararles que, en realidad, el tramo que desean tomar es de ripio. Al escuchar esto, la pareja se queda boquiabierta. Su fantasía de jinetes elegantes sobre dos ruedas no armoniza con la realidad de un camino complicado. Richi, con un toque sarcástico, les pinta un panorama en el que los presupuestos para la pavimentación se esfumaron en lingotes de oro que descansan en bancos suizos, cortesía de gobernantes prósperos y pueblos empobrecidos.

Finalmente, los convence de cambiar su plan y seguir la Ruta 3 hacia Río Gallegos, para luego tomar el pavimento hacia El Calafate. Aunque la nueva ruta les suma 300 kilómetros, al menos disfrutarán de mejores condiciones de camino.

Tras la charla, Richi y Eli retoman su viaje hacia el norte. A las tres de la tarde pasan por Puerto San Julián, donde echan un vistazo rápido a la pista de aviación antes de seguir avanzando. Llegan a las nueve de la noche a Caleta Olivia. Aunque aún es pleno día y no hay señales de que oscurezca, deciden detenerse. Salen a caminar por la playa, donde comprueban con las manos que el agua del Atlántico Sur es literalmente helada. Después, regresan al alojamiento y se abrigan bien para pasar la noche.

Con el viento matutino como compañero, parten hacia Comodoro Rivadavia. Sin embargo, antes de llegar, doblan al oeste hacia la cordillera, llegando al pueblo de Sarmiento tras recorrer unos kilómetros de pavimento. Empalman con la Ruta 40 y recorren kilómetros hasta dar con una modesta estación de servicio. Al llegar, descubren que no hay combustible y que las familias han estado durmiendo en sus autos, esperando el ansiado líquido.

Por fortuna, en ese momento entra un camión cisterna con las balizas encendidas, dispuesto a abastecer la estación. Mientras descargan el combustible Richi aprovecha para

lubricar la cadena y revisar las cubiertas. Tras cargar combustible, emprenden nuevamente el viaje.

Unos kilómetros más adelante perciben un fuerte olor a goma quemada. Alarmado, Richi detiene la moto para investigar. A primera vista todo parece estar en orden, así que reanudan la marcha. Sin embargo, el olor persiste. Decidido a encontrar el problema, se tira al suelo y examina más a fondo la moto. Finalmente, descubre que los tornillos del guardabarros delantero se habían desprendido tras un salto. El guardabarros quedó montado sobre otra pieza del radiador, provocando que rozara contra la cubierta y produjera olor a caucho quemado.

Richi se quita el casco, lo deja a un lado y se recuesta en el suelo para solucionar el problema. Mientras tanto, algunos autos y motos pasan a toda velocidad, dejando una estela de viento, sin detenerse ni ofrecer ayuda. En la soledad del camino, los dos motociclistas trabajan con paciencia.

Finalmente, aparecen dos parejas de motociclistas brasileños provenientes de São Paulo. Amablemente detienen sus motos y en un esforzado "portunhol" se ofrecen a ayudar. Juntos, logran destrabar el guardabarros y liberar la cubierta. Con el problema resuelto, Richi y su compañera retoman la ruta. Después de recorrer más kilómetros llegan a Esquel al caer la tarde, listos para descansar tras otro día lleno de aventuras.

16-Los soplidos inclinan la nave

Entran al poblado enfrentándose a un viento que los obliga a buscar refugio. Encuentran un alojamiento perteneciente a un gremio gastronómico, con un techo a dos aguas, un tanto bajo de un lado. Richi se golpea la cabeza un par de veces contra el techo. Pasan la noche en esa habitación bien calefaccionada, un alivio para el frío que asoma desde afuera. De vez en cuando, miran a través del vidrio empañado, cómo las gotas de lluvia se deslizan por el cristal.

En el comedor se celebra un casamiento. Deciden bajar a cenar y se sientan en una mesa del salón. Durante la velada, el padrino le pide a la compañera de Richi un baile con el novio. Con un gesto de aprobación de él, ella acepta y se suma a la pista. Tras disfrutar de la música, se retiran a descansar.

Por la mañana, siguen avanzando por la Ruta 40. Llegan a El Bolsón al mediodía. Compran un pollo asado en una parrilla. Se instalan en el césped de la plaza, disfrutan del almuerzo y observan a los artesanos de la feria regional que, entre cintos y tejidos, fuman porros con tranquilidad. Richi les dedica un "provechito" mientras señala la pata del ave. Después de comer, se recuestan al sol con el equipo puesto y dormitan unos minutos antes de continuar el viaje.

Siguiendo la ruta, hacen una rápida pasada por las afueras de Bariloche y recorren el borde del Nahuel Huapi. Las aguas azules del lago reflejan las nubes, ofreciendo un paisaje espectacular. Llegan a Villa La Angostura, donde llenan el tanque y engrasan la cadena para evitar el desgaste.

Retoman el camino de los Siete Lagos, dirigiéndose hacia San Martín de los Andes. En la ruta, un ciervo cruza inesperadamente. Resbala en el asfalto, cae, se levanta y vuelve a caer, con movimientos torpes y salvajes. Pasa rozando el manillar de la moto, pero logran esquivarlo sin incidentes. Como es temprano, deciden continuar hasta Junín de los Andes.

Ya de noche, llegan al poblado y se alojan en un hospedaje precario junto a un árbol donde estacionan la moto. Caminan unas cuadras hasta un bar cercano y piden unos emparedados. Son los únicos comensales en el lugar, cenando frente a una plaza desierta antes de regresar a descansar.

La mañana siguiente es fría. Toman unos mates y caminan un poco por las calles solitarias antes de retomar la ruta. Al mediodía, llegan a Zapala, donde almuerzan bollitos de pan con salamín y disfrutan de una siesta bajo el sol en un jardín.

Por la tarde, siguen avanzando por la Ruta 40, pasando por Las Lajas, Chos Malal y Buta Ranquil. Cansados, llegan a Barrancas, donde reabastecen combustible y se refrescan con

jugos. Al ingresar a Mendoza, el asfalto deteriorado se convierte en ripio, sin mantenimiento alguno. La humedad y los charcos en el camino son testigos de lluvias recientes y no encuentran carteles indicadores.

En plena noche, avistan una luz tras un alambrado. Siguiendo con cautela y esquivando perros ladrones, un hombre les informa que están a 30 kilómetros de Malargüe. Retoman la ruta y con la brillante iluminación de los faros nuevos, llegan a la ciudad cerca de las 11 de la noche. Se alojan en un hospedaje donde un ventilador de techo apenas logra mover el aire caliente y también espantar a los mosquitos.

17-El potro se detiene

El calor de enero alcanza niveles insoportables. Los motociclistas se hidratan con agua tibia de una botella olvidada al sol. Entre el sudor y el cansancio, despiertan varias veces durante la noche. Al día siguiente, tras un ligero desayuno, se equipan y retoman la ruta hacia San Rafael.

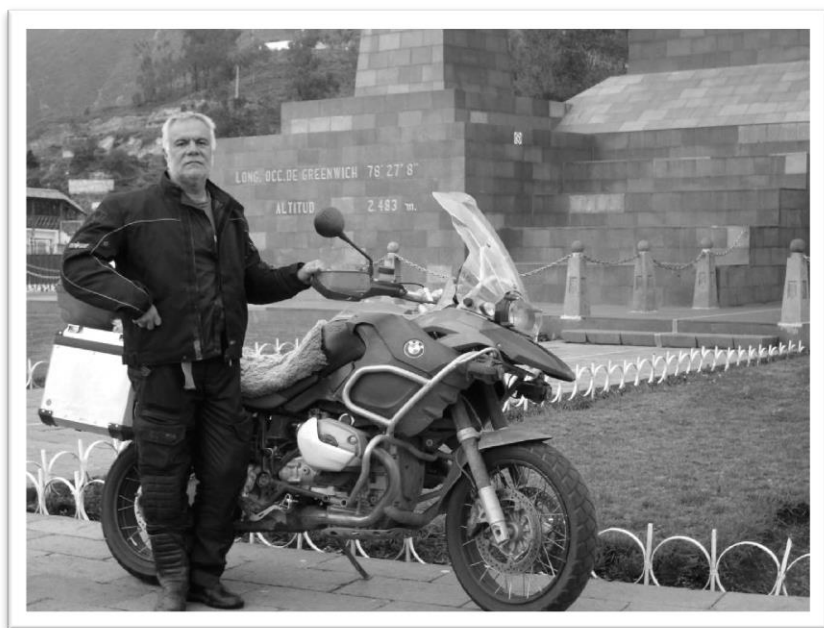
Pasando por las afueras de la ciudad, continúan hacia 25 de Mayo. En la sombra de un árbol junto a la carretera, almuerzan churrascos con ensalada. Después, montan nuevamente la moto para recorrer el último tramo hacia Paredita.

El intenso calor de la tarde agota tanto a los pilotos como al motor de la moto. Richi, frustrado, suelta un grito que rebota en el interior del casco. Finalmente, el motor comienza a fallar. Se detienen repetidamente. Richi manipula los cables eléctricos y logra que arranque por unos momentos, pero el problema persiste. Con esfuerzo, alcanzan San Carlos, pero la vieja moto da muestras claras de su desgaste y abandono.

Continúan a duras penas hasta Tunuyán, con múltiples paradas por fallas eléctricas. Bajo un calor abrasador, finalmente llegan a Mendoza al atardecer, dejando atrás las averías y las interrupciones. Guardan la moto en una cochera, se quitan los protectores, camperas y cascos, liberándose de todo. Exhaustos y sudorosos, disfrutan de la libertad de caminar descalzos en su su apartamento. Y así, concluye su escapada al sur, marcada por aventuras y complicaciones pero entregando en cada kilómetro recorrido una enorme experiencia y un cúmulo de recuerdos.

III. Los llaman los paisas (2010)

Mendoza-Medellín-Mendoza. Total 15.674 km



Monumento a la Mitad del Mundo en Ecuador. En el siglo XVIII se determinó el lugar por donde pasaría la línea imaginaria.

1. Se escapó la mascotita

Planes de ruta pasan por la mente de Ricardo mientras imagina las leguas que recorrerá en su "caballo de fierro". En sus horizontes aparecen nuevos viajes en motocicleta; esta vez, el destino será Colombia. Le da un giro a su rutina sedentaria de oficina y se aventura a recorrer el país latinoamericano donde el Caribe, su historia, sus paisajes y sus construcciones lo llaman.

Como planea viajar al norte, el almanaque le dice que enero es el mejor mes, aprovechando los calores del verano en este lado del continente. La primera semana de enero pasa rápidamente, y al llegar el día 7, la nueva cabalgadura está lista. El abecedario de su moto dice "BMW", y se trata nada menos que de una germana GS 1200 Adventure.

En el tanque rojo de combustible con grandes letras caligrafiadas color aluminio de ambos lados le colocó con el ploter "Aldito" y al lado con letras un tanto más pequeñas también en aluminio: "El maestro", que es un giro a su amado hermano que el río de San Francisco en una crece se lo quitó a este mundo

Pelusa será su compañera fiel para concretar este sueño.

Ricardo decide arrancar temprano. En el garaje descansa la nave colorada. Su perro, Lucio, no pierde detalle de los

preparativos. Al abrir el portón para sacar la nave de dos ruedas con sus baúles de aluminio, un ciclomotor pasa por la calle rumbo al parque. Como una exhalación, Lucio sale detrás del diariero.

Con sus músculos marcados como un fisicoculturista de cuatro patas, el Dogo argentino persigue al ciclomotor con toda la furia de su demencia canina. Para él, jugar con bicicletas es una misión. Su fornida figura blanca recorre varias cuerdas hasta que se cansa. Agitado y con la lengua colgando, regresa a casa, donde lo espera Ricardo con un reto preparado. Lucio, con cara de afligido, parece entender el regaño, aunque este le entra por una oreja y le sale por la otra.

Ricardo y Pelusa arrancan por el camino equivocado, hacia el parque, pero rápidamente corrigen la dirección y salen por el Corredor del Oeste. Tras dar algunas vueltas, finalmente dan con la ruta hacia la montaña. El destino inicial es Potrerillos.

Él acelera la moto en busca del cruce internacional, cambiando marchas con maestría. En la primera subida de la precordillera, la máquina responde como un misil con ruedas, levantando la trompa y haciendo sentir su centenar de caballos de fuerza. Ricardo, piensa: *Esta es la medicación que me recetaron para esta aventura.*

En Uspallata, llenan el tanque de combustible y aprovechan para tomar un café. Los jinetes continúan hacia la cordillera de Los Andes. Poco después llegan a Polvaredas. Ricardo disfruta domar este "potrillo con ruedas" con semejante fuerza hasta Los Penitentes. Con paso firme siguen hacia Puente del Inca, donde Ricardo agazapado al manillar, avanza con Pelusa firme en el asiento trasero.

A buena velocidad llegan a Horcones. Una fila interminable de vehículos los espera para los trámites de aduana, migraciones y policía internacional. Es verano, y si un mendocino no cruza a Chile en enero, no son vacaciones. Siguen subiendo hasta Las Cuevas, cruzan el túnel internacional y entran a Chile, donde les esperan más papeleos en Los Libertadores. Una vez listos, montan de nuevo la moto y enfrentan la montaña rusa de curvas hacia abajo.

La moto, cargada hasta el tope, desciende con elegancia hasta Los Andes, donde hacen una parada para comer unos emparedados de jamón con jugo. Pocos kilómetros después, alcanzan la autopista 5, la columna vertebral que recorre Chile de norte a sur.

2. A los esquivos de los pacos por las curvas

Enfilan hacia el norte. Ese verano ya se siente el aire fresco que viene del Pacífico. Pronto llegan a Los Vilos, donde paran a media tarde para tomar un café y comer unas "aleluyas". La ruta comienza a acercarse al mar, y en las curvas, con márgenes montañosos, Ricardo inclina la BMW como si estuviera en un gran premio. La moto avanza a buen ritmo, adelantando a los autos que encuentra en el camino, hasta que un carabinero lo detecta.

El teniente levanta la mano, y la señal del "paco", con su uniforme militar, no se hace esperar y detiene la moto al costado de la carretera. Mientras esperan, pasan numerosos automóviles. Los carabineros conversan animadamente sobre el partido del domingo entre Colo Colo y la Universidad de Chile. Después de casi una hora de comentarios futbolísticos, los liberan sin sanción, solo con un llamado de atención por la imprudencia.

De vuelta en la ruta, disfrutan las vistas del mar de tanto en tanto. Después de un largo día de cabalgata sobre dos ruedas, llegan al anochecer a La Serena. Con la luz favorable y la buena señalización de la carretera, Ricardo acelera en las rectas. Así, completan el primer día de viaje al llegar a Copiapó.

En la plaza de la ciudad, una pantalla gigante domina el paseo. En ese momento, Ricardo y Pelusa se percatan de que el Dakar está en pleno apogeo. La música a buen volumen y los espectáculos en las esquinas llenan de vida las calles. Sin embargo, los hoteles están repletos, así que deciden seguir un poco más hacia el norte.

Llegan al pequeño pueblo pesquero de Caldera cerca de la medianoche. Encuentran alojamiento en un modesto dormitorio en el primer piso. Tras quitarse el pesado equipo con protectores, salen a caminar por la costa. En un sencillo restaurante, disfrutan unos ricos frutos de mar mientras Ricardo tiene una animada charla de política con la dueña, quien habla con un marcado acento chilote.

Más tarde, recorren las calles oscuras antes de regresar al dormitorio para descansar.

Al día siguiente, salen temprano. Amanece tarde en este lado del hemisferio. Se incorporan a las largas filas de vehículos que siguen al Dakar. Hacer fila con una motocicleta es complicado: deben apagar el motor y empujarla constantemente para avanzar. Finalmente, llenan el tanque y continúan hacia el norte.

Pasan por Chañaral, donde Ricardo aprieta el manillar del acelerador y, como una flecha roja, la BMW avanza hasta Taltal.

"Todo joya", indica el instrumental del vehículo que observa por el visor de su casco. Tanto él como Pelusa están en perfectas condiciones, así que no se detienen hasta llegar a Antofagasta.

Mientras maneja, Ricardo recuerda que esta ciudad fue boliviana en el pasado, siendo su salida al mar. Sin embargo, en la Guerra del Pacífico de 1881, el ejército chileno la anexó junto con otras regiones, llegando incluso hasta la plaza de Lima para demostrar su poderío.

3- El oasis del desierto

Continúan bordeando la costa. Ante sus ojos se despliegan paisajes maravillosos que quedan grabados en la retina: un Pacífico turquesa por un lado y, por el otro, algunas montañas. Es verano, y como la ruta va pegada al mar, la brisa que viene del océano se vuelve más fresca. Al anochecer, arriban a Tocopilla, un poblado costero.

Buscan un hotel y, tras un rato, encuentran un pequeño hospedaje al final de una callejuela de ripio algo oscura. Dejan la motocicleta bajo un árbol y, con hambre, caminan hacia la casa de doña Lola. Allí, una caserita junto a la playa les prepara unas reinetas a la plancha. El aceite las baña al toque, dejándolas doraditas. En el plato, la cocinera pica unas paltas

que disfrutan mientras contemplan las olas del mar reflejando la luz de la noche.

Mientras saborea estos manjares, Ricardo se da cuenta de que no cuenta con una extensión de la póliza de seguro para otros países. Desde un locutorio, llama por teléfono a su hijo Álvaro para que solicite la extensión a la compañía aseguradora y se la envíe por internet.

Siguen bordeando la costa hasta llegar a Pozo de Almonte, al que atraviesan por las afueras. Cuando pasan por Arica, se detienen en otro locutorio y logran imprimir la extensión de la póliza, un inconveniente que Álvaro resolvió eficientemente.

A pocos kilómetros cruzan la frontera y entran a Perú. El primer asentamiento es Tacna. Como Ricardo no tiene moneda local, cambia algunos dólares por soles peruanos. Sin embargo, más tarde, al intentar pagar un bocadillo en un puesto callejero con deliciosos aromas frente a la plaza, se da cuenta de que le dieron pesos chilenos en lugar de soles, y no le sirven para pagar.

Cargan combustible y continúan su camino unas cuantas leguas más. Al pasar por Moquegua, se hospedan en una pensión al paso que tiene un par de camas disponibles. La moto la guardan junto al conserje, pegada a la entrada.

Caminan unas cuadras hacia el centro. Esa noche, un cartel luminoso llama su atención: es un banco abierto, donde finalmente logran cambiar los billetes chilenos que les habían dado por soles peruanos. Ya con dinero en mano, compran unas papas fritas servidas en un cucurucho de papel, como si fueran un helado, y regresan caminando por las concurridas calles de enero hasta el hotel.

A la mañana siguiente, cuando intentan sacar la moto de la conserjería, descubren que un auto bloquea la salida. Una señora de vestido ancho y sombrero tiene las llaves, pero no sabe manejar. El conductor salió temprano a hacer compras, y el conserje le entrega la llave a Ricardo.

Él intenta mover el coche, pero es automático, y no hay forma de desplazarlo. Con ayuda de un par de voluntarios, logran levantar el vehículo unos centímetros y lo mueven lo suficiente para liberar la moto. Antes, tuvieron que retirar los maletines laterales para que pudiera pasar entre los autos. Tras solucionar el inconveniente, vuelven a emprender la marcha.

Al poco tiempo llegan a Arequipa, que está próxima al mar. Sin entrar al poblado, continúan por la ruta hasta Camaná, donde hacen una parada para almorzar.

Entran a un comedor precario con pisos de tierra, donde comen tallarines con estofado de pollo. Después, dan una

caminata por la cuadra para estirar las piernas tras varios días sentados en la moto y retoman la ruta costera. El paisaje es árido pero cautivador.

Al llegar a Ocoña, tras superar varios médanos, les llama la atención un paraje verde con plantaciones de arroz y hortalizas. Las grandes dunas amarillas rodean el área, donde un pequeño arroyo desemboca en el mar. Después de superar este oasis, vuelven a encontrarse con la aridez del desierto, que los acompaña en el camino.

4- Los grandes dibujos

Tras recorrer varios kilómetros, al anochecer llegan a Nazca. Con la motocicleta cargada, recorren las callejuelas del poblado peruano en busca de un lugar para hospedarse. Finalmente, encuentran el hotel Alegría, un sitio con arcos de perfil señorial. Allí, se alojan algunos motociclistas que participan en el Dakar. Les asignan una habitación al fondo, donde pueden descansar y disfrutar de una ducha reconfortante.

Más tarde, salen a caminar y a comer algo liviano. En su recorrido, pasan por negocios que exhiben llamativas camperas de vicuña con vivos naturales. Finalmente, mastican unos emparedados de pollo y regresan al hotel para dormir.

Por la noche, como en todas las paradas, lavan con jabón las prendas de ropa interior para que se sequen y puedan usarlas al día siguiente.

A la mañana siguiente, en las galerías del hotel, tres mesones están dispuestos con frutas y bebidas para el desayuno. El lugar, de interesante arquitectura, cuenta con gruesos muros y amplias galerías con arcos. En el ambiente se escuchan conversaciones en diversos idiomas que Ricardo y Pelu no comprenden, pero logran comunicarse con los camareros a través de señas.

Alistados para partir, cargan los baúles en la moto, revisan el nivel de aceite del motor (que está perfecto) y verifican las gomas. Todo está en orden, así que emprenden nuevamente el camino.

Poco después, se detienen frente a un cartel que anuncia las famosas Líneas de Nazca. Suben a un mirador de metal con una escalera en caracol. Desde lo alto, observan las grandes figuras que se extienden sobre la llanura árida, conservadas gracias a las escasas lluvias y al contenido ferroso del terreno, que le da un tono rojizo.

Retoman el viaje por una serpenteante ruta costera. Pronto llegan a Ica, con su típico perfil peruano, y más tarde a Pisco, de donde los chilenos tomaron el nombre de su licor favorito.

Continúan avanzando, pasando por Chíncha Alta y, tras un largo recorrido, llegan a San Vicente de Cañete. El océano Pacífico está nuevamente a la vista, y las atractivas playas de Punta Hermosa les hacen honor a su nombre. Esta zona costera es de categoría: hay casas distinguidas con autos de alta gama en las puertas, lo que denota que es habitada por peruanos adinerados.

Finalmente, tras pasar por Villa El Salvador, entran al bullicioso centro de la ciudad de Lima.

5 - El Dakar del Virrey

Un interesante movimiento recorre sus calles. Luego de un largo deambular por tierras limeñas y con la moto cargada, se adentran en este distrito que alguna vez albergó a un virrey de la corona ibérica. Van y vienen por la misma calle, al costado de ese atardecer de enero. Finalmente, alguien les indica la dirección de un alojamiento; sin embargo, al entrar descubren que es un hospedaje transitorio para parejas. El lugar, decorado con colores vivos y un aire sensual, resulta poco acogedor incluso para un breve descanso. Deciden buscar la puerta rápidamente, suben a la moto y dejan atrás ese albergue de pocas pulgas.

Cargados de equipaje, siguen atentos por las calles hasta que encuentran un hospedaje más adecuado. Allí ingresan con la moto al sótano y luego suben a la habitación. Ricardo recuerda que Lima fue la capital del virreinato más importante de Sudamérica, y por la relevancia histórica de la ciudad deciden quedarse un par de noches para explorarla. Empiezan a recorrer el hermoso caserío que alguna vez fue sede del poderoso virreinato. En la Plaza Mayor, frente a la Casa de Gobierno, notan un nutrido movimiento: están preparando todo con un perfil deportivo porque, en unos días, el Dakar finalizará su periplo latinoamericano en esta ciudad. Grandes carteles y pasadizos adornados con banderas de tono francés dan cuenta del evento.

Caminan por el centro histórico contemplando los balcones de madera tallada y las imponentes construcciones barrocas, iluminadas por farolas que realzan la belleza de la catedral de Lima. A unos pasos está la Iglesia Mayor del Perú, ubicada en pleno centro histórico. Es un lugar importante, pues, como ya se mencionó, en 1881, durante la Guerra del Pacífico, fue ocupada por el ejército chileno.

Almuerzan en la vereda de una calle cercana al Palacio de Gobierno, en Miraflores. Las fachadas y la atmósfera del lugar transmiten una sensación de elegancia y distinción. Después de

almorzar, pasan un par de horas tomando tragos, mientras observan a los lugareños con sus ropas típicas. Regresan al hotel alrededor de las tres de la tarde, cansados pero satisfechos, y se preparan para la jornada siguiente. Se acuestan temprano, aunque les cuesta dormir por los ruidos provenientes de la habitación contigua, donde una pareja está ocupada en un “diálogo horizontal” que hace retumbar el catre contra el muro. Finalmente, logran conciliar el sueño.

6 - Las balsas de Huanchaco

A la mañana siguiente, cargan el equipaje, salen del sótano con la moto y toman la Panamericana en dirección norte. Tras un trayecto tranquilo, llegan a Chancay. Ricardo recuerda que, en su época escolar, sus compañeros solían bromear diciéndole que aquí se bañó el primer puntano: el coronel Pringles, quien se arrojó al mar para no ser capturado mientras portaba información importante.

Tras una breve mirada a las afueras de Chancay, continúan hacia Huacho. El viaje en la moto resulta ameno, disfrutando de un paisaje pintoresco. Sin detenerse mucho, pasan por Barranca y siguen rumbo a Paramonga, donde hacen una parada en un ranchón. El lugar es básico y la comida, un sancocho de gallina,

resulta incomible; lo único aceptable es una botella de jugo tibio bajo el rayo del sol.

Retoman el camino y, tras atravesar Huarney y Casma, llegan a Chimbote al atardecer. Allí se detienen brevemente para reabastecerse de combustible y comer algo rápido antes de continuar. Finalmente, alcanzan Trujillo. Encuentran un alojamiento cerca de la plaza principal, y el administrador del hotel les cuenta con entusiasmo sobre las ruinas de Chan Chan, persuadiéndolos para que las visiten al día siguiente.

Al amanecer, se dirigen en moto hacia el sitio arqueológico. Sin embargo, lo que encuentran son solo ruinas de adobe que no logran impresionar demasiado. Más tarde, en Huanchaco, observan a un pescador local que navega en una pequeña balsa de junco, de pie y remando con destreza sobre las olas del Pacífico. Estas embarcaciones precarias, conocidas como "caballitos de totora", son usadas por los descendientes de los incas para pescar y sustentar su alimentación.

7 - Parte el Señor con sus amigos

Tras recorrer Trujillo por última vez, cargan el equipaje y emprenden camino. Pasan por Pacasmayo, pero no encuentran motivos para detenerse y continúan hacia Chiclayo. Allí visitan

el famoso Museo de las Tumbas Reales, donde se encuentran los restos del Señor de Sipán. Este gobernante de la antigua cultura Moche, enterrado junto a sus joyas y acompañado por sus amigos sacrificados al morir, fue un líder destacado de esta región en el siglo III. Descubierto en 1987, su tumba es un símbolo de la civilización preincaica.

De vuelta en la moto, avanzan hacia Piura, dejando atrás Sullana. Ricardo acelera el ritmo hasta Talara, una ciudad costera con hermosas playas adornadas por flores silvestres. Silbando, llegan a Máncora y disfrutan de una vista obligada a sus famosas playas, conocidas por ser un paraíso para los surfistas.

Ya entrada la noche, con visibilidad reducida por el mal estado del asfalto, llegan a un pequeño poblado llamado Corales. Sin muchas opciones, se hospedan en un lugar humilde al final de una calle oscura. Tras dejar el equipaje en la habitación, salen en busca de algo para cenar. Compran pan y fiambres, que comen en el cuarto antes de dormir. En medio de la tranquilidad nocturna, solo los lejanos ruidos de animales rompen el silencio.

Al amanecer, el ambiente sigue silencioso. Sin detenerse a desayunar, se preparan para partir hacia Tumbes, el último punto de la Panamericana en Perú. Al llegar a la frontera con

Ecuador, descubren que necesitan el seguro obligatorio de accidentes de tránsito (SOAT) para cruzar. Obligados, retroceden unos kilómetros para gestionar el trámite antes de continuar su viaje.

8- A contratar otro seguro

Cruzan la frontera y llegan a Huaquillas, la primera población ecuatoriana. En el peaje descubren que no aceptan los soles peruanos que llevan, por lo que deben contratar un Seguro Obligatorio de Accidentes de Tránsito (SOAT) para Ecuador con la tarjeta de crédito. Les entregan un adhesivo que deben pegar en el parabrisas, haciéndolo claramente visible. No encuentran casas de cambio a la vista, y es en este momento se entera de que los dólares estadounidenses son la moneda oficial en Ecuador. Para las monedas de baja denominación, utilizan una versión ecuatoriana en metal.

A las cinco de la tarde dejan atrás las áridas tierras peruanas y entran en la selva ecuatoriana. El paisaje cambia drásticamente: todo es verde, con enormes bananeros cuyas hojas casi tocan el suelo. A los costados de la carretera abundan ranchos precarios de madera. La humedad es constante, y la

intensa vegetación se debe a las permanentes y abundantes lluvias.

Avanzan entre bosques de bananeros hasta llegar a Arenillas. Es media tarde y, con un hambre voraz, deciden probar unos patacones, rodajas de plátano verde fritas, que les resultan deliciosos. En un puesto techado con ramas, junto a una gran cacerola sobre un bracero, sirven un menú económico. Los clientes pagan con monedas y reciben vuelto. Les sirven un guiso abundante de porotos y verduras, humeante y de aspecto muy sabroso.

9. Un par de centígrados

Desde Santa Rosa continúan hacia el norte y llegan a la moderna Guayaquil, la más importante de Ecuador. Se hospedan en un hotel de esta pujante ciudad portuaria, que concentra el 70% de las exportaciones e importaciones del país gracias a su ubicación estratégica junto al mar. Como el hotel no tiene estacionamiento, Ricardo deja la moto en un garaje a cuatro cuadras y regresa caminando.

Esa tarde, bajo un sol suave, se dan una ducha y salen a recorrer la ciudad. En el malecón visitan la plazoleta del

Hemiciclo de la Rotonda, donde se encuentra la estatua del abrazo entre los generales Simón Bolívar y José de San Martín.

A cuadras está la estatua de Nestor el presidente argentino, años después de este viaje el presidente socialista de Ecuador, Lenin Moreno lo hace retirar porque degrada al pueblo ecuatoriano ese personaje corrupto. Después caminan unas cuadras y se sientan en la vereda de un moderno restaurante. Mientras cenan, ven en la televisión un acto político en un estadio. El presidente Rafael Correa, presentado como un líder populista y benefactor, es el centro del espectáculo. Camina lentamente con pasos largos, vestido con un pantalón vaquero, y saluda al ritmo de una banda militar mientras cientos de luces y pantallas gigantes proyectan su imagen.

Más tarde recorren las calles llenas de gente antes de regresar al hotel. Al día siguiente, el amanecer nublado da paso a una copiosa lluvia. Ricardo busca la moto en el garaje, carga los bolsos en los baúles de aluminio y salen de la ciudad esquivando grandes charcos de agua. Tal como les habían informado, la lluvia cesa al poco tiempo.

Avanzan hacia La Libertad y, al dejarla atrás, llegan a Santa Elena. Más adelante, en Manglar Alto, hacen una breve parada bajo un árbol donde encuentran una montaña de sandías. Allí, Apolinario, un motoquero local, les ofrece una de sus frutas

mientras comparte historias sobre su vieja y deteriorada moto. La sandía, aunque de colores vibrantes, resulta poco sabrosa.

10 -Música y bebidas hasta el amanecer

Poco después llegan al balneario de Montañita, un destino bohemio y vibrante. Consiguen alojamiento cerca de la playa, se cambian a ropa de baño y disfrutan de las cálidas aguas del Pacífico en compañía de jóvenes turistas, en su mayoría argentinos.

Por la noche, las calles se llenan de luces multicolores y música ensordecedora. Los ritmos variados se mezclan en un ambiente de fiesta. En un restaurante del centro, cenan tallarines con crema y calamares, acompañados de una deliciosa salsa de mejillones. Aunque el cartel anuncia un "dos por uno", intentan cobrarles dos porciones, una picardía que reconocen de su propia cultura. Los dueños son unos argentinos pura sangre.

Luego del café, recorren las calles llenas de música y jóvenes en un estado de euforia. Finalmente, se retiran al alojamiento, donde la fiesta continúa hasta altas horas.

A la mañana siguiente, las calles están desiertas, los negocios cerrados y los pocos turistas visibles muestran los

estragos de la noche anterior. Tras desayunar, deciden partir de este bullicioso destino costero, que mantiene la misma temperatura cálida tanto en invierno como en verano.

En su camino, pasan por Puerto López y Puerto Cayo antes de llegar a Pedernales, el primer punto marcado como la "mitad del mundo". Este lugar, donde el eje de rotación del planeta divide los hemisferios, los sorprende con una fuerte y persistente lluvia. La conducción se complica para Ricardo, pero finalmente llegan a Esmeraldas por la noche, cansados y mojados. Encuentran un hotel, se dan una ducha y, tras un breve descanso, salen a cenar en un restaurante cercano.

11 - Por allí ni se les ocurra

Cuando están sentados en la única mesa libre que les indica el camarero, este les pregunta si sería posible incorporar al ingeniero Feliciano, ya que no hay más lugar. Aceptan, lo invitan a compartir la mesa, y pronto entablan conversación. Feliciano les cuenta que su esposa está en Quito y que trabaja en una fábrica. Mientras el salón sigue lleno, les sirven las bebidas: él pide un agua mineral. Ricardo aprovecha para comentar sus planes de cruzar Ecuador hacia San Lorenzo y, desde allí, adentrarse en Colombia por el sur.



La noche de los tres presidentes ocurrió durante la noche del 6 de febrero y la madrugada del 7 de febrero de 1997 en Ecuador.

Feliciano escucha atentamente mientras Ricardo troza un pedazo de pollo con papas. El ingeniero interrumpe el relato con un gesto de seriedad, como quien conoce bien la región. Les advierte que la ruta que piensan tomar está dominada por revolucionarios y narcotraficantes colombianos. Señalando un mapa abierto sobre la mesa, les explica que ese sector es de acceso difícil y peligroso. Les sugiere cambiar el itinerario y atravesar la cordillera central de Ecuador, unos cientos de kilómetros más al norte.

Aprovechando la charla, Feliciano les da un consejo: llevar billetes de cien dólares repartidos en diferentes bolsillos de la chaqueta y los pantalones. Explica que los guerrilleros suelen detener a extranjeros para pedirles un "aporte forzoso". "Aunque no compartas sus ideas, hay que colaborar", dice, subrayando la importancia de actuar con normalidad y evitar demostrar pánico.

Escucha con atención y, entre bocado y bocado, decide seguir las recomendaciones. Feliciano sugiere que pasen por la Parroquia de Tumbabiro y atraviesen la cordillera central. La conversación deriva en una charla animada sobre los modismos ecuatorianos, que se prolonga un par de horas. Al retirarse, Ricardo reflexiona sobre el consejo del ingeniero y decide cambiar su destino. A la mañana siguiente, parten rumbo a la

selva, bajo una lluvia torrencial que los acompaña durante todo el camino. Empapados y exhaustos, encuentran refugio en el alero de una casa abandonada, donde logran protegerse momentáneamente del diluvio.

12 - Llueve para donde se mire

La lluvia sigue sin dar tregua. Los motociclistas recorren un camino sinuoso entre los tupidos bosques que conducen a Tulcán. En un momento, sacan el mapa de la mochila para verificar la ruta, pero lo encuentran empapado, roto en varias partes por el agua que chorrea. Es su única referencia cartográfica.

A pesar de las condiciones adversas, continúan. Encuentran un refugio improvisado que les permite cubrirse, pero la moto permanece bajo la lluvia durante horas. Mientras esperan, intentan reparar el mapa usando cinta adhesiva que les prestan, aunque el papel mojado apenas permite distinguir las rutas.

Cuando Ricardo intenta pagar en el parador, descubre que su billetera y su contenido están completamente mojados. Los billetes, de diversos países, están pegados entre sí, con colores mezclados y desteñidos, como si fueran falsificaciones de mala calidad.

En el refugio, los lugareños realizan sus actividades cotidianas sin aparente dificultad. Una señora mayor, de cabello canoso y vestido amplio, aviva el fuego en un brasero bajo la lluvia para asar bananas hasta que quedan doradas. Otros llegan en bicicleta, envueltos en plásticos, trayendo bolsas de cuajada que convierten en una pasta espesa similar a la ricota.

Cuando la lluvia cede un poco, retoman el camino. El paisaje selvático, lleno de curvas cerradas, sigue envuelto en una persistente cortina de agua. Finalmente, al anochecer, llegan a Tulcán.

13 - Motociclistas sin dinero

En Tulcán, encuentran alojamiento en una posada cercana a la plaza. La moto queda a la intemperie, bajo la incesante lluvia. En el cartel oxidado de la entrada, apenas se leen las letras que indican "Hay lugar". Por la noche, cenan en una pizzería frente a la plaza, mientras observan cómo la lluvia sigue cayendo. El lugar está frío; la estufa apagada, pero logran entablar una tranquila charla mientras comparten una mozzarella que gotea aceite.

Al día siguiente, bajo una lluvia incesante, toman un desayuno sencillo y revisan el mapa remendado antes de partir por la Ruta Ecuador Highway 35 hacia el complejo fronterizo. Al llegar a la frontera con Colombia, se encuentran con una larga fila para los trámites migratorios. Después de cuatro horas de espera, les informan que necesitan un seguro obligatorio para Colombia, el SOAT, que solo pueden adquirir ocho kilómetros atrás, en Ipiales.

Aprovechan para almorzar en una galería comercial, donde dejan la moto a la vista mientras disfrutan una bandeja paisa. Más tarde, regresan a migraciones, donde coinciden con dos jóvenes bogotanos en ciclomotores. Los colombianos cuentan historias fascinantes de su viaje desde Ushuaia, financiado a través de trabajos ocasionales. Ricardo y Alfonso graban un video que suben a las redes sociales, documentando el momento.

Ya en Colombia, avanzan por rutas selváticas, cruzando puentes angostos y curvas cerradas. Ricardo, disfrutando el desafío, toma riesgos que Eli, sentada atrás, no comparte. En una maniobra imprudente, una rama arranca el espejo derecho de la moto. Eli, indignada, golpea a Ricardo con su casco en señal de protesta. Se detienen brevemente para disfrutar los sonidos de la selva: el canto de los pájaros y el murmullo de las

cascadas. Sin inmutarse, retoma el camino con su espíritu aventurero intacto.

14 - Quédense esta noche

Con buen ritmo en la moto, pasan por las afueras de Pasto y siguen la ruta. Ricardo tiene bien presentes en su mente las instrucciones que le dio el ingeniero durante la cena en Esmeralda: llevar un billete de cien dólares en cada bolsillo y memorizar el verso: *una colaboración para las FARC*. Si la situación se tornaba tensa y era necesario aumentar la oferta, sabía exactamente en qué bolsillo tenía cada billete. Apenas unos días habían pasado desde el secuestro de una pareja de periodistas franceses que las fuerzas revolucionarias mantuvieron cautivos durante meses en plena selva, con el objetivo de atraer la atención de la prensa internacional.

Avanzan en la motocicleta sorteando caminos boscosos sin mayores contratiempos. Comienza a anochecer, y con la luz cada vez más tenue, siguen adentrándose en la selva colombiana. Recorren interminables bosques y curvas, por un camino completamente desolado donde no se cruzan con ningún otro vehículo.

Cerca de la medianoche, llegan a un pequeño asentamiento de no más de tres casas. Un cartel al lado del camino, rodeado de tupidos árboles, indica *El Bordo*. Se trata de un humilde lugar al borde de una curva en el camino. Encuentran un alojamiento modesto en todos los sentidos, pero con una habitación disponible. Entonces escuchan una advertencia:

—Ni se les ocurra seguir. Quédense aquí, aunque no haya lugar —dice un hombre que se acerca y, en voz baja, deja clara la gravedad de la situación.

La señal es inequívoca: no deben exponerse esa noche en la selva colombiana. Sin otra opción, toman los dos catres disponibles en una habitación con un baño deteriorado y sin privacidad. El agua de la ducha es fría, y aunque es enero, el invierno en esta región se siente. Las paredes de las habitaciones son de tabiques de vidrio, y los pasillos, angostos. Dejan la moto bajo un pequeño alero para resguardarla.

Esa noche cenan un emparedado en la casa de al lado, vuelven a la habitación y, aunque incómodos y vestidos, logran dormir. Al amanecer, un café caliente sirve como desayuno antes de retomar la ruta.

La travesía continúa por la selva. Unas gotas de lluvia comienzan a caer cuando pasan por Popayán. Cerca de las dos de la tarde, se encuentran con un espectáculo ecuestre en un

corral. Bajo una carpa blanca impecable, se sirve comida típica de la región mientras la gente disfruta de las presentaciones. Fotografían el evento y, después de una pausa breve, retoman su viaje hacia Cali, siguiendo la ruta rodeada de vegetación.

En el camino, un camión blindado del ejército, detenido a un lado de la ruta, los obliga a reducir la velocidad. Ricardo, una vez más, siente la tensión: ¿de qué bando serán estos hombres? Desde el camión, desciende un soldado, y poco a poco emergen más uniformados, todos bien equipados y de aspecto imponente. Él evalúa sus opciones y repasa mentalmente en qué bolsillo lleva cada billete.

Para su alivio, los soldados levantan el pulgar en señal de que todo está en orden. Ricardo les devuelve el gesto y continúa su marcha en la moto roja, recordándose a sí mismo que sigue siendo *el soldado Richi*, jugando a sobrevivir en el batallón de motociclistas del fin del mundo.

15 - Las cuatro fuerzas

En la década de los ochenta, los dos cárteles de estupefacientes más poderosos y perversos de Colombia fueron el de Cali y el de Medellín. Sus guerras, marcadas por una violencia extrema, tiñeron de sangre la historia del país. Como decía Aníbal, el

padre de Ricardo, “para hacer una buena ensalada, hay que añadirle un chorro de vinagre”. Medellín, además, alimentaba las fantasías revolucionarias de los grupos de izquierda.

En este contexto, coexistían cuatro fuerzas armadas que marcaban el ritmo:

1. Los narcos: cárteles con enormes recursos económicos y ejércitos privados de reclutas.
2. Las FARC: revolucionarios de izquierda con sus propios códigos, en lucha constante contra el Estado.
3. Los Pacos: familiares de las víctimas de Pablo Escobar y sus secuaces, que, ante la indiferencia estatal, buscaban justicia por su cuenta.
4. El ejército regular: las fuerzas armadas de la República, como en cualquier nación del mundo.

Mientras tanto, Richi y su compañera avanzan por los caminos boscosos hacia Santiago de Cali, en pleno Valle del Cauca. Llegan al barrio Brisas del Limonar, donde un comedor rural de apariencia señorial contrasta con los atuendos remendados de feria persa que visten los viajeros. Rodeados de gente adinerada, almuerzan bajo las miradas curiosas de los demás comensales.

El colombiano promedio, atento y amable, demuestra refinados gustos incluso en su lenguaje. Después del almuerzo,

continúan hacia el norte, pasando por Palmira, Yumbo y Vereda Manga Vieja.

En medio de la tupida vegetación, un ruido ensordecedor interrumpe la calma: algo golpea el casco de Ricardo. Al mirar por el espejo, ve plumas flotando en el aire, señal de que un pájaro ha impactado contra él. Se soba con la mano el hombro y pierde algo de equilibrio.

Tras horas de viaje por el verde interminable, llegan a Cartago. Un vendedor les ofrece pasteles en un canasto cubierto por un mantel blanco. Tras disfrutar del manjar, se ponen nuevamente los cascos y retoman su travesía por la selva.

16 - Sin tetas no hay paraíso

Un tupido chaparrón, una vez más, se apoderó del decorado natural. Ricardo, mientras avanzaban por la carretera, recordaba las conversaciones con Pablito, en las que fantaseaban con que ocurriera algo digno de contar. Tras un largo recorrido, un cartel con grandes letras que decía *Pereira* captó su atención.

En las afueras, una autopista moderna y bien iluminada se alzaba como un entramado de caminos suspendidos en el aire, formando espirales que parecían sacados de un videojuego. Las

terrazas luminosas y los elegantes trayectos añadían un toque de surrealismo al panorama.

Esta ciudad es conocida por dos cosas en abundancia: estupefacientes y sexo. Un detalle curioso es que aquí se inspiró y se filmó la novela *Sin tetas no hay paraíso*. La trama aborda temas relacionados con la mafia y la droga, y, según se comenta, la industria madre de la ciudad es la prostitución. Paradójicamente, la novela está prohibida en Pereira, pues se considera que degrada la imagen de las mujeres locales.

Ricardo, sin tregua, atravesó la selva en su bicicleta con motor, acelerando hacia Manizales bajo la persistente lluvia. Al llegar, comenzaron a buscar un lugar donde hospedarse. Entre calles angostas y empinadas, encontraron finalmente un alojamiento que se ajustaba a sus necesidades. Tras una reparadora ducha en la habitación, bajaron al comedor para cenar.

El menú, elaborado por el cocinero, consistía en un plato típico: la famosa bandeja paisa. El camarero les sirvió una generosa porción de porotos negros con garrones de cerdo, acompañados de carne vacuna. "Solo le falta pólvora", comentó Ricardo entre risas al probar la intensa combinación de sabores.

Ya relajados en la mesa, compartieron sus impresiones del día. El camarero se unió a la conversación, comentándoles que

cada mañana, a las cinco en punto, salía de casa en su bicicleta para llegar puntual al trabajo. "No es lo mismo levantarse temprano a buscar trabajo que levantarse temprano a trabajar", reflexionó. Ricardo asintió y respondió: "Es una gran verdad". Tras un afectuoso abrazo, subieron a la habitación a descansar.

A la mañana siguiente, salieron a explorar la ciudad. Mientras caminaban bajo la lluvia, Eli se detuvo frente a una tienda de motos donde en la vidriera destacaba una campera impermeable con protectores. "Es una pinturita", dijo con entusiasmo. Considerando el clima, decidió probarla y, sin pensarlo demasiado, la compró. Salió del local con la chaqueta negra puesta, lista para enfrentarse a la interminable lluvia mientras volvían al hotel.

17- Los soldaditos gusarapientos de la selva

Va amarrado al manubrio de la nave surfeando curvas entre gigantes árboles Ricardo. Donde mira, hay selvas; verdes ramas decoran hasta el infinito el escenario del bosque. Vueltas y más giros entre gigantes. Pilotea el caballo con equipajes. Lo sigue Eli, amarrada atrás en el asiento. Con su cintura lo acompaña con movimientos para uno y otro lado. Se meten en la ruta arbórea aquella mañana de enero, invierno del otro lado del

mundo, con lluvias. A la salida de una curva en medio del bosque, una patrulla los sorprende.

Vienen de frente al paso, caminando con un desprolijo andar. Vienen disfrazados con ropa verde de combate, vieja y rotosa. Su perfil denota muy mala estampa para una serie televisiva de subdesarrollo. Portan armas de fuego fabricadas con hierros y martillo. Las hojas de metal tienen formas de machetes con el manojo de madera, y unas bolsas sucias cuelgan de sus cintos. Vienen con largas y desprolijas barbas, capas mugrientas que parecen hechas para una película de niños.

Por la mente de Ricardo pasa una y otra vez el orden del bolsillo donde debe meter la mano por los billetes verdes norteamericanos. Entre ellos, los legionarios se hacen señas. El jefe le hace a Ricardo un par de preguntas; un silencio se produce después de cada respuesta. Se genera entre los disfrazados de milicos una charla, luego un intercambio con otro que parece el jefe por su equipamiento más nuevo y menos roto.

Se consultan entre ellos por lo bajo, se genera un murmullo, y le hacen señal a Richi de que siga. Los acompaña la suerte del Sope, como dice Manguply. Se apiadaron los guerrilleros porque estos motoristas tienen peor aspecto que ellos, y

respiran tranquilos. Ricardo les da un tímido saludo de milico raso, levantando una mano a media altura, como si fuera un general de cinco estrellas que mira un sargento. Pero los rotosos que juegan de milicos no se toman la molestia de responder. Así, continúan por el despoblado bosque.

Oscurece y los motociclistas no encuentran dónde hacer noche. En una casa elemental al lado del camino, se tiran a la orilla. Comparten un acolchado de lana de oveja en el piso de tierra del rancho de Paulina, quien les tiende una cálida mano. Les prepara unos platos de carbonada de verdura en el bracero de la galería. Una interesante charla a la media luz. Se tapan con una manta azul y se desparrraman por un sueño.

Al otro día toman un desayuno calentito con un pedazo de pan. La lluvia no les da tregua, pero insisten con su norte por la ruta angosta en el tupido monte.

Conduce Ricardo con mucho cuidado. Los camiones vienen de frente y pasan a centímetros de sus cuerpos, como soplando. Hay barro en la huella. Un personal de vialidad con un casco amarillo ordena el tránsito y lo hace de una mano por vez.

Demora dos horas en recorrer cuarenta kilómetros por el complicado camino. El presupuesto de este país es complicado porque deben combatir la guerrilla y la droga, que consumen las arcas del contribuyente.

Viene a la mente de Richi el secuestro de Ingrid después de un acto político. Estuvo cuatro años de cautiverio en medio de la selva, en condiciones semis salvajes. El rescate con el helicóptero de una simulada misión humanitaria terminó con el calvario de la franco-colombiana. Ricardo está en contra de la izquierda, con su romántica postura mentirosa de la vida. A viva voz, donde va, hace comentarios indiscretos de desaprobación.

A la salida de una curva, después de superar un bordo entre gigantes árboles, aparece la tropilla verde oliva. Vienen caminando de frente por el medio de la ruta, con zapatillas hilachentas y algunos dedos de los pies a la vista. Lucen desprolijas y ruladas barbas de pelo largo y despeinado. Fusiles un tanto oxidados, armas caseras de hierro, que parecen encontradas hace rato. Pero estos parecen artilleros del medioevo.

Ricardo viene amarrado con sus puños al manubrio de su nave. Con la palanca del pie, baja cambios. En frente, un uniformado desprolijo le indica que pare. Se saca el guante izquierdo como un autómatas, mete la mano en un bolsillo de su equipo y saca cien dólares doblados. Arranca con la poesía preparada en las noches desde Esmeralda y que repasó al acostarse como un rezo laico, mirándose en el espejo sin titubear:

—Quiero dar una colaboración para las fuerzas revolucionarias.

Sale de Ricardo al levantar con la mano el visor del casco.

El guerrillero vestido de deplorable combate, con su gastado y maloliente uniforme de colores desteñidos, no acepta el billete. Por la mente de Ricardo pasa que quiere más dólares:

—Deseo colaborar con tan noble causa de las FARC — refuerza su poder de seducción y mete la mano en otro bolsillo por otros verdes del norte.

El barbudo desprolijo encargado del operativo mira los doscientos dólares americanos con el fusil en mano. Resuelve el entuerto con el compañero vestido de pordiosero, apoyado en la escopeta con el caño medio oxidado, que parece ser el jefe. Le hacen señas a Ricardo para que continúe. Se pone el guante, baja la visera del casco negro, engancha la primera marcha de la nave y empiezan a girar las dos ruedas.

Aprieta el embrague y mete la segunda, y así todos los cambios. Siguen por la selva. Colombia es un país hermoso, con una geografía única y gente maravillosa. Al pasar por las rutas, al costado del camino, se encuentran con patrullas de soldados del bando de la ley. Los saludan al paso en la moto con el pulgar derecho arriba, y Ricardo les contesta de la misma forma, sin

dudar. Es un buen hábito. Ricardo no sabe ni vio nada en el bosque.

18 - Los paisas a la vista

Atardecía cuando llegaban a Medellín. Iban en la moto al costado del acceso, junto a cientos de autos. Ricardo nunca había visto llover tanto. Parecía que esperaban a Noé para que pasara en su arca y abriera las compuertas por ellos y su moto. Mientras tanto, se resguardaban debajo de un puente carretero, compartiendo refugio con una treintena de motociclistas. Algunos iban sin casco, llevándolos colgados del codo. Estaban un poco más secos porque se encontraban en la cuarta hilera, más protegida, pero los camiones y autos que pasaban lanzaban chorros de agua y barro a los costados.

Cuando la lluvia aflojó un poco, decidieron continuar por la ruta con dificultad. Ya de noche, encontraron un hotel. El conserje, un hombre alto, simpático y apuesto, les asignó una habitación de categoría y los acompañó hasta ella. Al entrar, se quitaron la ropa empapada; los guantes, pegados a los dedos por el agua, costó desprenderlos, y los cascos goteaban. Les dieron unos chorros de aire caliente con el secador de cabello antes de tirarse en los catres a descansar.

Qué libertad sentían al sacarse la ropa después de dos semanas de viaje en moto bajo la lluvia. Metieron las prendas en bolsas y las enviaron al lavadero para una limpieza. El hotel era moderno, y el camarero los deslumbró con su atención: todo un señor. Por teléfono pidieron una pizza; minutos después, golpearon la puerta. Abrieron la caja y encontraron una mozzarella con jamón crudo. Mientras disfrutaban el bocado, pensaban que ya estaban a solo trescientos kilómetros del límite con Panamá.

19 - Los gordos y el bandoneón

Al día siguiente, Ricardo y Eli descansaban en el catre, calentitos, mirando la tele. Mandaron fotos y mensajes de sus vivencias en la moto por el teléfono. Tras un sueño profundo, se levantaron listos para visitar Medellín. Desayunaron en la terraza junto a la pileta, donde el aire estaba un tanto fresco. En enero, el invierno pasaba factura: del otro lado del planeta, el frío era riguroso. Conversaron un rato sin apuros antes de salir a caminar.

Dieron unos pasos bien abrigados y tomaron el metro, que pasaba a dos cuadras. La estación estaba a una buena altura; las líneas férreas corrían sobre pilares elevados. Compraron las

fichas y subieron. Desde las alturas, contemplaron la ciudad y bajaron en la Plaza Nutibara. Pasearon por la Plaza Botero, donde las estatuas volumétricas de personas y animales de bronce los observaban con su imponente presencia. Los gatos y caballos gigantes parecían juguetes colosales, cubiertos por el verde oxidado.

—¡Los gordos!—dijo Ricardo mientras los observaba detenidamente.

Una corrección resonó en el aire:

—Volumétricos—exclamó el guía con su chaleco.

Aún así, Ricardo imaginó que una de las estatuas doradas, desgastada por los años a la intemperie, respondía con humor:

—Mírame la barriga—dijo el petizo volumétrico dorado.

Por las calles paisas, las pinturas de bandoneones y bailarines de tango embellecían los pasajes. En los cafés y paseos, se respiraban milongas y tangos. Aquí fue la última actuación de Carlos Gardel; su espíritu gardeliano aún impregnaba el ambiente con su voz penetrante, a pesar del fatídico vuelo que lo llevó de regreso a Buenos Aires. De ahí surgía la proliferación de música y pinturas tangueras.

Tras pasear por las calles, visitaron un parque temático. Cerca de un gran murallón inclinado, con una suave catarata, encontraron cómodos asientos. El sonido del agua cayendo del

muro los relajaba. Se sentaron en unos asientos pétreos ahuecados y sumergieron los pies en el agua cálida. Los peces que habitaban allí les daban pequeños “besos” en los pies. Otros visitantes, animados, se sacaban las zapatillas y los imitaban.

Más tarde, fueron a un bar donde disfrutaron un excelente café colombiano de paladar refinado. Luego caminaron por el Parque de las Luces, donde miles de columnas de veinte metros de altura simulaban las fases de la luna al encenderse por la noche, ofreciendo un espectáculo magistral.

Medellín, la segunda ciudad de Colombia tras Bogotá, es la capital del departamento de Antioquia. Sus habitantes, los paisas, rivalizan con los rolos de Bogotá. Al caminar por sus calles, se respira un aire madrileño: plazas de toros, cánticos españoles y reposeras de madera que invitan al descanso. Se recostaron en la plaza una hora, observando el cielo nocturno. Después de disfrutar de esa vista magistral, salieron con energías renovadas.

20- La competencia de carteles

Algunas consideraciones importantes merecen destacarse. Medellín está atravesada por la cordillera Central y, durante las décadas de los setenta y ochenta, sufrió una grave crisis

económica que afectó todos los rincones de la ciudad. En esa época, registró la tasa de desempleo más alta de Colombia. Esto dio lugar al florecimiento del contrabando y el narcotráfico. En 1976, se creó un terreno propicio para los carteles, siendo el de Medellín el más notorio. Su líder, Pablo Escobar Gaviria, logró penetrar en el espíritu paisa con sus códigos de violencia, sicarios y una filosofía basada en el terror.

El objetivo de Escobar era desestabilizar el estado de derecho en Colombia para hacerse con el poder y gobernar el país según sus extravagantes y fantasiosas ambiciones. En ese contexto, los sicarios operaban libremente por las calles, y los secuestros y asesinatos de funcionarios se convirtieron en hechos cotidianos. En 1993, con la muerte de Escobar, el cartel de Medellín llegó a su fin, pero dejó profundas secuelas sociales en la región, muchas de las cuales siguen siendo evidentes para quienes recorren sus calles.

Aunque el cartel desapareció, la guerrilla y el paramilitarismo continuaron su lucha armada. Al mismo tiempo, bandas de delincuentes mantuvieron el control y tráfico de drogas. Además, surgió un nuevo fenómeno de gran importancia: la minería ilegal, que crece día a día.

El sistema de transporte de Medellín, con el metro y el tranvía, ofrece una vista privilegiada de la ciudad. Las vías están

sostenidas por sólidos pilares de cemento, y los pasajeros pueden combinar sus viajes con el Metrocable, unos modernos funiculares que ascienden por los cerros con el mismo boleto. Estos teleféricos, con capacidad para seis personas y asientos enfrentados, conectan los caseríos asentados en las laderas de la ciudad.

Durante el recorrido, Ricardo intenta tomar una foto a una niña morena, pero su madre rápidamente cubre el rostro de la pequeña con la mano, recordándole que no está permitido fotografiar a menores por razones de seguridad.

Más tarde, en el metro, disfrutan de las vistas panorámicas, saludan desde la ventanilla las esculturas de la Plaza Botero y admiran la catedral de estilo rococó. Regresan al hotel, donde Ricardo utiliza el secador para darle un último toque a los cascos antes de acostarse. Exhaustos, revisan un mapa en mal estado y, finalmente, se rinden al cansancio.

A la mañana siguiente, se despiertan sin alarmas y disfrutan del desayuno en la terraza, con impresionantes vistas de Medellín. El altillo está fresco por el invierno de enero, pero las bolsas con ropa limpia y perfumada les dan un toque de calidez. Ricardo recoge la moto del garaje cercano y, tras despedirse del amable conserje, ambos se preparan para continuar su viaje.

21- Los padrinos sean unidos

Al poco tiempo de dejar Medellín, llegan al poblado de Caldas y, desde allí, atraviesan la selva hasta llegar a Buga. Aprovechan para llenar el tanque de combustible, ya que la selva colombiana les espera con su imponente verdor. A medida que avanzan, los paisajes se tornan más densos y frondosos. Ricardo ajusta el manillar de la moto y se adentra en el bosque, sorteando curvas y disfrutando de la travesía, donde parecen ser los únicos transeúntes.

Tras varias horas de camino, encuentran una casona colonial rodeada de jardines tropicales. Deciden detenerse y entrar, empapados por la lluvia, con los cascos en mano. Dentro, una mesa ocupa el centro del comedor, con seis hombres de atuendo tropical que contrastan con el típico colombiano de a pie.

El camarero, de camisa blanca y pantalón negro, se acerca y recita el menú con un tono casi robótico. De vez en cuando, lanza miradas discretas a la mesa de los seis comensales, quienes parecen pertenecer al mundo del narcotráfico. Ricardo, con su habitual buen humor, logra distender el ambiente con un par de chistes, lo que permite que los hombres retomen su charla con tranquilidad.

Por el amplio ventanal, Ricardo observa cómo los seis hombres se retiran al jardín para conversar en voz baja. Uno de ellos, que aparenta ser el líder, fuma mientras coordina con los demás. Más tarde, vuelven al comedor para tomar café y hacer cuentas con cifras astronómicas, cerrando sus negocios con un apretón de manos.

El camarero, ya más relajado tras la partida de los hombres, comenta a Ricardo y su compañera que estos eran capos de diferentes zonas y que habían estado negociando. Explica que, al notar que ellos no eran ni colombianos ni policías, se sintieron tranquilos. También les comparte anécdotas de su vida, incluyendo su paso por el ejército colombiano, mostrando cicatrices que evidencian los peligros que ha enfrentado.

Ricardo paga la cuenta y, tras una cálida despedida con el camarero, retoman el viaje. La selva les rodea con sus intensos verdes, como un óleo viviente. Pasan la tarde en marcha y, ya entrada la medianoche, llegan a Popayán. Allí encuentran un hotel donde se hospedan, se duchan con agua caliente y disfrutan de una deliciosa cena colombiana antes de descansar.

22 - El Santuario del Troncal

Un buen descanso piden esos cuerpos que acusan signos de haber hecho suficientes tareas por hoy. Rendidos a sus pies, entran en Popayán. Tras un repaso de rutas y una reparadora noche de sueño, a media mañana del día siguiente continúan por el camino angosto, avanzando en su moto a través de una maraña selvática de árboles, acompañados por abundantes precipitaciones.

Tras superar diversos obstáculos, llegan a Pasto. En la ruta se encuentran con un gran cartel que indica una gruesa flecha blanca y el letrero que dice “Lajas”, así que siguen por el camino Ipiales-Potosí.

Ingresan por el serpenteado camino que bordea un río entre dos grandes lomas con cerros pronunciados. A medida que se internan, descubren la iglesia que destaca en medio del paisaje por ser la única construcción visible. Las columnas de su estructura están unidas por arcos de estilo gótico. Se trata del Santuario de Nuestra Señora del Rosario de Las Lajas, una majestuosa basílica donde se venera a esta Virgen tan querida en la región. El edificio principal mide casi treinta metros de altura, y sus torres de cien metros ofrecen vistas maravillosas.

Los motociclistas dan una tranquila caminata por la hermosa construcción y luego retornan a la ruta.

Al poco tiempo llegan a la frontera con Ecuador. Tras recorrer unas leguas, toman la Ruta Troncal de la Sierra, rápida, bien señalizada, con buena iluminación y una belleza que hace que el viaje sea un placer. Llegan a Ibarra y, a buen ritmo, penetran Ecuador por el norte. Cerca de la medianoche, finalmente entran en la ciudad de Quito.

23 - Los ecuatorianos vigilan

Hace frío ese enero. La ciudad, situada a gran altitud, recibe a los motociclistas en su casco histórico. Están completamente perdidos, recorriendo sus estrechas calles y disfrutando de las vistas nocturnas iluminadas. De pronto, un hombre en un auto se detiene junto a ellos, baja la ventana y les advierte que la zona es peligrosa, recomendándoles salir pronto. Amablemente, los escolta con su camioneta hasta un lugar más seguro, donde juntos buscan un lugar para hospedarse.

Encuentran un sitio que, aunque no cuenta con cochera, está en una zona segura, por lo que deciden dejar la moto en la vereda. Quito, situada a más de 2,800 metros sobre el nivel del mar, confirma lo que el ingeniero en Esmeraldas les había dicho

semanas atrás: el frío es intenso. El hotel donde se alojan es helado y no tiene calefacción. Como ya es medianoche, les indican un comedero cercano donde piden pollo asado con papas fritas. Algunos transeúntes, abrigados hasta el cuello, los miran curiosos mientras comen rápidamente y regresan a dormir.

Se meten en la cama, se tapan hasta la cabeza y duermen vestidos para combatir el frío. A la mañana siguiente, desayunan y salen a explorar la ciudad. Optan por una visita guiada en un bus de terraza descubierta, bien abrigados como si estuvieran en la moto. La guía, una señorita con un colorido vestido, habla en varios idiomas. Ricardo la interrumpe para aclarar que el nombre completo de la ciudad es San Francisco de Quito, capital de la provincia de Pichincha. La guía retoma y menciona que Quito es la segunda ciudad en importancia de Ecuador, después de Guayaquil.

El casco antiguo de la ciudad está muy bien preservado. Sus calles son angostas, con casas de dos pisos y balcones de madera vistosamente decorados. Ricardo recuerda cómo la noche anterior se perdieron hasta que el amable conductor los guió. Las calles y veredas están hechas de brillantes adoquines, que complementan el encanto colonial del lugar.

En su caminata, visitan el Palacio de Gobierno. Frente a él, una placa de mármol con letras grandes narra la destitución del presidente Bucaram en 1997. Las inscripciones rezan:

“Al pueblo ecuatoriano, en gesto heroico y acto de civismo sin precedentes, el cinco de febrero de mil novecientos noventa y siete. El pueblo ecuatoriano en unidad patriótica, desterró: La soberbia, el despotismo, la corrupción y la incapacidad de un gobierno que accedió al poder engañando y no supo cumplir con sus promesas. Gobernantes, tened presente que los ecuatorianos estamos vigilando, somos jueces y sabemos castigar. Quito, 5 de marzo de 1997. F.D.I.”

Ricardo y su compañera hacen tres vueltas completas en el bus para observar todo con detenimiento. El anochecer los sorprende con la iluminación de los edificios, cuya belleza los cautiva. En Quito, las noches son notablemente cortas. El sol aparece y se oculta casi verticalmente, y la duración del día es solo 14 minutos mayor que la de la noche. Deciden dormir pronto.

24 - La mitad del mundo

Tras un par de días en la ciudad, parten de Quito después del desayuno. Recorren algunos kilómetros en moto hasta llegar a

“Mitad del Mundo”. En la entrada, Ricardo intenta convencer a un militar uniformado para que los deje ingresar con la moto. Tras algunos ruegos, logra el permiso. Caminan junto a la moto por veredas de piedra laja flanqueadas por ligustros hasta llegar al monumento principal. Al centro se erige una gran esfera pétre, flanqueada por cuatro monolitos más pequeños. En la base, una inscripción dorada reza:

“LATITUD 0° 0' 0”.

Según los parámetros geográficos, este punto marca la división exacta entre los hemisferios norte y sur. Con una altitud de 2,483 metros sobre el nivel del mar, el lugar es frío. Ricardo se toma fotografías junto a la moto. Otros motociclistas también están presentes: uno estadounidense que viaja solo y un par de canadienses. Después de recorrer el lugar, continúan su viaje.

“A nuestro mundo vamos”, le susurra Ricardo a su compañera. Siguen por la colectora Quito-Tambillo en dirección a Tanicuchí. Al llegar, pasan por Latacunga y continúan hacia Riobamba. Las rutas complicadas y mal señalizadas dificultan el avance, pero finalmente llegan a Alausí. Allí toman un camino de montaña y selva.

La ruta se torna peligrosa cuando una densa niebla los envuelve. Avanzan despacio, esquivando peñascos

desprendidos de los cerros y piedras esparcidas por la carretera. Ricardo conduce con extrema precaución durante un par de horas. Al anochecer, llegan a Cuenca, donde se hospedan en un antiguo hostel con muros de mármol, cuyo estilo evoca tiempos pasados.

25 -Para extranjeros, ¡no hay!

A la mañana siguiente, continúan por la ruta de montaña, avanzando lentamente entre la neblina. Tras un largo y tedioso trayecto, llegan a Loja. El tanque de combustible debe reabastecerse. Sin embargo, encuentran la entrada de la estación custodiada por un uniformado del ejército, como si se tratara de una bóveda bancaria. El soldado, con casco y fusil en mano, les dice:

—A los extranjeros no se les carga combustible.

Con un gesto firme, les indica que deben seguir su camino.

La política populista de Rafael Correa se hace sentir en Ecuador: el precio del combustible está subsidiado por el Estado. Para los ecuatorianos, llenar el tanque cuesta una miseria; pero para los extranjeros, no hay una gota, sin importar cuánto puedan pagar. Todo está controlado estrictamente. Por

eso, un militar vigila la entrada de las estaciones, atento a las matrículas de los vehículos.

Afortunadamente, la GS 1200 Adventure de Ricardo tiene un depósito más grande que el de la mayoría de las motos. Aunque el nivel es bajo, todavía queda suficiente combustible para seguir. Acelera con decisión y toman rumbo hacia Catacocha.

En plena carretera, al salir de una curva, una sorpresa los espera: una manada de cebús invade la ruta, ocupando todo el asfalto de lado a lado. Ricardo frena en seco y, a paso lento, logra avanzar entre los animales hasta superarlos. Más adelante, alcanzan la frontera, cruzan a Perú y llegan a la aduana. Los trámites son rápidos: pasaportes sellados, y el día termina con la noche cayendo temprano.

26 -Ni se les ocurra detenerse

En la frontera, un militar que custodia el puesto de migraciones les da un consejo mientras finalizan los papeles: —Sigán directo por la Panamericana Norte hasta Sullana. No se detengan, el lugar es peligroso.

Aunque Ricardo no suele asustarse fácilmente, decide no correr riesgos. Acelera la BMW y, en poco tiempo, la aguja marca 160 km/h mientras avanzan por curvas y rectas.

En una recta larga, la velocidad casi le juega una mala pasada. Un caballo negro, suelto en la carretera, aparece de repente. Ricardo frena de golpe y, por centímetros, evita atropellarlo. Por un instante, el motociclista y el animal se miran a los ojos, como si se reconocieran en medio de la noche.

Siguiendo las recomendaciones, pasan por las afueras de Sullana sin detenerse y continúan por la Autopista del Sol. Recorren un centenar de kilómetros hasta la medianoche y finalmente llegan a Piura. Encuentran un hospedaje y, tras varias maniobras, logran estacionar la moto en la recepción. Ricardo retira las maletas de aluminio, desempaca y, buscando relajarse, se mete en la piscina. Más tarde, cenan algo ligero y se van a dormir.

A la mañana siguiente, Ricardo despierta con los ojos irritados y llenos de lagañas, probablemente por algo que le entró en los ojos mientras nadaba. Tras lavarse con agua tibia y desayunar, retoman el viaje. Para un motociclista, los problemas de visión son un tema serio. Sin embargo, deciden continuar. Pasan por Chiclayo, Pacasmayo y las afueras de

Trujillo. En ese punto, el indicador de la nave marca 10,000 kilómetros recorridos en apenas veinte días.

27 - Marche un lubricante para la colorada

En Chimbote, hacen una parada técnica: es hora de cambiar el aceite del motor. Después de buscar, encuentran un taller junto a la carretera que tiene los cuatro litros de Castrol semi sintético necesario para la "colorada". Sin embargo, los mecánicos del lugar no saben trabajar con motocicletas, solo con autos.

Sin dudarlo, Ricardo se remanga, se quita la chaqueta protectora y pone la moto en el caballete central. En el taller no tienen la llave adecuada para aflojar el tapón, pero después de caminar una cuadra encuentra otra herramienta similar. Con algo de ingenio, lima la llave para ajustarla y logra realizar el cambio de aceite. La colorada queda lista y contenta.

De vuelta en la Panamericana Norte, aceleran hacia Lima. A medida que se acercan, la autopista se transforma en un caos: tres carriles abarrotados de camiones, buses, autos y motos. En medio de un calor abrasador, la fila parece interminable.

De repente, un auto distraído golpea el baúl lateral derecho de la moto. Por suerte, Ricardo logra mantener el control, aunque el susto lo deja tenso. Horas después, avanzan por la

Vía de Evitamiento, que finalmente hace honor a su nombre y los lleva más rápido hacia el sur.

Llegan agotados a Mamacona, en las afueras de Lima. Sudorosos y hambrientos, se detienen en un comedor junto a la ruta para pedir una limonada con menta y almorzar. Después, dan un breve paseo por los jardines para estirar las piernas.

Con el cuerpo ya resintiéndose tras 25 días de viaje, reanudan la marcha. Pasan por Pisco e Ica, con el calor del desierto intensificándose. Finalmente, a medianoche, llegan a Nazca. Exhaustos tras recorrer 1,362 kilómetros en un solo día, se desploman en las camas de su habitación, deseando recuperar fuerzas para el día siguiente.

28- La memoria con las fotos

En la mañana, un buen desayuno les es servido en un amplio mesón, junto a un nutrido grupo de pasajeros. Luego, continúan por la Panamericana Sur con destino a Puerto Inca. Las molestias en el ojo de Ricardo se vuelven cada vez más insoportables, con lagrimeo y más lagañas. A los pocos kilómetros, se le suma un dolor de cabeza y un resfriado, que comienzan a afectarlo en Canamá.

Pretende tomar un paracetamol, pero al buscar la medicación en el equipaje, no la encuentra. Al revisar, se da cuenta de que los remedios quedaron en el hotel. También el GPS del sistema posicional, que no habían usado para nada. Aunque tiene la misma memoria que la cámara y se llenó rápidamente, Richi pasó la memoria extraíble con las fotografías del paseo al GPS. No hay vuelta atrás: los remedios y las fotos quedaron en el hotel Alegría de Nazca. Después de varias horas en ruta, encuentran un locutorio y les piden que les envíen los remedios al próximo destino, que es Tacna.

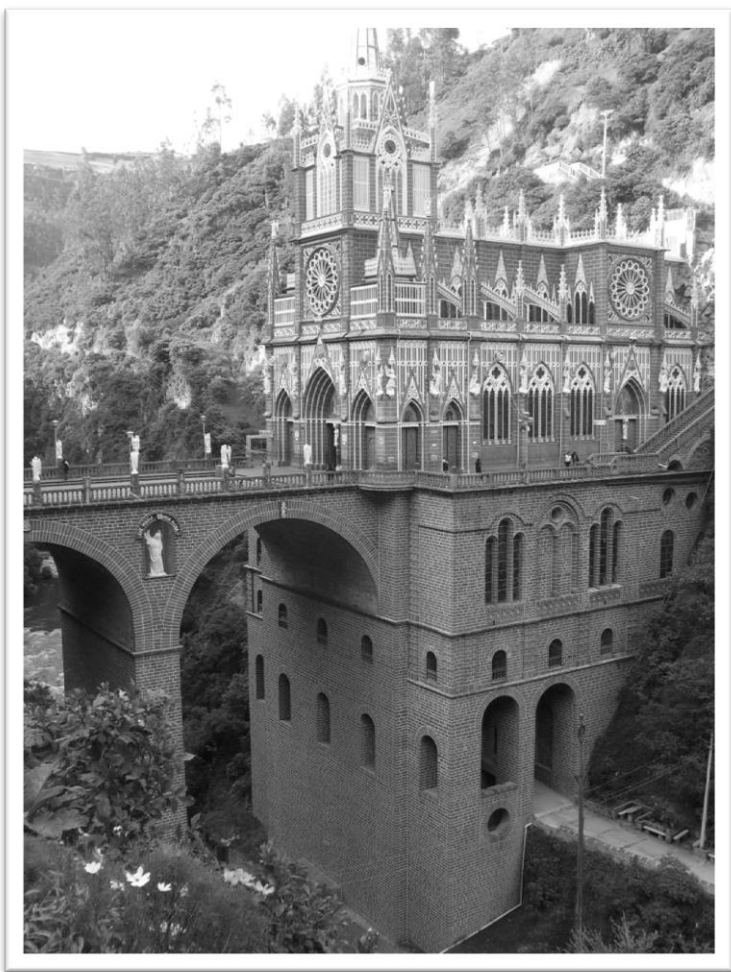
Así continúan su viaje hacia el Oeste, rumbo a Mollendo. Transitan por la ruta costera, pegada al mar. En un momento de distracción, Ricardo se equivoca de camino y toma una huella de tierra angosta que atraviesa chacras. A la vista, los lugareños cultivan hortalizas y verduras con sus máquinas. Después de recorrer un buen trecho entre surcos y plantas, finalmente salen a la ruta. Al fin, retoman la carretera costera, que es bellísima, transitando entre la costa y la montaña. Al anochecer, llegan a la ciudad marítima de Ilo, un pequeño poblado de pescadores con calles angostas y canoas amarradas con cadenas en las puertas de las casas.

La molestia en los ojos, el dolor de cabeza y la falta de remedios hacen que Ricardo pase un momento desagradable,

conduciendo todo el día a lo largo de cientos de kilómetros. Después de una larga peregrinación en moto, encuentran el poblado. Les indican un parador abandonado en el puerto, con pasillos algo deteriorados que no han recibido mantenimiento en años. Al abrir la ventana de la habitación, un olor nauseabundo de residuos marinos entra rápidamente, por lo que la cierra de inmediato.

Les costó conciliar el sueño. Por la mañana, se despiertan con el mismo olor y se dirigen a la terminal de colectivos para esperar el bus que viene de Nazca. Sin embargo, cuando llega, no trae nada. Por teléfono, el hotel les informa que necesitan las facturas y la receta de los remedios. Ricardo ya los da por perdidos, pero lo que más le preocupa es la memoria de la cámara, con cientos de fotos guardadas en el GPS, que no les sirvió ni para transportar la memoria.

Retoman la ruta, llegan a la frontera donde termina Perú, y realizan los trámites migratorios en el centro unificado de Chacalluta. Al mediodía, llegan a Pisagua, el primer punto de Chile. Andan unos kilómetros y, a media tarde, llegan a Iquique.



El Santuario de Nuestra Señora del Rosario de Las Lajas está en Ipiales, al sur de Colombia. Es un destino de peregrinación y turismo.

29 - Se comió la goma y se quemó la lámpara

La cubierta trasera de la moto, tras recorrer más de doce mil kilómetros a buena velocidad, muestra un desgaste significativo: los dibujos de la banda apenas tienen un milímetro de profundidad, según constatan los ojos de su dueño. Circulando por la Panamericana Norte, toman la bajada hacia Iquique, pasan como colectivo lleno directo a la zona franca y entran al Zofri en busca de una nueva cubierta trasera. Antes, se detienen en una fuente de soda para comer unos panchos con palta y mayo. Algunos negocios están cerrando; es la última hora del día, y el atardecer da paso a la noche.

Compran una goma japonesa de perfil rutero, pagándola en efectivo con dólares. Mientras los negocios cierran, las calles se tornan oscuras y solitarias. Buscan una vulcanizadora en el centro, pero la que encuentran no tiene las herramientas necesarias para desmontar la rueda. Al caer la noche, deciden seguir por la carretera costera pegada al mar.

Saliendo de Iquique, la lámpara del faro principal se quema. Aun así, continúan conduciendo cerca de doscientos kilómetros con la nueva cubierta abrazada contra el cuerpo de Eli. Tras un par de horas de penosa marcha con una pésima iluminación, llegan a Tocopilla.

En la ciudad, descubren que la residencia donde pensaban hospedarse está completa. El dueño, un chileno que trabajó en los bosques de pino de Finlandia durante la época de Salvador, les ofrece un colchón en el comedor. Con los ahorros acumulados, está montando este hotel.

Tras dejar sus pertenencias y darse una ducha, los moteros salen a caminar por la costa. Encuentran un restaurante frente al mar donde les preparan unos salmones fritos con palta y mayo, un auténtico manjar. Después de una charla contemplando el océano, regresan al comedor y se echan a dormir en el colchón improvisado.

Al día siguiente, tras un café rápido, van a otra vulcanizadora con la cubierta en brazos. Esta vez tienen más suerte: el gomero, un joven de unos veinte años, no cuenta con una máquina para destalonar cubiertas, pero maneja con destreza las herramientas manuales. Con palancas y un martillo de goma, retira la vieja cubierta y coloca la nueva con sorprendente habilidad. Ricardo da una vuelta de prueba, y el sensor digital de la moto indica que la presión es demasiado alta. Regresa para ajustar las libras de aire.

Cuando intentan pagar, el gomero se niega a aceptar dinero. Agradecidos, le dejan unos pesos chilenos desteñidos por las lluvias colombianas y se despiden con un cálido abrazo.

De vuelta en la ruta, continúan hacia Antofagasta. Reponen combustible, se toman un refresco en una estación de servicio y caminan un poco para estirar las piernas antes de seguir hacia Chañaral, situado a la altura de Tucumán en Argentina. La carretera se aparta del mar y se interna en el continente. Al pasar por las afueras de Copiapó, la calma contrasta con el bullicio del Dakar que ya ha terminado.

Entusiasmados, avanzan hacia Vallenar y, tras un par de horas, llegan a La Serena. Es febrero, y la playa está abarrotada de chilenos disfrutando del verano. Después de buscar alojamiento sin éxito, encuentran una casita en pésimo estado por cien dólares la noche: el lugar más caro de todo el viaje. El agua caliente brilla por su ausencia, los muebles son antiguos, y los colchones incómodos.

A la mañana siguiente, tras desayunar en una estación de servicio, continúan su recorrido hacia Los Vilos. La autopista bordea el mar, pero al llegar a La Ligua, toman rumbo al interior, alejándose de la costa. Avanzan hacia San Felipe y luego a Los Andes, donde comienzan a ascender los caracoles hacia el cruce fronterizo de Los Libertadores.

Conducir la BMW GS 1200 por esta ruta es un placer: el motor responde con fuerza en cada aceleración. Pasan el túnel internacional Cristo Redentor y cruzan a Argentina. En la

aduana de Horcones, enfrentan una larga espera de tres horas para los trámites, pero finalmente reanudan su camino.

Atravesando Los Penitentes, descienden hacia Polvaredas y Uspallata. Al fin, llegan al espejo del lago Potrerillos, que admiran de pasada, antes de continuar hacia Luján de Cuyo. A las nueve de la noche, alcanzan Mendoza. Tras tanto ajetreo, descubren que han perdido la llave de la casa. Álvaro los espera en la puerta; Ricardo le avisó desde Potrerillos por el portátil.

30 -Revolcón con el Dogo

Cuando llegaron a casa, su Dogo, Lucio, estaba atento en el garaje. Había reconocido el inconfundible rugido del motor de la BMW 1200 y comenzó a rasguñar el portón de madera con entusiasmo. La aventura llegó a su fin cuando Richi guardó la moto en el garaje, aún equipada con los valijones de aluminio en los laterales. Detuvo el motor después de 14.678 kilómetros recorridos en menos de un mes, con la cubierta trasera como prueba de la travesía.

El viaje terminó, pero Lucio no entendía de ceremonias. Lo primero que hizo fue abalanzarse sobre sus amos con tal ímpetu que los tiró al suelo. Su alegría desbordada se tradujo en lengüetazos y revolcones, ignorando por completo que los

motociclistas aún llevaban puestos los cascos. En ese suelo compartieron besos y abrazos, una auténtica sobredosis de felicidad entre amos y mascota. Después de semanas de tormentas y desafíos, ahora disfrutaban una lluvia de alegría que los sorprendió sin paraguas.

Richi dio gracias, una vez más, a la vida por este pasaje inolvidable: por haber conocido, experimentado y atesorado en su memoria cada momento. Así vivió Loquillo, esta travesía, para contar un puñado de vivencias de trotamundos.

Despedida

Estos son mis relatos de miles de kilómetros recorridos en motocicleta. Espero haberlos entretenido con mis pasajes de aquellos días de rutas. Miré unos mapas, llené el tanque y me subí al saíno panzón con ruedas. Iba concentrado, aferrado al manubrio, atravesando un mar embravecido de huellas, en medio de una soledad y un silencio absolutos.

Fueron horas y días interminables, envuelto en un equipo que, irónicamente, había sacado del supermercado mientras compraba fideos para un guiso. Me sentía como un astronauta en otro planeta, con todos los sentidos alerta, como un malabarista que equilibra su mundo. Así eran aquellos días vistos desde el visor de un casco totalmente cerrado: soportando y disfrutando, a la vez, de lluvias, vientos, soles, calores y fríos. Una tarde, mientras conversaba con mi amiga Leticia en un café tras salir de tribunales, compartí algunas de mis vivencias en la moto.

—Tantos miles de kilómetros anduviste —dijo, deteniéndose pensativa. Hubo un silencio profundo mientras una pareja pasaba por la vereda, tomados de la mano. Leticia puso un sobre de stevia en su pocillo de café, lo revolvió despacio y mirándome a los ojos me dijo:

—¿Todo este largo viaje en moto no será un escapismo?

Me quedé reflexionando mientras un niño pasaba en bicicleta, con un acoplado lleno de botellas vacías de cerveza. Finalmente le contesté:

—Sabés mujer, pensándolo ahora, tenés razón.

Llamé al camarero y pedí un café frío con crema, una soda y una medialuna con jamón y queso. Luego, tomando a Leticia del hombro, le dije:

—Soy el actor de esta película, Leti. Debes tener presente que para estos paseos no compré boletos de autobús, ni de avión, ni de ida, ni de vuelta. Un silencio nos envolvió. Un gorrión rompió con su pico una galleta en el suelo, pero un tordo llegó volando y le arrebató la merienda.

Recordamos aquellas guitarreadas en San Francisco del Monte de Oro y cuando el saíno panzón le cantó a Paco aquella noche de verano en que salió con la sidra para el brindis. Entonces le dije:

—Leti, me llevo todo puesto hoy. Siempre partí en la moto con la idea de que tal vez no volvería. Nunca llegar es el secreto. Porque cuando llegas, significa que el camino se terminó.

Ella pidió una tónica helada, y seguimos filosofando, como hace cuatro décadas, a orillas de la laguna del Esteco de aquel valle que poblaron los chutunsos.

Sobre el autor

Ricardo Sopeña nació el 19 de junio de 1958 en San Francisco del Monte de Oro, (San Luis) en una familia de seis hijos y en un entorno de calles de tierra. Asistió a una escuela de adobes blanqueada con cal. A los ocho años, comenzó a trabajar en la chacra de su padre, manejando el arado y el tractor. A los once años, se aventuró en un colectivo durante varias horas para llegar a la ciudad.

Después de completar la secundaria en el colegio de los Jesuitas, inició estudios en ingeniería y economía sin éxito. A los 18 años, cumplió tres años de servicio militar como soldado y durante seis años se desempeñó en el archivo de un diario. A los 25 años, incursionó en el mundo de la fotografía, despertando su interés por lo jurídico. A los 29 años, regresó a su pueblo con su diploma de abogado.

Luego de brindar asesorías en empresas descubrió su fascinación por los recursos humanos. Al cumplir cinco décadas, adquirió un caballo con dos ruedas. Aprendió a manejarlo y partió hacia Bolivia. En motocicleta, llegó hasta el Cuzco, disfrutando de un descanso de escritorio y expedientes. Posteriormente, se aventuró hasta Ushuaia, recorriendo el ripio en su travesía. También visitó Colombia. Hasta que un conflicto

con la montaña lo apartó de los caminos. Pasó medio año en un catre de hospital hasta que despertó con una nueva perspectiva. Quería convertirse en escritor. Así, decidió plasmar este fascinante manojó de relatos de su vida, con la esperanza de que sus queridos hermanos, familiares y amigos puedan disfrutarlos y leerlos.

Contacto

Mail: richisopena@gmail.com

WhatsApp: 542615252700

Índice

Soltar al niño interior-----	7
Hacia destinos insospechados-----	11
A ponerle primera a esta vida-----	13
I. ¡Allá vamos, don Inca! (2008) -----	17
1. A buscar mula se dijo-----	19
2. Ni se te ocurra partir, Sope-----	22
3. Va tomando forma la nave-----	23
4. Parece que se van nomás-----	25
5- En moto por la angosta calle-----	27
6- La única reserva para la aventura-----	29
7- ¡Guarda con la curva!-----	32
8- Los duros del oeste-----	34
9- Mangueras cruzadas-----	38
10- El cirujano de las dos ruedas-----	41
11- Unos cartuchos por no detenerse-----	45
12- Pesado está el altiplano-----	46
13- La fila de Desaguadero-----	51
14- Las islas vegetales de la fábula-----	53
15- Al fin el Cusco-----	55
16 - La ciudad del Inca-----	58
17 - Siguen para el Pacífico-----	60

18 - Soldaditos de plomo y níquel-----	64
19 - El diafragma se pegó-----	68
20 - La mula protesta-----	70
21 - A bocinazos por el puente-----	71
22 - Bien porque se está de vuelta-----	73

II. Vamos al Sur (2009) -----77

1- Richi es el protagonista de esta historia-----	79
2-Cálida siesta de verano-----	81
3 -Documentos y juguetes-----	84
4 -Los trajes de la península-----	86
5- El torrente los saca de la ruta-----	88
6 -Lindo pavimento-----	90
7 -Los pasa rodando-----	92
8 -Traeme unos cubitos-----	95
9-La provincia de la isla-----	99
10-Diez de la tarde-----	101
11 -El Petizo Orejudo en su ley-----	103
12-El faro del fin del mundo-----	106
13-El trencito de los internos-----	109
14-Pegan la vuelta-----	110
15-Quemando goma por la ruta-----	113
16-Los soplidos inclinan la nave-----	116
17-El potro se detiene-----	118

III. Los llaman los paisas (2010)	-----121
1. Se escapó la mascotita-----	123
2. A los esquives de los pacos por las curvas-----	126
3- El oasis del desierto-----	128
4- Los grandes dibujos-----	131
5 - El Dakar del Virrey-----	133
6 - Las balsas de Huanchaco-----	135
7 - Parte el Señor con sus amigos-----	136
8- A contratar otro seguro-----	138
9. Un par de centígrados-----	139
10 -Música y bebidas hasta el amanecer-----	141
11 - Por allí ni se les ocurra-----	142
12 - Lluve para donde se mire-----	145
13 - Motociclistas sin dinero-----	146
14 - Quédense esta noche-----	148
15 - Las cuatro fuerzas-----	150
16 - Sin tetas no hay paraíso-----	152
17- Los soldaditos gusarapientos de la selva-----	154
18 - Los paisas a la vista-----	159
19 - Los gordos y el bandoneón-----	160
20- La competencia de carteles-----	162
21- Los padrinos sean unidos-----	165
22 - El Santuario del Troncal-----	167
23 - Los ecuatorianos vigilan-----	168
24 - La mitad del mundo-----	170

25 -Para extranjeros, ¡no hay!-----	172
26 -Ni se les ocurra detenerse-----	173
27 - Marche un lubricante para la colorada-----	175
28- La memoria con las fotos-----	176
29 - Se comió la goma y se quemó la lámpara-----	180
30 -Revolcón con el Dogo-----	183
 Despedida-----	 185
Sobre el autor-----	187
Índice-----	189